



La escuela calasancia
La scuola calasanziana
The calasanzian school

Giovanni Ausenda

Giovanni Ausenda

La escuela calasancia
La scuola calasanziana
The calasanzian school

 **EDICIONES calasancias**
www.edicionescalasancias.org

COLECCIÓN
cuadernos

62

La escuela calasancia
Autor: Giovanni Ausenda



Publicaciones ICCE
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid
www.icceciberaula.es

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués
publicaciones@scolopi.net

Reservados todos los derechos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La escuela calasancia

Índice

Inicio de las Escuelas Pías	7
Calasanz manos a la obra	9
Escuela de la señal de la Santa Cruz	10
La escuela primaria	11
Algunas consideraciones sobre la escuela primaria	15
La escuela secundaria	17
Horario y Calendario	19
Formación religiosa	22
Educación moral y cívica	25
Personal docente y no docente	28
Edificios y mobiliario	30
Libros de texto	31
El problema de financiar las escuelas	33
Evolución	36
Los Reglamentos de las Provincias	39
Centros educativos especiales	40
Los dos últimos siglos	40
Estadísticas	41
Siglas y bibliografía esencial	43

Inicio de las Escuelas Pías

Antes de adentrarnos en el tema de este folleto, nos parece oportuno decir unas palabras sobre el origen de la escuela de Calasanz, aspecto que ha planteado problemas de tipo cronológico a los historiadores más recientes. En efecto, creen éstos que la fecha tradicional de la fundación (1597), citada por el P. Vincenzo Berro, no se compagina con las afirmaciones del propio Calasanz, especialmente en la *Información* de 1622-23 y en una carta de 1644¹.

En ambos documentos, asegura Calasanz que la obra comenzó en Santa Dorotea, en el Transtíber; que la escuela de pago que allí existía pasó a ser gratuita por iniciativa suya; que, a principios del Año Santo de 1600, decidió trasladarla al centro de Roma, adonde lo siguió uno solo de los maestros de Santa Dorotea. Son dos los interrogantes que nos proponemos resolver en este momento: 1.0) ¿Cuándo empezó Calasanz a enseñar en la escuela de Santa Dorotea?; 2.0) ¿Cuándo la convirtió en gratuita?

Nos parece que la fecha de 1597 puede aceptarse como inicio de la actividad escolar de Calasanz, pues su trabajo de visitador, en cuanto miembro de la Cofradía de los Doce Santos Apóstoles, no debía de ser tan absorbente que le impidiera dedicarse al mismo tiempo a otras actividades, aunque fueran onerosas. En cambio, es problemático concretar el momento en que la escuela, ya gratuita, pudo llamarse Escuelas Pías. Unos se inclinan por el año 1598, otros por 1599: sí nos atenemos a los documentos resulta difícil dar una fecha precisa; una cosa parece segura y es que, cuando Calasanz trasladó las escuelas a Roma después del 26 de febrero de 1600 –día en que muere el párroco de Santa Dorotea, Antonio Brendani– probablemente eran ya gratuitas, porque lo siguió uno solo de sus compañeros.

1 *Ep.*, nn. 132 a; 4185.

Es posible, también afirmar que este maestro era Marcantonio Arcangeli, gentilhombre de Spello (Perugia). Ahora bien, el 10 de junio de 1599 proponía Arcangeli a la Cofradía de la Doctrina Cristiana, a la que pertenecía, que asumiera como suya la responsabilidad de la “escuela diaria” de Santa Dorotea. Lo cual lleva a pensar que ya era gratuita en aquel momento, pero no impide suponer que la transformación se hubiera realizado el año anterior. El 27 de marzo de 1601, Arcangeli renovaba su petición para “la escuela de Sant’Andrea della Valle”; de nuevo, con resultado negativo². Así, pues, la fecha sigue siendo incierta, aunque personalmente la situamos antes de junio de 1599.

Cuatro fueron los emplazamientos de las escuelas en la ribera izquierda del Tíber; los cuatro, en los dos barrios contiguos de San Eustaquio y Parión: el primero, en la Taberna del Paraíso, junto a Campo dei Fiori, que duró desde 1600 hasta 1601-2; el segundo, de 1601-2 a 1605, en el palacio de Monseñor Vestri, detrás de la iglesia de Sant’Andrea della Valle, entonces en construcción, a algunos centenares de metros de la sede anterior; el tercero, de 1605 a 1612, en la plaza de San Pantaleón; el cuarto y definitivo fue el palacio Torres, contiguo a la iglesia de San Pantaleón.

Los alumnos crecieron continuamente hasta superar el millar en 1614³; en 1602 se acercaban a setecientos⁴. Durante esos años, el problema más acuciante para Calasanz era el de los maestros: les faltaba constancia. Conocemos el nombre de algunos, como los sacerdotes Giovanni Francesco Fiammelli y Gellio Ghellini, el venerable anciano Gaspare Dragonetti el joven seglar Ventura Serafellini y otros. Refiriéndose al año 1604, el P. Berro presenta una lista de dieciocho nombres, siete sacerdotes y once seglares; y hace observar que sólo Calasanz y Dragonetti, perseveraron en la obra hasta la muerte.

El P. Santha ha descubierto recientemente, en las estadísticas de los feligreses de la parroquia de San Lorenzo in Damaso, los nombres de los maestros que convivieron con Calasanz desde 1605 hasta 1611: son 73 los que se suceden durante ese sexenio, sin contar los que están en sus propias casas. Por lo demás, el Santo se lamentaba de que muchos

2 *Eph. Cal.*, 1958, pp. 157 SS. (Santha).

3 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vila).

4 *V.G.*, 1934, p. 284: Carta de Ghellini (Picanyol).

de esos “operarios seculares y libres... después de haber aprendido bien el modo de enseñar, se iban a dar clases a otro sitio por interés”.

En 1612 se incorporó a las Escuelas Pías el noble milanés Glicerio Landriani, rico de bienes materiales y cualidades espirituales y, sobre todo, joven: Calasanz abrigaba la esperanza de que fuera el continuador de la obra de las escuelas; pero muy pronto constató que no era apto para llevar adelante la organización del Instituto. Recurrió entonces –no está claro si por iniciativa personal o por sugerencia ajena– a la solución de encomendar las escuelas a la Congregación de la Madre de Dios, conocida entre los escolapios con el nombre de Congregación Luquesa, tomado de la ciudad en donde habla nacido. En seguida se comprobó que no era remedio acertado.

Ante el fracaso de estas tentativas, el Papa Paulo V responsabilizó de aquellas escuelas gratuitas, que cada día se veían como más providenciales y necesarias, a la Congregación Paulina de las Escuelas Pías, creada expresamente por él el 6 de marzo de 1617; cinco años después, el 18 de noviembre de 1621 Gregorio XV consolidaba el nuevo Instituto elevándolo a la categoría de Orden religiosa: aseguraba así, del mejor modo posible, la continuidad de las Escuelas Pías.

Calasanz manos a la obra

Precisamente durante esos veinte años elaboró Calasanz el sistema educativo y didáctico que nos proponemos ilustrar. Los documentos que han llegado hasta nosotros, aunque, no son muy abundantes, nos dan una idea bastante clara y completa del método que él creó.

El más importante es la *Breve relatione*, que se encuentra en un manuscrito del propio Calasanz, publicada por primera vez por el P. Picanyol en su texto original italiano, en 1938, con el título de *Documentum princeps paedagogiae calasancianae*⁵; pero el P. Tomás Garrido ya lo había editado en el año 1932, traducido al latín⁶. Igualmente revisten gran interés los ocho documentos que el P. Claudio Vilá imprimió en 1979 como apéndice a su estudio sobre la unión de

5 *Arch.Sch.P.*, 1938, n. 3, pp. 45-51 (El P. Picanyol demuestra que la *Breve Relatione* es de 1610 y, tal vez, anterior).

6 *Eph.Cal.*, 1932, pp. 64-70.

las Escuelas Pías con la Congregación Luquesa. El más importante para nosotros es el VI, que contiene el informe de la inspección de las escuelas realizada por dos Padres Luqueses en octubre de 1614⁷.

Todos estos documentos son fundamentales para nuestro estudio, pero acudiremos también a otras fuentes contemporáneas y posteriores a Calasanz, que desarrollan sobre todo los principios de la *Breve relatione*. Al tratar de la evolución de la obra, tendremos que recurrir a otras fuentes.

La idea original de Calasanz era fundar para los hijos de los pobres una escuela completamente gratuita que, en el menor tiempo posible, los hiciera capaces de afrontar la vida con dignidad y seguridad, y dar así una aportación –determinante según él– a la reforma de la sociedad. Todo esto puede verse fácilmente en la *Breve relatione* y, más detallado, en otros escritos de Calasanz; entre los que destacan los cuatro últimos capítulos de la segunda parte de las Constituciones que escribió para las Escuelas Pías.

El plan de estudios de Calasanz se articula en nueve clases; no requieren nueve años, es factible cursarlas en un período mucho más breve. De hecho, el año escolar duraba al principio sólo cuatro meses y, posteriormente, seis. Los alumnos permanecían en la misma clase por más o menos tiempo, según su capacidad personal y las posibilidades de la familia. Después de la primera clase –que haría pensar en el parvulario de nuestros días– venían cuatro de primaria y cuatro de secundaria. Más tarde, aunque no disminuye el número total de clases, decrecen las de primaria y aumentan las de secundaria. Pero tenemos que hablar ya de cada una en particular.

Escuela de la señal de la Santa Cruz

De esta forma designa Calasanz la clase de los “más pequeñines”. En 1610 había sesenta/setenta niños de cinco años y algunos de edad inferior, que aprendían precisamente la señal de la Santa Cruz y las oraciones más fáciles y practicaban el deletreo. Iban a la escuela sin libros y sin pluma. El maestro colgaba de la pared carteles “con un alfabeto de letras bastante grandes”; las señalaba una por una

7 Arch.Sch.P., 1979, n. 6. p. 239 (Vila).

“con un puntero” y decía su nombre; los niños lo repetían varias veces, primero a coro y después uno por uno. Había otros carteles con sílabas simples (por ejemplo, “ba, be, etc. y ab, eb, etc. y algunas palabras fáciles”) que leía en primer lugar el maestro y repetían a continuación los alumnos⁸.

Calasanz daba gran importancia a esta clase. Y concretamente esta predilección por los pequeños indujo, tal vez, a Ferrante Aporti, dos siglos más tarde, a poner “las escuelas infantiles bajo la protección especial de Calasanz”⁹.

Por desgracia, esta clase quedó unida después a la inmediatamente superior, pues muchos religiosos se resistían a enseñar en ella. Ya en 1625 descubrieron esta repugnancia los Visitadores Apostólicos de San Pantaleón, por más que entonces no se admitían niños de menos de seis años¹⁰. La aversión siguió en aumento y hacia 1640, el P. Castelli afirmaba que esa escuela tenía algo de “totalmente mujerial”¹¹. Por ese motivo el Capítulo General de 1659 dio orden de no admitir en el colegio a niños que no hubieran cumplido siete años; tampoco logró restablecer esta escuela de la señal de la Santa Cruz un Breve de Alejandro VII que, el 28 de abril de 1660, prescribía de forma genérica no excluir a los niños que fueran capaces de aprender los primeros rudimentos¹². Sin embargo en alguna nación, especialmente en España, se creó una clase, análoga llamada “parvulario”, que aún hoy día sigue floreciente y cuenta con magníficos maestros.

La escuela primaria

En 1610, Calasanz asignaba a la escuela primaria cuatro clases, que numeraba en sentido inverso al actual, comenzando por la más alta.

8 *Breve Relazione*.

9 *Eph.Cal.*, 1960, p. 182: carta de Aporti, del 12.IX.1852. El P. Picanyol, en *L' Eco dei nostri Centenari*, nn. 9-10 (1948), p. 23, dice que ha visto en Zaragoza una *Vita di S.G. Calasanzio Fondatore d.S.P. e Protettore degli Asili d'infanzia scrltta dal Sac. F. Regonati e dedicata a Cav. Ferrante Aporti nominato Arcivescovo di Genova*, Crema, 1848.

10 *Eph.Cal.*, 1959, p. 169 al final y pp. 201-202 (Santha).

11 P. F. Castelli, *Discorso sopra l'istituto delle Scuole Pie*, en A.G., *Reg.Cal.*, '14,74 ..., inédito.

12 *C.Sch.P.*, p. 146, nota 134 A.

La *primera clase*, la octava de la *Breve relatione*, se llamaba también del *Salterio*. En ella aparecen por vez primera los libros. Pero no se debe pensar que cada niño tuviera su propia cartilla; algo, por lo demás, unimaginable, dada la pobreza de las familias y de la escuela. Calasanz había resuelto el problema de la cartilla con un sentido práctico extraordinario. Se había hecho con algunos de aquellos libros en folio que usaban antiguamente los cantores en los coros de las iglesias. Solían llamarlos salterios porque contenían, entre otras cosas, los salmos en latín, escritos con letras mayúsculas. En estos libros, colocados bien a la vista, el maestro hacía leer en voz alta a cada alumno algunas líneas (en latín, leer en voz alta se dice “recitare”). Cuando los sesenta niños habían “recitado” su fragmento correspondiente, el maestro los invitaba a repetir de memoria y a dividir en sílabas algunas de las palabras latinas que habían leído. Uno de los más despejados corregía los posibles errores; al final, los más aplicados recibían como premio “algunas estampitas de papel”. Por otra parte, los alumnos aprendían de memoria la Doctrina Cristiana.

La *segunda clase*, séptima de la *Breve relatione*, se llamaba también de *leer de corrida*. Como era muy numerosa (130 alumnos), se dividía en dos secciones sucesivas, de forma que todos permanecían por lo menos cuatro meses en la primera sección y cuatro en la segunda, denominada entonces la sexta clase, la tercera según nuestra numeración.

En estas dos clases se hacían ejercicios de lectura con libros en italiano. No consta que el colegio proporcionara los libros, excepto los de la Doctrina Cristiana; tampoco es probable que cada alumno tuviera uno; por el contrario, parece que varios muchachos leían juntos en el mismo ejemplar. No habla un texto fijo, se empleaba la Doctrina Cristiana, algún otro libro espiritual o el libro de las Vírgenes. Todavía no se ha logrado precisar el contenido de este último; el P. Santha supone que se trataba de la traducción de una obrilla narrativa de San Gregorio Magno. Calasanz quería que el libro de lectura fuera “de buena y clara estampación” y escrito con estilo ágil, nunca “rudo”¹³. En las Constituciones prescribía además que los libros fueran tales que sacaran provecho los niños y sus padres¹⁴.

13 S.J.C., p. 593, notas; Ep., 1007.

14 n. 213.

Cuando todos los alumnos habían leído un trozo, como en la escuela del Salterio, el maestro les hacía silabear las palabras más difíciles y explicaba las abreviaturas. Para este ejercicio se dividía a los muchachos en dos grupos, que competían entre sí. Una vez a la semana se celebraba un concurso para ver quién leía mejor un fragmento elegido al azar por el maestro: el vencedor era proclamado emperador para la semana siguiente y, como tal, podía conceder dos o tres gracias, es decir, perdonar dos o tres castigos a los compañeros.

De la *tercera clase*, denominada la sexta, ya hemos tratado al hablar de la segunda: únicamente recordamos aquí que todos los alumnos debían cursarla, una vez aprobada la anterior.

La *cuarta clase*, quinta según Calasanz, es la más compleja y la que mejor revela su genio pedagógico. Resultaba también la más numerosa: 140 alumnos. Se dividía en dos secciones, sucesivas y bien diferenciadas.

En la primera, los muchachos seguían practicando la lectura y *aprendían a escribir*. Surgía entonces un problema no pequeño. Mientras en las clases anteriores los alumnos se sentaban en simples bancos, sin mesas¹⁵, en ésta se hacía indispensable la mesa escritorio. Desconocemos cómo estaban contruidos los bancos, aunque sí sabemos que Calasanz había escogido un modelo y lo aconsejaba a los colegios de fuera de Roma¹⁶. Pero la verdadera dificultad radicaba en encontrar una sala bastante espaciosa para tan elevado número de alumnos; y el inconveniente subía de punto, ya que Calasanz exigía dejar en medio un espacio suficiente, que le permitiera al maestro pasar y le consintiera guiar a cada muchacho en la escritura¹⁷.

El maestro enseñaba a coger bien la pluma y a fajarla, es decir, a cortarla con la navajita: en aquellos tiempos se usaba pluma de ave¹⁸.

15 *Ep.*, 3484: se habla de poner bancos en la escuela de escritura y “para los alumnos de lectura, otros bancos para ver”.

16 *Ep.*, 1820, 3484.

17 *Ep.*, 1820: espacio, o pasillo, de cinco palmos.

18 De tajar las plumas habla Scio, Método uniforme, pp. 24- 25; tal vez a eso mismo aluden los inspectores luqueses de 1614: cfr. *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 22 (Vila).

Calasanz hace observar que eran necesarios tres o cuatro meses para aprender a escribir con seguridad. Habla, igualmente, de otras dos materias que se debían enseñar después de la escritura, aunque los alumnos continuaran ejercitándose en la caligrafía. El estudio de estas dos asignaturas constituye la segunda sección, subdividida en dos subsecciones paralelas: *ábaco* y *nominativos*. En realidad, esta cuarta clase comprendía las tres que encontramos, bien separadas, en una relación de los Inspectores de los Padres Luqueses, en octubre de 1614.

A la escuela de *ábaco* acudían los muchachos que no podían proseguir los estudios; aprendían las nociones necesarias para hacer las cuentas, o sea, las cuatro operaciones, los quebrados y algunas reglas prácticas, como la regla de tres. Después dejaban la escuela y empezaban a trabajar.

La sección de los *nominativos* se destinaba a los que iban a pasar a las escuelas secundarias: comenzaban a aprender los nominativos, es decir, las declinaciones de los nombres y las conjugaciones de los verbos latinos, para poder iniciar a continuación el estudio de la gramática.

En algún colegio, más adelante, se formó también una tercera sección, la de *música*. Conocemos la de San Pantaleón de Roma, Narni (Terni), Campi (Lecce) y Nikolsburg en Moravia. Su finalidad era eminentemente práctica, porque tendía a preparar a los muchachos para la música y ganarse así la vida. Sin embargo, Calasanz tenía sus reservas acerca de este estudio, porque temía que impidiese la dedicación a disciplinas más importantes, a su parecer. Por eso, en Italia se abandonó pronto esta asignatura. En cambio, en alguna nación de Europa Central, como Checoslovaquia, encontramos maestros de música vocal e instrumental en casi todos los colegios, hasta las últimas décadas del siglo XVIII; aunque parece que se enseñaba como una asignatura más y no en escuela específica.

Antes de seguir adelante, añadamos algo acerca de la caligrafía, a la que Calasanz daba tanta importancia práctica como a la aritmética.

De hecho, el arte de la caligrafía era muy apreciado entonces y quien lo poseía encontraba trabajo con facilidad en casa de particulares y en oficinas públicas. Por eso quería que se enseñase con gran esmero y animaba frecuentemente a los religiosos a perfeccionarse en él;

sus exhortaciones no resultaron baldías, ya que entre los escolapios de su tiempo hubo numerosos calígrafos y, en los catálogos de las bibliotecas de la época, aparecen muchos tratados de caligrafía¹⁹.

Además, estos ejercicios contribuían a imprimir en la mente de los muchachos ideas sanas y los llevaban a escribir correctamente en la lengua viva: parece que a este fin tendían las recomendaciones acerca de la ortografía²⁰; esta interpretación la confirman mucho más tarde todas las páginas de la *Ratio Studiorum* de 1694²¹.

Algunas consideraciones sobre la escuela primaria

Por más que en 1610 fueran cinco las clases de las escuelas inferiores, dado el ritmo cuatrimestral de los exámenes y el consiguiente paso a los grados superiores, un alumno de capacidad media habría podido completar todo el ciclo inferior de la enseñanza calasancia en unos dos años, adquiriendo un bagaje cultural suficiente para aquella época. Lo cual explica bastante bien que, con el pasar del tiempo, cambiase la periodicidad de las pruebas y se redujeran las cinco clases a tres: lectura, escritura y ábaco. La de lectura terminó por abarcar las primitivas de la señal de la Santa Cruz, del Salterio y de Leer de corrida. La de escritura fue cobrando siempre mayor importancia, no sólo porque los muchachos se perfeccionaban en la caligrafía, sino porque, al seguir con los ejercicios de lectura, adquirirían una discreta cultura y aprendían a componer en su propia lengua. La tercera, la de ábaco, se desarrolló tanto que hubo que anticipar el estudio de la aritmética ya desde la clase de escritura.

El problema del número de alumnos, que era grave en 1610, se agudizó al máximo en 1614. Para convencerse, basta echar una ojeada a la distribución de la población estudiantil en octubre de ese año, según resulta del informe de los inspectores luqueses: *Señal de la Santa Cruz: 104. Salterio: 80. Leer de corrida, clase VII: 90. Leer de corrida, clase VI: 90. Escribir: 150. Ábaco: 80. Nominativos: 106*. Adviértase, además, que la quinta clase estaba dividida entonces en

19 S.J.C., p. 155, notas 15 y ss.

20 S.J.C., p. 482.

21 R.S., de 1694 en *C.Sch.P.*, O.

tres, perfectamente distinguidas, aunque designadas todas con el mismo nombre de quinta²².

Los inspectores luqueses, a quienes debemos estas cifras, observan que un solo maestro por clase es insuficiente y que al maestro de la de escritura no le basta con el único ayudante que le han asignado; proponen darle tres. Algunas décadas más tarde, en la escuela de escribir habrá incluso cuatro maestros, uno como principal y tres como auxiliares. Los inspectores arbitran el recurso de que en las otras clases los maestros sean dos.

Pero la solución más acertada del problema, a juicio de estos mismos inspectores, era otra: que en ninguna clase se admitiesen más de 50 alumnos. Idéntica opinión tenía Calasanz, como se desprende de varias cartas en que recomienda no superar esa cifra²³. Sin embargo, durante muchos años los escolapios no lograron atenerse en todo momento a ese criterio. Según una estadística de Nikolsburg, que abarca de 1654 a 1682, en esos veinticinco años el número mínimo en la clase de lectura era 40 y el máximo 124. En la de escritura había 34 alumnos en 1654, y 157 en 1676. En la de ábaco, a los 17 alumnos de 1655 corresponden 86 en 1657²⁴. En 1780, el P. Scio habla de clases de lectura con 200 e incluso 300 alumnos, aunque agrupados en tres secciones²⁵.

Las escuelas de Calasanz no surgieron siempre en grandes centros, de abundante población estudiantil. En las ciudades pequeñas y en los pueblos, a veces los muchachos eran pocos. En tales circunstancias, Calasanz permitía que un solo maestro se encargase de todos los alumnos de primaria. Se conserva un manuscrito suyo que contiene las normas prácticas para el maestro de esta clase múltiple: debe dividir al alumnado en cuatro grupos: de silabeo, lectura, escritura y ábaco; después, dar la lección a cada grupo por separado, mientras los demás hacen los ejercicios que previamente les ha señalado. Para que este tipo de escuela resulte fructuoso, Calasanz exige que “los maestros no tengan ninguna ocupación fuera de las escuelas”²⁶.

22 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vila).

23 *Ep.*, 3022, 3027.

24 *Numerus discipulorum Nicolspurgensium ab Anno 1654*, en A.G., Reg.Prov., 53, n. 15.

25 Scio, *Método uniforme*, p. 22.

26 *Arch.Sch.P.*, 1940, n. V, p. 32 (Texto ed. Picanyol).

La escuela secundaria

Según la *Breve relatione*, la escuela secundaria comprendía asimismo cuatro clases; los inspectores de 1614 encuentran todavía las cuatro. También en este segundo ciclo tiende Calasanz a reducir al mínimo la duración del período escolar. Las cuatro clases se llaman, todas, de *Gramática*, pero en general la más alta se denomina simplemente la *Primera*; las otras tres son la cuarta, la tercera y la segunda. Varios años más tarde se las designará con el nombre de *Gramática inferior*, *Gramática media* y *Gramática superior*.

En la de *Gramática inferior* se completa el estudio de las declinaciones y conjugaciones y se comienza la sintaxis con el estudio de las concordancias. En la de *Gramática media* se continúa la morfología y la sintaxis y se aprenden de memoria los célebres diálogos de Luis Vives. En la de *Gramática superior* se concluye el estudio de las normas gramaticales y se comentan las Cartas familiares de Cicerón. Después de esta clase –añade Calasanz– una parte de los alumnos pasa al Colegio Romano de los Padres Jesuitas, donde sufren un examen y quedan incorporados al curso que está más en consonancia con su preparación.

A los que no tenían intención de proseguir estudios, Calasanz les reservaba la última clase, la Primera. En ella el maestro comentaba el *De Officiis* de Cicerón y la *Eneída* de Virgilio y exponía la Retórica, la Poética y cuanto le permitían el tiempo y la capacidad de los alumnos.

Respecto al método, la *Breve relatione* alude a las competiciones o certámenes de los dos equipos en que se agrupaban los alumnos: Romanos y Cartagineses, Partido Pío y Partido Angélico, Caballería e Infantería.

Por lo demás es de suponer que los maestros se atenderían a los métodos de la época. Consta, sin embargo, que en la enseñanza del latín influyó no poco la autoridad personal del P. Gaspare Dragonetti (1513- 1628) el cual poseía muy vasta experiencia en este campo cuando ya muy anciano, en 1603, empezó a colaborar con Calasanz.

Más tarde, el método de Dragonetti fue perfeccionado y puesto al día, sobre todo por parte de varios maestros de gran prestigio, como el joven P. Giovanni Francesco Apa. Mientras tanto, la Primera clase se fraccionó en dos escuelas: Humanidades y Retórica. Hasta ahora

no se ha podido precisar la fecha de este desdoblamiento, pero se sabe con certeza que en 1625 era ya un hecho²⁷.

A decir verdad, desde 1617 habría querido Calasanz que Paulo V, en el Breve fundacional de la Congregación Paulina, hubiese incluido las Humanidades y la Retórica; pero el Papa se limitó a hablar de “lengua latina”²⁸. A pesar de todo, Calasanz introdujo la Retórica en el texto de las Constituciones aprobadas por Gregorio XV en 1622²⁹. Precisamente sobre este texto de las Constituciones, aprobado por la Santa Sede, basará más tarde su defensa de la enseñanza del latín cuando los adversarios intenten circunscribir a los escolapios a la escuela primaria.

La *Ratio Studiorum* de 1694 codifica la tradición escolapia del comentario de los clásicos latinos en los siguientes términos: el maestro lee primero en voz alta el fragmento que va a explicar; lo sitúa dentro del contexto de la obra que comenta; releo el primer período, lo ordena y lo traduce a la lengua vernácula; el mismo sistema emplea con los demás períodos hasta terminar el fragmento. Vuelve al principio y aclara, período por período, las reglas morfológicas, sintácticas y retóricas, según la clase en que enseña. Ilustra además el pasaje con relatos históricos y mitológicos; indica sinónimos u otras formas elegantes de expresar las mismas ideas. Por fin invita a un muchacho a repetir la explicación. Después, todos los alumnos de las tres clases de Gramática hacen por escrito una buena traducción del trozo entero. En cambio, los de Humanidades y Retórica anotan ordenadamente en un cuaderno las observaciones más salientes acerca del estilo y de los modismos puestos de relieve por el maestro³⁰.

Aparte del comentario a los clásicos, la *Ratio* prescribe redacciones en latín y en lengua vulgar. Las composiciones en lengua vernácula tomaron pronto la delantera, de modo que algún Padre General, ya en el siglo XVII, hubo de llamar la atención sobre la importancia del latín³¹.

La *Ratio* ordena también que el maestro revise todas las composiciones y corrija los posibles errores con letra muy clara. Si por su

27 *Eph.Cal.*, 1959, p. 201, n. 42, ad 11 (Santha).

28 *Bullarium Sch.P.*, pp. 18-21.

29 *C.C.*, n. 205.

30 *R.S.*, en *C.Sch.P.*, p. 168, Q.

31 *Circolare del P.C.G. Pirroni* del 10.VII.1677, en *Eph.Cal.* 1962, p. 200 (Santha).

excesivo número no puede leer todos los trabajos, le está permitido valerse de la colaboración de los alumnos más aventajados; en ese caso, tiene siempre la responsabilidad de examinar personalmente por lo menos un trozo de todas y cada una de las redacciones. Terminada la revisión, los muchachos pasan a limpio sus trabajos³². Ya los inspectores de 1614 habían sugerido se le asignase un ayudante al maestro de Gramática superior que tuviera 70 alumnos, para esta corrección de pruebas³³.

En los colegios pequeños, de escaso alumnado, Calasanz permitía juntar a todos los muchachos de secundaria bajo un solo maestro, como en la primaria. De las normas que insinúa al maestro de esta clase múltiple se concluye que no se pasaba más allá de la Gramática, por lo menos en la mayoría de los casos³⁴. Incluso la *Ratio* de 1694 admite el acoplamiento de las clases, pero lo circunscribe a dos³⁵.

La escuela secundaria, que en un principio se limitaba a la enseñanza del latín, con el pasar de los años se enriquece con otras asignaturas, como historia, geografía, idiomas vernáculos y lengua griega.

Horario y Calendario

Calasanz estaba convencido de que la ociosidad, es el enemigo número uno de la buena educación. Por eso y también, quizás, porque tales eran las costumbres de la época, quiso que las horas de clase ocuparan todo el día: de las 8 a las 11 de la mañana y de las 2 a las 5 de la tarde, en los meses de invierno; en las otras estaciones, el horario sufría las variaciones habituales según la salida y la puesta del sol, es decir, se anticipaba un poco por la mañana y se retrasaba por la tarde, de forma que los momentos fuertes del calor quedaran libres. Pero el número total de horas lectivas permanecía inalterable.

Las lecciones propiamente dichas duraban dos horas y media por la mañana y dos horas y media por la tarde. Al concluir las clases matinales, los muchachos acudían al oratorio o a la iglesia para oír

32 R.S., en *C.Sch.P.*, pp. 167-168, P.

33 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 239, al final "Sec. da vero..." (Vila).

34 *Arch.Sch.P.*, 1940, n. V, p. 32 (Texto Istruzione, ed. Picanyol).

35 R.S., en *C.Sch.P.*, p. 167, N.

misa: la cual no podía pasar de media hora. Las clases de la tarde terminaban igualmente en la iglesia, con el canto de las letanías de Nuestra Señora y otras oraciones³⁶.

El calendario escolar respondía asimismo a esa preocupación de Calasanz por evitar el ocio. Llevado tal vez por esa motivación interpretó en sentido estricto los usos de su tiempo, puesto que las lecciones continuaban durante todo el verano, y las vacaciones generales, con razón llamadas de otoño, se reducían a unos pocos días. El Capítulo General de 1637, al que asistió Calasanz, reafirmó la costumbre de no conceder más de 15 días de vacaciones generales.

El año escolar se clausuraba el 15 de octubre y se inauguraba el 3 de noviembre. Esta medida, presente todavía en la edición de las Constituciones de 1781, debe entenderse con cierta amplitud. Los alumnos de las escuelas superiores disfrutaban de vacaciones un poco más largas, acaso por tener la oportunidad de ayudar a sus padres en los trabajos propios de la estación, como la vendimia³⁷. Un documento de 1654 distribuye así las fechas de las vacaciones generales: el 3 de octubre las inician los alumnos de la Primera clase; después, de tres en tres días, los de los grados siguientes, solos o acoplados, hasta el de los pequeñines, que las empiezan el 15 de octubre³⁸.

El P. Santha sintetiza el calendario escolar de la siguiente manera: días en que las clases se desarrollan por la mañana y por la tarde, 194; días en que hay clase sólo por la mañana, 55; días de vacación completa (domingos, fiestas entre semana y vacaciones generales), 116³⁹.

Cuando se introdujeron las clases de Filosofía y Teología, sus alumnos gozaban, de unos dos meses de vacaciones, desde primeros de septiembre⁴⁰.

Debemos añadir que no fue posible la uniformidad absoluta: el Capítulo General de 1718 sancionó una usanza vigente desde hacia

36 S.J.C., pp. 371 ss.

37 *Ibidem*, p. 383, nota 30.

38 *Ibidem*, p. 383, nota 30.

39 *Ibidem*, pp. 385-386.

40 *Calendario del Coll. Calasanzio* de Roma, 1755. Folio estampado que se encuentra en B.S. en el vol. de Miscellanea F.IX.6,10.

alguna década y que permitía a cada Provincia determinar la duración y el momento de las vacaciones de otoño según las necesidades y costumbres locales, aunque siempre con la aprobación del gobierno central de la Orden⁴¹.

Como hemos dicho anteriormente, en 1610 se celebraban exámenes cuatrimestrales y los alumnos aprobados pasaban a la clase superior. Pero muy pronto se modificó esta tradición. Las Constituciones de 1622 preveían exámenes semestrales en primavera –Pascua– y en noviembre, antes de principiar el nuevo año escolar⁴². Sigue vigente este uso en 1781, cuando aparece la primera edición oficial de las Constituciones. Así las cosas, es obvio que, al menos teóricamente, un alumno podía cursar enteramente los estudios primarios (de tres clases) en menos de dos años y medio. Como contraste, consta que la secundaria del Colegio Nazareno debía cubrir “un período de cinco años”⁴³. Esto nos hace suponer que, por lo menos a nivel de norma práctica, se accedía al grado superior sólo una vez al año; subsistiendo siempre la posibilidad de una promoción semestral en casos particulares.

Metidos como estamos en el tema de los exámenes, conviene decir dos palabras sobre los controles periódicos acerca del aprovechamiento del alumnado y diligencia del profesorado. No había entonces calificaciones bimestrales o trimestrales, pero se organizaban academias. Calasanz ordena que en el Colegio Nazareno (donde funciona tan sólo la secundaria) “los alumnos, mensualmente, pronuncien un discurso o reciten un poema a juicio del mencionado Ministro”⁴⁴. En 1748, el P. Delbecchi prescribe que tales academias se celebren bimestralmente, a cargo de los estudiantes de Humanidades y Retórica; en cambio, los de las clases de Gramática deberán recitar cada trimestre un diálogo en el estilo de Vives, y después se dará lectura a dos listas, una de los aplicados y otra de los negligentes; todo, en presencia de los superiores y maestros. En las escuelas

41 *C.Sch.P.*, p. 150, nota 138, D.

42 *C.Sch.P.*, p. 146, nota 135. Cfr. *C.C.*, n. 197.

43 Hay que hacer notar que el inciso “de cinco años” no figura en el c. VII de las Constituciones del Nazareno editado en *C.N.*, sino en el manuscrito de las mismas conservado en *A.G., Reg.Cal.*, 11, 10.

44 *C.N.*, p. 44.

primarias, los alumnos demostrarán su aprovechamiento con disputas varias, tenidas ante superiores, maestros y padres de familia⁴⁵.

Formación religiosa

Para reformar la sociedad, como se proponía Calasanz, era sin duda indispensable un cierto grado de instrucción; pero no podía faltar una adecuada formación religiosa. Sobre ella diserta ampliamente en su *Breve relatione* y otros escritos. En el proemio de las Constituciones sintetiza la educación religiosa en esta frase: “enseñar a los niños... sobre todo la piedad y la doctrina cristiana”, colocando en primer lugar la piedad, es decir la práctica, y en segundo lugar la doctrina. Una página entera de la *Breve relatione* la dedica a enumerar los ejercicios de piedad, en cambio del estudio de la Doctrina Cristiana habla cuando expone los programas de enseñanza.

Las prácticas de piedad eran diaria, semanales y mensuales. Ya hemos hablado de los ejercicios diarios; no obstante, recordamos que, al comenzar las clases, se decían unas oraciones más bien largas y, durante las lecciones, se intercalaban otras breves. Calasanz daba, además, gran importancia a la *Oración continua*, descrita así en la *Breve relatione*: A diario, desde el principio hasta el final de las clases, tienen Oración continua nueve alumnos guiados por un sacerdote letrado, que los instruye sobre el modo de hacer oración; dura media hora; después va otro turno de otros nueve. La Oración se hace por la exaltación de la Santa Iglesia Romana, extirpación de las herejías, unión de los Príncipes Católicos y, especialmente, por los ordinarios bienhechores del lugar. A ella acuden, por orden, todos los alumnos desde la primera clase (la más alta) hasta la última”.

Semanalmente deben asistir todos los discípulos a la misa del domingo y, cuando sea necesario, a las de las otras fiestas. La función dominical se desarrolla del siguiente modo: comienza con una lectura espiritual, a la que sigue una plática; después los muchachos se dividen en dos grupos, de mayores y pequeños: éstos rezan el rosario a dos coros, aquéllos cantan el oficio parvo de la Virgen; a continuación se reúnen de nuevo en la iglesia para oír juntos la misa.

45 *Eph.Cal.*, 1968, pp. 310-312 (Santha).

Una vez al mes, en el día de fiesta señalado por el Prefecto, todos los alumnos que han llegado a la edad prescrita se acercan a los sacramentos de la confesión y comunión. Es probable que, para las confesiones mensuales, llamaran a muchos sacerdotes, con el fin de no hacer esperar demasiado a los muchachos; pero Calasanz tenía dispuesto que un confesor estuviera diariamente al servicio del alumnado; al Prefecto y al Rector les recomendaba con frecuencia enviar a los que merecían algún castigo, al confesor más que al corrector. En las Constituciones dedica a los confesores un capítulo entero. En las cartas habla a menudo de ellos y manifiesta el deseo de que haya un “confesor permanente, sin clases, porque no se puede hacer las dos cosas”⁴⁶.

Para no convertir las prácticas religiosas en ejercicio mecánico y sin mordiente, era indispensable proporcionar una cultura religiosa que las motivara y contribuyese a forzar en el espíritu del joven convicciones profundas, que lo, hicieran capaz de dar razón de su fe personal. Este objetivo perseguía la instrucción religiosa, alternada e íntimamente unida con la instrucción preponderantemente humana. Se puede afirmar que toda la escuela calasancia estaba impregnada de espíritu religioso. En efecto, se comenzaba aprendiendo la señal de la Santa Cruz y las oraciones; para los ejercicios de lectura se echaba mano de libros espirituales, en particular de la Doctrina Cristiana; todos los días, los alumnos de todos los grados repetían de memoria algunas de sus respuestas.

Eran tres los libritos de la Doctrina Cristiana. Calasanz en persona había escrito, para los más pequeños, uno chico que trataba de los principales misterios de la fe en relación con las fiestas del año litúrgico: Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés y la vida de la Iglesia inaugurada en ese día del Espíritu Santo. Terminaba con una exhortación a permanecer siempre fieles a la Iglesia, gobernada por los sucesores de los Apóstoles⁴⁷. En las clases siguientes se estudiaba el catecismo pequeño de Belarmino y, en las últimas, el

46 *Ep.*, 829.

47 *Alcuni Misterii della vitae passione di Cristo nostro Signore*. El P. Bartlik afirma que se imprimieron antes de 1600, pero las ediciones conocidas son las de 1691. La última, hecha por el P. Picanyol, en *P.B.*, n. 2, Roma, 1933, resulta ahora difícil de encontrar.

grande. Resulta evidente que en Alemania se usaba el de Canisio, en vez del de Belarmino. Más tarde, los escolapios redactaron otros textos apropiados y se sirvieron de los que ya se empleaban en cada nación. En Italia, en el siglo XIX, se hizo célebre el catecismo del P. Giandomenico Cervelli (1755-1803) que, además de alcanzar innumerables ediciones, mereció el honor de ser seleccionado por el Vicariato de Roma para uso de las escuelas estatales de la ciudad y de ser adoptado en muchas otras diócesis⁴⁸.

Una vez a la semana, los maestros debían explicar en su clase una parte de la Doctrina Cristiana, ordinariamente la que habían aprendido de memoria los alumnos. Los sábados, el Prefecto o su encargado tenían que dirigir una plática a los muchachos de secundaria reunidos y otra a los de primaria, también juntos. El último cuarto de hora del día se dedicaba a la enseñanza religiosa⁴⁹.

Finalmente, sobre este tema de la instrucción religiosa conviene subrayar lo que dice Calasanz en las Constituciones al hablar del Director de la Oración continua: que no se limite a dirigir la oración, sino que enseñe al pequeño grupo el modo de prepararse para la confesión y comunión y aun el método de hacer oración mental⁵⁰.

El catecismo dominical tenía un carácter diverso; la *Breve relatione* no lo menciona, aunque venía practicándose desde los primeros años. En cambio, en el reglamento de 1628 se dan amplias explicaciones. Las sesiones catequísticas se celebraban en las tardes de domingo y duraban una hora. Todos los alumnos de las Escuelas Pías debían asistir; podían participar también los adultos y, sobre todo, los parientes de los muchachos. Ordinariamente se desarrollaban estas reuniones en la iglesia de los escolapios; pero, si el superior lo juzgaba oportuno u otras razones lo aconsejaban, se tenían en otras iglesias más cómodas e incluso en la catedral. Este ejercicio se

48 *Dottrina cristiana ad uso dalle Scuole Pie*, Torino, Patavia, 1881. En la tapa se lee esta frase impresa: *Approvata dai Consigli Provinciali scolastici del Regno e adottata nelle scuole comunali di Roma* (En un ejemplar de la edición de 1877 conservado en la B.S. está pegada un carta manuscrita del Cardenal Vicario de Roma, que expresa su complacencia).

49 R.S. en *C.Sch.P.*, p. 165, E.

50 C.C., n. 194.

generalizó cada vez más, de modo especial durante el siglo XVIII. A menudo tales entretenimientos catequísticos se transformaban en competiciones muy interesantes.

La descripción que se lee al final del Método Uniforme del P. Felipe Scio, puede dar una idea bastante completa de su naturaleza. En Roma y en otras ciudades, estos concursos catequísticos se propagaron a colegios no escolapios, que rivalizaban con los alumnos de las escuelas escolapias⁵¹.

Educación moral y cívica

Acerca de la educación moral y cívica se encuentra abundante material en los *Reglamentos de alumnos* escritos directamente por Calasanz o sus inmediatos colaboradores. Son varios, iniciando la serie la *Breve relatione*, que contiene una página sobre el tema; otro, precedente de Frascati, fue publicado en el *Códice Palermitano*⁵²; un tercero, de Narni, se encuentra en *Epístulae ex Hispania et Italia*⁵³; otro, de Campi, sigue todavía sin editar; el de Florencia lo estampó el P. Vannucci en *Il Marzocco*⁵⁴; el de Nápoles no se ha dado a la prensa; el de Litomisl, en latín, ha llegado hasta nosotros en un folio impreso en 1644 (el P. Vila lo ha reeditado en Fuentes inmediatas)⁵⁵.

Además de los Reglamentos, ayudan a conocer este aspecto de la pedagogía calasancia numerosos escritos del Fundador y los borradores de las Reglas y Ritos elaborados por orden suya⁵⁶.

Ante todo, Calasanz exigía un gran respeto hacia los padres y maestros, aunque fueran éstos de las otras clases. En cuanto a los padres, leemos en el Reglamento de Frascati una recomendación que revela la sensibilidad humana del Santo: “y al entrar en casa besen la mano

51 Stefanl, V.S., *Novelle*, p. 69, donde se habla de un certamen de los alumnos de S. Lorenzino, en Roma, con muchachos de cuatro parroquias. En varios pasajes del librito se habla de otros certámenes análogos.

52 C.P., pp. 76-77.

53 E.H.I., pp. 529-531.

54 *Il Marzocco*, Firenze, de 7VI.1930, pp. 3-4 (publicado P. Vannucci).

55 Vila, C., *Fuentes inmediatas de la Pedagogía Calasancia*, Madrid, 1960, pp. 255-256, nota 86.

56 A.G., *Reg.Cal.* 14, 74 * y *Reg.Gen.* A,74.

al padre y a la madre y sean obedientes”⁵⁷. En el colegio no se toleraban privilegios: “en clase nadie pretenda honores, preeminencia o primacía sobre los demás, por título alguno que no sea la valía de la inteligencia o la integridad de las costumbres”⁵⁸. Y esto ocurría después de 1617, cuando a las escuelas de Calasanz acudían indistintamente ricos y pobres, nobles y plebeyos; tenía, pues, razón Scioppio al escribir hacia 1630 que en las Escuelas Pías “se educan los hijos de los ricos y de los pobres, sin discriminación alguna”⁵⁹.

No está permitido llevar a clase ningún tipo de armas, “ni cuchillos, ni cortaplumas, ni tinteros excesivamente puntiagudos”⁶⁰. No se toleraba que los muchachos riñesen, tuvieran malos modales, escribieran en las paredes, en los bancos, en las ventanas, en las puertas⁶¹. Se prohibía llevar comida o bebida; lo cual no debe extrañar si se advierte que la permanencia en el colegio nunca pasaba de tres horas. Sin embargo, Calasanz, con su habitual sensibilidad, exceptuaba de esta norma a “los pequeñines”⁶².

Los alumnos de las Escuelas Pías estaban obligados a un comportamiento decoroso, incluso fuera del colegio, por las calles. Sirvan estas prescripciones a modo de ejemplo: “por las calles no se detengan ni molesten a nadie”; y más adelante: “pongan todos sumo cuidado en que no los encuentren fanfarroneando por la ciudad”⁶³.

Para evitar los inconvenientes de la salida en masa de la escuela, Calasanz había ordenado que los maestros u otros encargados acompañasen a los muchachos a sus casas: en Roma se formaban cinco largas filas, que se dirigían a los diversos distritos de la ciudad. Pero este servicio resultó siempre muy pesado y cayó en desuso algunos decenios después de la muerte del Fundador.

Se exhortaba a los maestros a dar en todo momento muestras de educación para que los alumnos pudieran tomarlos como modelos;

57 C.P., p. 76.

58 *Regolamento di Campi*; ms. en A.G., Reg.Cal., 13, 32.

59 S.J.C., p. 199, nota 7.

60 *Breve relatione*, y varios Reglamentos.

61 *Ibidem*, y otros Regolamenti.

62 *Regolamento di Firenze*.

63 *Ibidem*.

pero Calasanz pensó también en enseñar teóricamente el comportamiento que hay que observar en sociedad y ordenó “leer todos los días algún trozo del librito de urbanidad”⁶⁴.

Asimismo formaba parte de esta educación moral y cívica el control de las ausencias, muy riguroso. Todos los días, por la mañana y por la tarde, con la ayuda de los decuriones, los maestros tomaban nota de los que faltaban, escribiendo en una hojita sus nombres y los de sus padres; estas hojitas pasaban después al Prefecto. Si las ausencias se prolongaban o se repetían con frecuencia, el Prefecto debía avisar a los padres; caso de no dar éstos explicaciones satisfactorias o de no adoptar el remedio pertinente, ya no se admitía a los alumnos⁶⁵. De hecho, Calasanz estaba persuadido de que la tarea educativa es ineficaz sin la colaboración de los padres.

A veces había que recurrir a los castigos. En este tema, Calasanz acepta las puniciones que son habituales en su siglo, pero con moderación. A los maestros les permite sólo dar dos bofetadas o, a lo sumo, cinco azotes sobre la ropa. Como norma ordinaria, los maestros no pueden infligirlos personalmente, sino que deben enviar a los culpables al Prefecto; éste, según su prudencia, los manda al confesor o al corrector. Abundan las recomendaciones al Prefecto y a los maestros para que no peguen a “los niños” en la cara o en la cabeza y no les tiren de los pelos o de las orejas. Las penitencias más usuales que podía ordenar el Prefecto se llamaban los caballos y las mulas, que consistía en un determinado número de azotes en las nalgas, pero siempre sobre la ropa; si el escarmiento era más riguroso, Calasanz consentía que los muchachos tuvieran que vestirse unos calzones de tela, en vez de su propia ropa.

A guisa de conclusión transcribimos un consejo del Reglamento de 1628: “No inventen nuevos castigos para los niños, porque es cosa poco conforme con la profesión religiosa y causa escándalo a los seglares”⁶⁶.

Y recordamos asimismo que Calasanz, coherente con el principio de que el ocio perjudica grandemente a la educación y a la socie-

64 *Ríti Comuni* de 1628. Ms. en A.G., *Reg. Cal.*, 14, 74 *.

65 *Ibidem*.

66 *Ibidem*.

dad, propendía a solicitar la intervención de las autoridades civiles para conseguir que los muchachos se escolarizaran o fueran a trabajar. A su parecer había que impedir el vagabundeo por la ciudad. En Frascati indujo al gobernador a promulgar un bando contra los muchachos callejeros que perturbaban sus escuelas y molestaban a los ciudadanos. Algún historiador ha creído ver en este hecho un adelantarse a la instrucción obligatoria prescrita por las legislaciones modernas. En todo caso, es seguro que estas leyes habrían merecido su beneplácito⁶⁷.

Personal docente y no docente

Durante los primeros veinte años o poco más, era el Prefecto quien estaba al frente del colegio. Al fundarse la Congregación Paulina y, sobre todo, cuando las Escuelas Pías comenzaron a propagarse lejos de Roma, Calasanz determinó que todo colegio dependiese del *P. Ministro*, llamado posteriormente *P. Rector*. El Ministro tenía las funciones de elegir a los maestros de todas las clases, darles directivas disciplinarias y didácticas, velar por la marcha de las escuelas y por el aprovechamiento del alumnado. De ahí que fuera deber suyo visitar a menudo las clases para comprobar la eficacia, entrega y competencia de los maestros⁶⁸.

El Prefecto es el primer colaborador del P. Ministro. Sus atribuciones, preferentemente disciplinarias, son muy amplias en lo que toca a los muchachos y más bien escasas en lo que atañe a los maestros. Regula el comienzo y el final de las lecciones, ordenando dar diversos toques con la campana para entrar en el colegio, en las aulas y para iniciar y terminar las clases. Debe estar presente en el momento de la entrada y salida de los alumnos. Durante las lecciones vigila el movimiento de los muchachos que salen de las aulas, para que no se detengan a charlar o molestar y vuelvan a la clase cuanto antes. Controla lo que llevan los chicos al colegio y no les permite introducir objetos que puedan ocasionar molestia, ni siquiera libros que no sean de texto. En caso de necesidad llama a los padres para informarles de la conducta y aplicación de sus hijos. Le incumbe, en

67 *Bando contra chi disturba II Scolari...* (folio impreso) en A.G., *Reg.Prov.*, 33, 6.

68 S.J.C., pp. 320 SS.

fin, la ingrata tarea de aplicar los castigos; aunque, al menos, si el alumnado es numeroso, puede servirse de la ayuda del corrector⁶⁹.

Sin embargo, el verdadero protagonista de la escuela es el maestro, que en su clase lo es todo y, de ordinario, está solo. También en los grados superiores un único maestro enseña todas las asignaturas, incluso cuando éstas lleguen a ser más abundantes. En las escuelas inferiores –especialmente, pero no exclusivamente, en la de escritura– si son numerosas, el maestro puede tener a sus órdenes ayudantes, normalmente religiosos jóvenes que inician así su aprendizaje.

Varios reglamentos exponen con minuciosidad las obligaciones del maestro: el más antiguo se incluye en la última parte de la Breve relatione; los más completos se hallan en las Reglas y Ritos comunes⁷⁰.

Ofrecemos una muestra de las normas que más apreciaba Calasanz: además de conocer a fondo las asignaturas, deberán los maestros tener gran caridad con los pobres; entrarán en clase antes que los alumnos; nunca los dejarán solos en el aula y, si han de ausentarse por necesidad, avisarán al Prefecto; conservarán ordenado el registro de los alumnos y anotarán a diario las ausencias; no aceptarán ningún regalo; elegirán a los decuriones de entre los muchachos y los cambiarán en tiempo oportuno; se encargarán personalmente de la limpieza del aula: “bárranla incluso dos veces al día, y no sean descuidados en esto”. Este inciso está tomado del reglamento de 1628. Los maestros de los grados superiores pueden llevar a clase apuntes escritos, para ayudar a la memoria⁷¹.

En las escuelas de Calasanz son muy importantes dos personas: el *Confesor* y el *Prefecto de la Oración continua*, de los cuales ya se ha hablado.

Cuando el número de alumnos es alto, a los colaboradores mencionados se añaden otros: entre ellos, el *Prefecto del patio*, que ayuda a vigilar las entradas y salidas; los *encargados de la limpieza* de los pasillos y retretes; los *acompañantes* de los alumnos y algún otro⁷².

69 *Ibidem*, pp. 353 ss.

70 *Riti comuni* de 1628. Ver nota 63.

71 S.J.C., pp. 339 SS.

72 *Ibidem*, pp. 356 SS.

Al *P. General*, *P. Provincial* y Delegados –conocidos por el nombre de *Visitadores*, es decir, Inspectores– competía la tarea de la vigilancia última, de la dirección general y de la animación⁷³.

Edificios y mobiliario

Calasanz sabía adaptarse a los edificios existentes, como lo hizo en San Pantaleón; pero, al construir colegios nuevos, solía dictar normas precisas. En primer lugar, las nuevas escuelas debían levantarse en puntos céntricos de la ciudad o del pueblo, dando preferencia a los barrios más populosos y más pobres. Al lado o dentro del edificio escolar tenía que haber un amplio patio. Exigía, además, Calasanz agua potable en abundancia y, a ser posible, corriente; a pesar de todo, en algún caso se contentó con agua de pozo⁷⁴.

Normalmente, las escuelas debían estar separadas de las habitaciones de los religiosos, cerca de la iglesia y con fácil acceso a la misma. Si el edificio era único, como ocurría con frecuencia, se requería dos entradas distintas: una para los alumnos, otra para los religiosos. Deseaba el Santo pavimentos sólidos y bien nivelados. Prescribe en cada colegio por lo menos una sala grande, para reunir a los alumnos de diversas clases con motivo de pláticas y charlas y para usos múltiples.

Calasanz daba gran importancia a los retretes, que acostumbraba llamar “lugares comunes”; quiere que los de los alumnos sean distintos de los de los maestros; se preocupa de su limpieza y desea que “no den mal olor a la casa, cosa muy principal tanto para la higiene como para el aseo de la misma”⁷⁵.

Los bancos de las escuelas eran de dos tipos: para ver y para escribir, es decir, bancos simples y bancos con escritorio⁷⁶. En algunos inventarios posteriores al Fundador consta que unas veces estaban sujetos al suelo o a la pared, y otras sueltos; es probable que Calasanz prefiriese los bancos fijos, para que no pudieran caer y causar algún trastorno, como en cierta ocasión ocurrió en Nikolsburg⁷⁷.

73 *Ibidem*, pp. 363 ss.

74 *Dichiarazioni alle Costituzioni*, citadas en *S.J.C.*, p. 396, nota 5. *Ep.*, 1025, 1094, 2738.

75 *Ep.*, 253, 946, 1016.

76 *Ep.*, 3484.

77 *E.E.C.*, p. 721.

El empleo de la pizarra remonta seguramente a la época de Calasanz, ya que el Santo habla de la tiza; pero hasta hoy la encontramos mencionada tan sólo en un inventario de San Lorenzino de Roma, que lleva fecha de 1693⁷⁸. Aunque no se excluye la existencia de algunos mucho más antiguos en los que figure.

Por otras relaciones conocemos las dimensiones de algún aula, si bien en este particular hubo una variedad muy grande. En 1679, algunas clases de Frascati medían 15 1/3 por 25 palmos, o sea, unos cuatro metros escasos de ancho por más de seis metros de largo⁷⁹.

Libros de texto

Ya hemos visto que, en los primeros años de las Escuelas Pías, Calasanz recurrió con éxito al empleo del Salterio latino como silabario; sabemos también que los maestros, a falta de un libro apropiado de aritmética, dictaban reglas y ejercicios. Pero no podía prolongarse semejante situación. Resultaban indispensables textos adaptados a los diversos grados.

Calasanz no tenía dificultad en aceptar los textos entonces en uso; aunque, por miramiento a la pobreza de las familias, no solía obligar a los alumnos a comprárselos si no eran totalmente necesarios.

No se originaban inconvenientes graves por la falta de un libro de aritmética, pero sí era bastante más dificultoso prescindir de la Gramática latina. Para tener una de su gusto, Calasanz invitó a diversos amigos a escribirla. En realidad, en el siglo diecisiete había varias gramáticas, algunas muy buenas, por ejemplo la del jesuita Manuel Álvarez. El P. Dragonetti, que había comenzado a enseñar esta asignatura antes de que Álvarez redactase su obra, seguía utilizando el antiguo texto de Nebrija, si bien prefería dictar apuntes cuando quería que los alumnos aprendiesen. No todos los maestros poseían la capacidad y experiencia de Dragonetti. Por eso Calasanz buscaba a alguien que compusiese una gramática fácil y breve para aprender el latín en el menor tiempo posible.

Esperó en vano que un tal Don Cipriano Martínez, sacerdote no escolapio, huésped de San Pantaleón, y más tarde Andrea Bajano, sa-

78 A.G., *Reg.Prov.* 34, n. 46.

79 A.G., *Reg.Prov.* 33, n. 143.

cerdote portugués nativo de Goa, huésped asimismo de San Pantaleón, elaboraran una; por motivos varios no adoptó la de Scioppio, que el P. Casani intentó adaptar a las exigencias de las Escuelas Pías sin llevar a término la empresa⁸⁰. Sólo en 1643, el joven P. Giovanni Francesco Apa (1612-1656) logró ofrecerle una, pequeña, titulada Principios de Lengua Latina. Apa presenta el volumen como trabajo en equipo de sus alumnos florentinos y, al editarlo en la imprenta Marciani de Roma, lo hace preceder de una hermosa dedicatoria a Calasanz con la firma de la “Academia de los Instruidos”, integrada precisamente por sus discípulos.

Hay que resaltar el hecho de que la gramática está escrita en italiano y no en latín, según era habitual entonces. Diez años más tarde Apa la refundió y amplió, siempre en italiano. Fue reeditada varias veces, al menos hasta 1743⁸¹. Por desgracia, los otros escolapios no siguieron este ejemplo y volvieron a componer gramáticas en latín, con la explícita finalidad de que pudieran adoptarse también en el extranjero. La más célebre es la del P. Ambrogio Berretta (1616-1689), aparecida en el año 1672, en Florencia: alcanzó innumerables ediciones, no sólo en Florencia, sino en Roma, Bolonia y Venecia; se tradujo al italiano un siglo más tarde; la última edición italiana que conocemos es de 1868⁸². En el extranjero, durante los primeros años, los escolapios emplearon gramáticas publicadas en Italia, pero muy pronto redactaron otras nuevas, al principio en latín y después en las diversas lenguas nacionales.

Para enseñar a los muchachos a escribir en italiano (no poseemos noticias de otros idiomas), los maestros solían tener presentes las normas de la gramática latina. Únicamente en el siglo XVIII encontramos alguna pequeña gramática italiana, como la que vio la luz, anónima, en Urbino, el año 1729. Debió de ocurrir lo mismo en las otras naciones; en ellas, los escolapios fueron realmente beneméritos. En España, durante el siglo XVIII, se enseñaba la gramática castellana desde la primaria. En Polonia, aparece en 1780 la primera gramática polaca, escrita por el P. Onofre Kopczynski (1735-1817).

80 *E.E.C.*, p. 120. Ver también *Ep.*, 2162, 2167.

81 *Rass.*, 1938, n. V, pp. 1-28, especialmente pp. 20 y 25 (Picanyol).

82 *P.B.*, 1934, n. 8, pp. 15-16 (Picanyol). *Rass.*, 1952. n. XIX-XX, p. 237.

También en Hungría la primera gramática de la lengua nacional es obra de un escolapio, el P. Nicolás Révay (1750-1803), autor igualmente de una cartilla húngara publicada en 1777.

En cuanto a la Aritmética, es verdad que en 1614 circulaban entre los alumnos de las Escuelas Pías libritos llamados *Pequeños Ábacos*, que había que aprender de memoria⁸³. A pesar de eso, cada maestro dictaba reglas y ejercicios, que después hacía transcribir a los alumnos en limpio, en un cuaderno que les sirviera de libro de texto personal. Una antigua tradición atribuye al Hermano Eustachio Ravaggi (?- 1638) una Aritmética impresa en 1628; pero este dato no ha sido confirmado todavía⁸⁴.

La Aritmética más antigua que hemos conseguido ver es la del P. Antonio De Silvestri, siciliano, publicada en Mesina en dos volúmenes, en 1650 y 1653 respectivamente. El primer volumen estaba destinado a todos los alumnos de la escuela de Ábaco, el segundo lo usaban los que se preparaban para la actividad mercantil. Más tarde en Italia cobraron fama dos Aritméticas, la del P. Alessandro Fantuzzi (1659- 1734) y la del P. Alessandro Conti (1683-1744). También se redactaron libros de Aritmética en las Provincias de Alemania, Polonia, Hungría y en las Provincias de España.

El problema de financiar las escuelas

Calasanz quería que sus escuelas fueran totalmente gratuitas. Y supo mantenerse fiel al principio de 18: gratuidad, incluso cuando empezó a aceptar a los ricos junto con los pobres. Además estaba convencido de que a las autoridades públicas les incumbía el deber e financiar la educación por las grandísimas ventajas que ésta aporta a la sociedad. Y no dudó en acudir repetidas veces, por lo menos al principio, a los responsables públicos para recabar subsidios adecuados.

En los veinte primeros años del Instituto, obtuvo realmente subvenciones del Ayuntamiento Capitalino⁸⁵. Por otra parte, los Papas

83 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 239 (Vila).

84 *A.G., Híst.-Bibl.*, 30, p. 38.

85 *V.C.*, 1932, n. V, p. 285: carta de Ghellini de 31.VIII. 1602 (Picanyol).

y algunos Cardenales ofrecieron espontáneamente limosnas cuantiosas e ininterrumpidas El P. Casani enumera algunas en carta dirigida a su padre el 25 de enero de 1614: el Papa da 200 escudos al año; el Cardenal Montalto 300; el Cardenal Giustiniani, 120; el Cardenal Millini, 60⁸⁶. Muchos años antes, el sacerdote Gellio Ghellini escribía en carta enviada a su hermano con fecha 31 de agosto de 1602: “El Cardenal Montalto y otros, y el senado romano del Capitolio o los Administradores dan y darán cada día más, al ver que la gente pobre, los niños desheredados de la fortuna, tienen quien los instruya y prepare para los futuros oficios mediante la enseñanza del ábaco, de la lectura y escritura e incluso, de la gramática a los que desean avanzar más...”⁸⁷. Ya con anterioridad a 1610 comenzó a pedir limosna; y de la cuestación llegaron ayudas sustanciosa⁸⁸. Además, siempre durante los veinte primeros años, los maestros contribuían personalmente a mantener la escuela, no sólo con su trabajo no remunerado, sino también con aportaciones en metálico; no obstante, algunos recibían sus honorarios.

Pese a la escasez de medios, Calasanz había ordenado que a los muchachos se les diese de balde lo necesario para la escuela. En la *Breve relatione* se lee: “A los mencionados alumnos se les provee de papel, plumas y tinta, pues la experiencia demuestra que, unos por falta de papel, otros por falta de plumas y otros por falta de tinta, no pueden sacar el debido provecho”.

Una vez fundada la Congregación religiosa desapareció el problema de tener que pagar a los maestros, pero siguió en pie el de atender a los gastos de los religiosos y de las escuelas. Se intentó solucionarlo con limosnas espontáneas y con la cuestación. Calasanz escribió textualmente en 1625: “Viven de limosnas que ellos han mendigado o que personas piadosas les han ofrecido”⁸⁹. A este propósito conviene recordar la delicadeza de Calasanz, que prohibía a los limosneros llamar a la puerta de las familias que tenían hijos o parientes

86 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 236 (Vila).

87 *V.C.*, carta de Ghellini, ver nota 84.

88 *Eph.Cal.*, 1959, p. 374: entre los que conviven en 1609 hay dos “questuanti” (limosneros) (Santha).

89 *Eph.Cal.*, 1959, p. 195 (Santha). Cfr. *Ibidem*, p. 168.

en sus escuelas. Aunque nunca faltó lo estrictamente necesario, es una realidad que el tenor de vida de aquellos primeros escolapios fue misérrimo y que demasiados murieron precozmente, con frecuencia de tuberculosis⁹⁰.

En Centroeuropa, ya desde el comienzo (1631), los Príncipes fundadores y los diversos Ayuntamientos se comprometían a subvencionar las escuelas con cantidades fijas, en especie y en dinero. Esto provocó una controversia entre Calasanz y el P. Onofrio Conti, por más que ambos pretendían salvaguardar el espíritu y la letra de las Constituciones en materia de pobreza⁹¹.

En Italia, durante muchos decenios se fue adelante como se pudo. Pero no es extraño que, al escasear las limosnas, los escolapios buscaran otros medios de subsistencia. Poco después de 1640 se comenzó a pensar en la creación de internados, a fin de sustentar a la comunidad con el trabajo desarrollado en ellos al mismo tiempo que se mantenía la gratuidad de la enseñanza. En un principio la iniciativa fue controvertida, por considerarla contraria a las Constituciones; pero los promotores de la nueva línea se crecieron cuando la Sagrada Rota, responsable del Colegio Nazareno, autorizó en 1643-45 la admisión de alumnos internos a pago, junto con los 12/20 estudiantes gratuitos que exigían las cláusulas fundacionales⁹².

Hacia finales del siglo XVII los internados aumentaron constantemente y obtuvieron la legalización. Para entonces ya había resuelto este grave problema una Bula de Inocencio XI, de 1686, que reconocía a los escolapios el derecho a poseer bienes raíces. A partir de ese momento comenzó a formarse un patrimonio, que les permitió mantener la gratuidad de las escuelas y erigir junioratos para la formación de los nuevos maestros, formación muy precaria hasta ese tiempo.

Este estado de cosas pudo prolongarse hasta finalizar, completa o casi completamente, el siglo XVIII. Cuando los gobiernos napoleónicos y, a continuación, los de los diversos estados confiscaron los

90 *Ibidem*, p. 169: “de praesenti anno (1625) 15 ex Patribus mortui sunt, et ab octo annis 40 et amplius” (Santha).

91 *E.E.C.*, p. 286, nota 3; p. 295; p. 300, nota 7.

92 Vannucci, *Il C. Nazareno*, pp. 99-100, nota 20.

bienes de los escolapios, las escuelas siguieron siendo gratuitas, porque se subvencionaban con las entradas de los internados y los subsidios que los ayuntamientos daban a los religiosos para que permanecieran en la enseñanza. Algunos municipios contribuyeron incluso a la erección de nuevos colegios.

Más tarde, casi en todas partes, sobre todo durante el siglo XX, empezaron a faltar las ayudas de los municipios y los internados fueron menguando hasta desaparecer casi por completo. A partir de entonces, los escolapios se han visto forzados a cobrar una cuota escolar, tanto más cuanto que, al disminuir el número de los religiosos, han tenido que echar mano de profesores seculares a pago. Sin embargo, continúa vivo en ellos el deseo de dedicarse preferentemente a los pobres en escuelas gratuitas. Por eso son tan valoradas –en particular por parte de los jóvenes escolapios– las iniciativas que surgen en el Tercer Mundo. Muchos van de buena gana a esas fundaciones. Y, aun en los países desarrollados, todos los colegios se esfuerzan por tener al menos un porcentaje de alumnos gratuitos⁹³.

Evolución

Las Constituciones de Calasanz prescriben la uniformidad en la organización de los colegios y en la metodología⁹⁴. Esta uniformidad, en líneas generales, duró unos dos siglos y alimentó una tradición didáctica arraigada tan profundamente que superó las diferencias políticas y administrativas de los diversos Estados y de las distintas Provincias religiosas. Aun hoy día, tras los cambios que han seguido a la Revolución francesa y después de las transformaciones provocadas por la desaparición de antiguos Estados y consiguiente creación de otros nuevos, el estilo escolapio conserva sus características propias.

La cual no significa que todo ha permanecido inmutable durante los siglos XVII y XVIII. Como ya hemos visto, las Escuelas Pías supieron adaptarse, en programas y metodología, a los nuevos tiempos y a los diversos países donde trabajaban. No obstante mantuvieron muchas

93 *Capitolo Generale* del 1955 en *Eph.Cal.*, 1956, p. 140, ad 302.

94 C.C., nn. 185, 212.

peculiaridades fundamentales: por dos motivos básicos: el amor al Fundador, que siempre fue vivísimo entre ellos, y la acción del gobierno central de la Orden. Indicamos tres etapas simbólicas de esta evolución realizada bajo el signo de la unidad; simbólicas, ya que el cambio no tuvo solución de continuidad y sólo por razones prácticas queda encuadrado con tres documentos y tres fechas: 1665, 1694 y 1748.

En 1665, el cuarto Capítulo General aprobó las Reglas y los Ritos comunes, en los que se leen abundantes disposiciones sobre la escuela. La elaboración de estos documentos se inició ya en tiempos de la Congregación Paulina y prosiguió durante muchos años, sin que Calasanz los perdiera de vista: son dos las redacciones más importantes, la de 1628 del P. Giacomo Graziani y la de 1640 del P. Antonio M. Vitali. El texto sancionado por el Capítulo de 1665 difiere de las redacciones anteriores, sobre todo por su estilo más sintético⁹⁵.

Para nosotros cobran especial interés los Ritos, que contienen en forma esquemática la organización colegial y los programas de cada clase. Se observa que la primaria comprende ahora tres clases: lectura, escritura y ábaco. La secundaria está formada por cinco: la Gramática inferior, la Gramática media y la Gramática superior; a continuación vienen las dos clases de Humanidades y Retórica. Se adjunta una lista de clásicos latinos, más amplia que los escasos escritores indicados por Calasanz en la *Breve relatione*; el maestro debe seleccionar los autores que comentará. Se ordena celebrar exámenes semestrales. Se mencionan tan sólo ocho clases, pero conviene hacer notar que a menudo eran nueve, pues junto a la de Ábaco seguía en pie la de los *Nominativos*, rebautizada con el nombre de los *Rudimentos*. Así aparece, por ejemplo, en la estadística del colegio de Nikolsburg, del que se ha hablado anteriormente, contemporáneo a la aprobación de los Ritos.

En 1694 ve la luz una *Ratio studiorum pro exteris*, paralela a una "*Ratio studiorum pro nostris*", es decir, para los jóvenes religiosos. En esta *Ratio studiorum pro exteris* la numeración de las clases es ascendente. Debe enseñarse Aritmética en dos clases, la de escribir y la de ábaco. Toda la etapa primaria se llama *Aritmética*, pero cada

95 C.Sch.P., pp. 301-304 y 329-337.

grado en particular conserva su denominación tradicional de lectura, escritura y aritmética (ha caído en desuso la palabra ábaco).

La secundaria la integran ahora seis clases, las cinco de 1665 y, además, una de Teología la cual –se dice explícitamente– no está incluida entre las que debe estudiar el escolapio por fuerza del voto; corresponde a la que Calasanz llama en las Constituciones de 1622 Casos de Moral y que existía desde su época en varios colegios, aunque no se consigne en los Ritos aprobados en el año 1665.

Esta *Ratio Studiorum* dedica mucho espacio al método, sobre todo del latín, como ya hemos dicho. Y desarrolla ampliamente la enseñanza religiosa y la formación moral.

Es importante observar que las diversas Provincias de la Orden se basaron en ella para confeccionar sus propios programas⁹⁶.

En 1748, el P. General Agostino Delbecchi publicó un *Decretum pro bono Scholarum Piarum regimine*, exhortando a todas las Provincias a atenerse a él en la división de las clases y en los programas de enseñanza. Era evidente la invitación al *método uniforme*.

El decreto no modifica el ciclo de las escuelas primarias, pero declara que son obligatorias en todos nuestros colegios “ex praecepto Constitutionum B. Patris nostri sed etiam ex Decreto ultimi Capituli Generalis”.

En cambio, introduce notables innovaciones en el ciclo secundario, que queda articulado en seis clases, distribuidas en tres bienios. Dos clases (no tres, como antes) de Gramática, inferior y superior; dos, denominadas tradicionalmente Humanidades y Retórica; y dos escuelas superiores, de Filosofía y Teología.

Aumenta de nuevo el número de autores latinos; a este propósito es curioso observar que, ni en esta antología ni en las anteriores, se encuentra César; Tito Livio puede adoptarse únicamente allí donde a los alumnos les resulte fácil procurárselo. El decreto da mucha importancia a la clase de Filosofía, en la que ha de enseñarse también Geometría y Matemáticas⁹⁷.

96 *Ibidem*, pp. 164-170.

97 *Eph-Cal.*, 1968, pp. 310-312 (Santha).

Los Reglamentos de las Provincias

Estas disposiciones del Gobierno central no se quedaron en letra muerta, sino que estimularon a las Provincias a confeccionar sus propios reglamentos inspirándose en ellas.

Por su amplitud e influjo, el reglamento más famoso fue el publicado en Polonia por el P. Estanislao Konarski (1700-1773). La reforma de Konarski, que se extendió también a Lituania, influyó grandísimamente en toda la nación y trajo consigo, más tarde, el nacimiento de la “Comisión de Educación Nacional”, considerada por algunos historiadores como el primer Ministerio de Instrucción Pública de Europa⁹⁸.

En Hungría, los escolapios escribieron varios *Ordo Studiorum* para la educación e instrucción de los jóvenes. El más antiguo data de 1695. Uno de 1757 exige, entre otras cosas, el estudio del húngaro; en 1762 y 1766 lo modernizan con la esperanza de implantarlo en los colegios de la Provincia y revisarlo siempre que se crea oportuno. En cambio, en 1766 los escolapios húngaros fueron obligados a aceptar los programas y métodos impuestos por Viena⁹⁹. Conviene decir, no obstante, que en la confección de estos programas gubernamentales jugó un papel decisivo el escolapio austriaco Graziano Marx (1721-1810).

En España, las tres Provincias existentes elaboraron varios *Métodos uniformes*, siguiendo el decreto del P. Delbecchi. Probablemente el más antiguo es el de la Provincia de Aragón, promulgado en 1754, pero no editado¹⁰⁰. El más reciente de entre los conocidos es el de la Provincia de Cataluña, con fecha de 1796¹⁰¹. El más célebre, el de Castilla, aunque se limita a las escuelas primarias. Lo imprimió el P. Felipe Scio (1738-1796) en Madrid, en el año 1780. Se trata de un volumen en cuarto, de 48 páginas y 15 láminas de muestras caligráficas¹⁰². El autor expone ampliamente el método escolapio de lectura,

98 *Ordinationes Visitationis Apostolicae, Varsaviae*, 1754. Cfr. también G. Ausenda, *Il P. Konarski e le Scuole in Polonia*, en V.C., 1933, n. VI, pp. 16-18; 50-52. I. Buba, *Instauratio studiorum Konarskiana* en *Arch.Sch.P.*, 1978, n. 3, pp. 71-86.

99 Santha, J., *L'attività apostolica, culturale, pedagogica e sociale della Provincia d'Ungheria 1642-1956*, ms. en A.G., sin colocación, pp. 4- 10-11.

100 Lecea, J., *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972. En las pp. 507-509 reproduce una parte.

101 Vila, C., *Las Escuelas Pías de Mataró*, pp. 887-900: texto íntegro.

102 Scio, F., *Método uniforme*.

escritura y aritmética. Presenta normas para la enseñanza de la lengua castellana, que debe comenzar desde la primaria. Dedicó muchas páginas a la educación moral y cívica. Se detiene en la metodología de la Doctrina Cristiana e incluso da consejos prácticos para los acostumbrados certámenes de todos los colegios escolapios.

Centros educativos especiales

Además de los colegios ordinarios, los escolapios crearon o regentaron escuelas especiales. La más antigua estaba unida al Hospicio Apostólico *San Michele a Ripa Grande*, en Roma. Este Hospicio lo había fundado Tommaso Odescalchi (?-1692) en 1684. Los escolapios lo dirigieron desde el momento mismo de su erección hasta 1799, año en que fueron expulsados por el gobierno jacobino. Acogía a necesitados de toda clase y, entre otros, a gran número de muchachos. Recibían éstos una instrucción primaria de tipo escolapio y, a continuación, eran iniciados en el trabajo –normalmente, el hilado de la lana– en el Hospicio mismo. Con el fin de no olvidar lo que habían aprendido en la escuela, debían asistir todas las semanas a algunas lecciones de formación permanente en lectura, escritura, aritmética y Doctrina Cristiana. El P. Gian Crisostomo Salistri (1654-1717) escribió un catecismo en verso, que incluso fue puesto en música para que los muchachos lo cantaran¹⁰³.

Otro tipo de escuela especial es el que iniciaron los escolapios en favor de los sordomudos: el año 1801 en Génova y el año 1828 en Siena. También en España se comenzó en 1795 y, en Praga, en el siglo XIX.

Los dos últimos siglos

Como hemos dicho antes, desde las últimas décadas del siglo XVIII los escolapios de Centroeuropa tuvieron que adoptar los programas impuestos por los gobiernos; pero no perdieron sus peculiaridades, sino que en algún caso las acentuaron, contribuyendo al progreso científico y educativo del país. En Hungría llegaron a ser los pioneros de la cultura nacional¹⁰⁴. En Italia conservaron la autonomía, en

103 *Eph. Cal.*, 1945, pp. 15-16 (Picanyol); *ibidem*, 1964, pp. 384-385, nota 209 (Santha).

104 Santha, *L'attività apostolica*, ms. pp. 17-30; 40-50; 75 ss. y passim. Cfr. nota 98.

unos Estados por más tiempo que en otros. En Toscana escribieron numerosos libros de texto de todas las asignaturas: del silabario a la caligrafía, de la gramática italiana, latina y griega a las antologías, de la aritmética al álgebra, de la física a la química, de la geografía a la historia. Muchos fueron adoptados por otras escuelas. Algo parecido ocurrió en el Reino de las dos Sicilias y, en menor grado, en los Estados Pontificios. En los Estados de Sabaudia, el P. Domenico Maurizio Buccelli (1778-1842) introdujo una cuarta clase elemental para el italiano y la llamó “Intermedia”. Fue una intuición genial, que tomó la delantera a iniciativas análogas del Estado. Precisamente en estos Estados comenzaron los escolapios a obtener títulos didácticos civiles. En Cerdeña, el gobierno de Carlos Alberto encargó a los escolapios la fundación de escuelas normales para maestros de la elemental.

En España, los escolapios gozaron de una autonomía más amplia y duradera: el gobierno reconocía los diplomas impartidos por los colegios de los escolapios, adoptaba bastantes de sus libros de texto y aceptaba, parcialmente, sus métodos. Hasta principios del siglo XX recibió el nombre de “letra escolapia” un cierto tipo de caligrafía. En todo caso, sólo después del reinado de Isabel II, hacia 1870, hubieron de amoldarse los escolapios, más o menos íntegramente, a los programas estatales. Su vitalidad los llevó a surcar el océano y fundar en Cuba la primera Escuela Normal de la isla. Se establecieron asimismo en otras naciones del Continente Americano, intentando crear en aquellas tierras las escuelas que mejor respondieran a las necesidades de la población.

Estadísticas

Sería interesante conocer el número de alumnos que han pasado por los colegios escolapios durante casi cuatro siglos. Nadie podrá calcularlo; con largas y pacientes pesquisas, tal vez sería factible elaborar la estadística parcial de algún colegio o Provincia, en los tres primeros siglos de la Orden. En cambio, las probabilidades de éxito son mayores en los últimos cien años.

El P. Picanyol nos ofrece una estadística de 1730, cuando en la Orden había 10 Provincias, 122 casas, 1.725 religiosos y 21.500 alumnos¹⁰⁵. Por ahora no poseemos ninguna otra estadística antigua.

105 Picanyol, L., *L'Eco dei nostri centenari*, Roma, 1948, nn. 11-12, p. 67.

Más abundante son las de los cien últimos años, aunque demasiado distantes entre sí, por lo menos al principio. Los diversos Catálogos arrojan las siguientes cifras¹⁰⁶:

Año	Provincias	Casas	Religiosos	Alumnos
1870	?	?	2.160	44.590
1909	12	133	2.180	38.345
1931	15	140	2.196	43.527
1948	15	131	2.035	53.214
1959	15	159	2.349	66.167
1965	16	179	2.535	79.887
1976	15	188	1.800	116.061

Se puede comprobar que el número de alumnos no es enteramente correlativo con el de religiosos; lo cual obliga a pedir la colaboración de muchos seglares. Esta ayuda cobra cada vez más importancia, no sólo por el trabajo que el profesorado laico realiza, sino por sus aportaciones en el campo metodológico y cultural.

Resumen de la situación de la Orden en el 2021:

Naciones	Provincias	Religiosos	Comunidades religiosas	Escuelas	Parroquias	Alumnos
42	22	1.357	221	197	147	131.333

106 *Catalogus Generalis Sch.P.*, Romae, 1909; 1931; 1948; 1959; 1965; 1976.

Siglas y bibliografía esencial

La bibliografía se completa con las notas.

- A.G. *Archivio Generale delle Scuole Pie*. A continuación van las siglas de las diferentes secciones.
- Arch.Sch.P. *Archivum Scholarum Piarum*, Romae, 1936-1955 (publicado por el P. L. Picanyol); 1977 ss. (publicado por el P. C. Vila Pala).
- B.S. *Biblioteca Scolopica di S. Pantaleo*, Roma.
- C.C. *Constitutiones Scholarum Piarum, textus originalis*, Romae, 1971.
- C.N. *Constituzioni del Collegio Nazareno*, en *I Regolamenti del Collegio Nazareno*, Roma, 1979 (obra en colaboración).
- C.P. *Codice Palermitano*, Roma, 1965 (edición preparada por G. L. Moncallero y G. Limiti).
- C.Sch.P. *Constitutiones CC.RR.PP. Matris Dei Scholarum Piarum*, Romae, 1781.
- E.C. *Epistolarium Coetaneorum S. Josephi Calasanctii*, Romae, 1977-1978 (edición preparada por J. Santha y C. Vila).
- E.E.C. *Epistulae ex Europa Centrali ad S.J. Calasanctium*, Romae. 1969 (edición preparada por J. Santha).
- E.H.I. *Epistulae ex Hispania et Italia ad S.J. Calasanctium*, Romae, 1972 (edición preparada por J. Santha).
- Ep. *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, Roma, 1950- 1956 (edición preparada por L. Picanyol).

- Eph.Cal. *Ephemerides Calasanctianae*, Romae, 1932 ss.
- P.B. *Parva Bibliotheca Calasanctiana*, Romae, 1933-1935 (publicada por L. Picanyol).
- R.S. *Ratio Studiorum pro Exteris*, en *Constitutiones Sch.P.*, Romae, 1781.
- Rass. *Rassegna di storia e bibliografía scolopica*, Roma, 1937-1958 (publicado por L. Picanyol).
- S.J.C. *San José de Calasanz: Su obra. Escritos*, Madrid, 1956 (edición preparada por J. Santha).
- v.c. *La Voce del Calasanzio*, Roma, 1928-1949.

Bullarium Scholarum Piarum, Matriti, 1899.

Lecea, Joaquín, *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972.

Scio, F., *Método uniforme para las escuelas de cartilla, deletrear, leer, escribir, aritmética, gramática castellana y exercicio de Doctrina Cristiana, como se practica por los Padres de las Escuelas Pías*, Madrid, 1780.

Stefani, G. S., *Novelle letterarie ed ecclesiastiche delle Scuole Pie, 1749-1770*, Roma, 1943 (publicado por L. Picanyol).

Vannucci, P., *Il Collegio Nazareno*, Roma, 1930.

Vila Pala, C., *Escuelas Pías de Mataró*, Salamanca, 1972.

La scuola calasanziana

Indice

Inizi delle Scuole Pie	49
Il Calasanzio all'opera	51
Scuola della Santa Croce	52
La scuola primaria	53
Alcune considerazioni intorno alla scuola primaria	57
La scuola secondaria	59
Orario e Calendario	61
Formazione religiosa	64
Educazione morale e civile	67
Personale docente e non docente	70
Edifici ed arredamento	72
Libri di testo	73
Finanziamento delle scuole	75
Evoluzione	78
I Regolamenti delle diverse Province	81
Istituti educativi speciali	82
Gli ultimi due secoli	82
Statistiche	83
Sigle e bibliografia essenziale	85

Inizi delle Scuole Pie

Prima di addentrarci nell'argomento del presente opuscolo, ci sembra conveniente dire qualcosa intorno all'origine della scuola del Calasanzio, sulla quale gli storici più recenti hanno sollevato dei problemi di natura cronologica. Ritengono infatti che la data tradizionale della fondazione, 1597, riferita dal P. Vincenzo Berro, non sia conciliabile con quanto affermò il Calasanzio stesso specialmente nell'*Informazione* del 1622-23 ed in una lettera del 1644¹.

In entrambi i documenti, il Calasanzio asserisce che l'opera ebbe inizio a S. Dorotea in Trastevere; che, per sua iniziativa, la scuola a pagamento colà esistente, fu trasformata in gratuita; che all'inizio dell'anno santo, 1600, egli decise di trasferirla nel centro di Roma, dove uno solo dei maestri di S. Dorotea lo seguì. Le domande a cui ci proponiamo di dare ora una risposta sono due: 1°) Quando cominciò il Calasanzio ad insegnare nella scuola di S. Dorotea? 2°) Quando la trasformò in gratuita?

A noi sembra che si possa accettare la data del 1597 come inizio dell'attività scolastica del Calasanzio; non crediamo infatti che il compito di visitatore, come membro della Confraternità dei SS. XII Apostoli, fosse così impegnativo da non permettergli di dedicarsi contemporaneamente ad altre attività anche laboriose. Rimane invece problematico stabilire quando la scuola, diventata gratuita, abbia potuto fregiarsi del nome di Scuole Pie. C'è chi propende per il 1597, chi per il 1599: stando ai documenti, è difficile stabilire una data precisa; una cosa sembra certa che, quando, dopo il 26 febbraio, 1600, data della morte del parroco di S. Dorotea, Antonio Brendani, il Calasanzio trasferì le scuole in Roma, queste dovevano essere gratuite, poiché uno solo dei compagni lo seguì.

1 *Ep., nn.* 132 a; 41185.

Siamo pure in grado di affermare che questo maestro era Marcantonio Arcangeli, gentiluomo di Spello (Perugia). Ora l'Arcangeli, il 10 giugno del 1599, proponeva alla Confraternità della Dottrina Cristiana, di cui era membro, di assumersi in proprio l'impegno della "scuola quotidiana" di Santa Dorotea. Questo fatto ci fa pensare che, in quella data, essa fosse già gratuita, ma non ci impedisce di supporre che la trasformazione fosse avvenuta fin dall'anno precedente. Il 27 marzo del 1601, l'Arcangeli rinnovava la sua istanza per "la scuola a S. Andrea della Valle». Di nuovo con esito negativo². La data rimane dunque ancora incerta, benché personalmente ci sembri di doverla ritenere anteriore al giugno 1599.

Quattro furono le sedi delle scuole sulla riva sinistra del Tevere e tutte nei due rioni contigui di S. Eustacchio e di Parione: la prima presso l'Osteria del Paradiso, nelle vicinanze di Campo dei Fiori, ove rimasero dal 1600 al 1601-2; la seconda, dal 1601-2 al 1605, nel palazzo di Mons. Vestri, dietro la chiesa di S. Andrea della Valle, allora in costruzione, cioè a qualche centinaio di metri dalla precedente; la terza dal 1605 al 1612, in piazza S. Pantaleo; finalmente quarta e definitiva sede fu il palazzo Torres, attiguo alla chiesa di S. Pantaleo.

Gli alunni crebbero costantemente fino a superare il migliaio nel 1614³; ma già nel 1602 si avvicinavano ai settecento⁴. In quegli anni, il problema più assillante per il Calasanzio fu quello dei maestri: essi infatti non erano costanti. Ne conosciamo alcuni, come i sacerdoti Giovanni Francesco Fiammelli e Gellio Ghellini, il venerando vecchio Gaspare Dragonetti, il giovane laico Ventura Serafellini ed altri. Riferendosi al 1604, il P. Berro ci da un elenco di ben 18 nomi, sette sacerdoti e undici secolari; poi osserva che soltanto il Calasanzio ed il Dragonetti perseverarono nell'opera fino alla morte.

Il P. Santha ha recentemente scoperto, negli stati d'anime della parrocchia di S. Lorenzo in Damaso i nomi dei maestri che, dal 1605 al 1611 convissero col Calasanzio; il numero di quelli che si sono avvicinati in quel sessennio è di 73 e, fra di loro, non sono compresi quelli che vivevano in casa propria. Del resto il Calasanzio stesso

2 *Eph. Cal.*, 1958, pp. 157 ss. (Santha).

3 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vilá).

4 *V.C.*, 1934, p. 284: Lettera del Ghellini (Picanyol).

lamenta che molti di quelli “operarij secolari e liberi... doppo (sic) haver imparato bene il modo d’insegnar se ne andavano a fare scuola per interesse in altre parti”.

Nel 1612 si unì alle Scuole Pie il nobile milanese Glicerio Landriani ricco sia di beni materiali che di risorse spirituali e soprattutto giovane: il Calasanzio sperava che divenisse il continuatore dell’opera delle scuole; ma ben presto dovette constatare che non era atto a sostenere l’organizzazione dell’Istituto. Ricorse allora –non è chiaro se di sua iniziativa o per suggerimento di altri– al ripiego di affidare le scuole alla Congregazione della Madre di Dio, conosciuta dagli scolopi col nome di Congregazione Lucchese, dalla città in cui era nata. Anche questo rimedio si rivelò ben presto inadeguato.

Falliti questi tentativi, il Papa Paolo V affidò la continuazione di quelle scuole gratuite, che apparivano ogni giorno più providenziali e necessarie, alla Congregazione Paolina delle Scuole Pie appositamente da lui creata il 6 marzo 1617; un quinquennio più tardi, il 18 novembre 1621, Gregorio XV dava al nuovo istituto una stabilità ancora maggiore elevandolo al grado di Ordine religioso: assicurava così nel modo migliore la continuità delle Scuole Pie.

Il Calasanzio all’opera

Proprio in questo ventennio il Calasanzio elaborò il sistema educativo e didattico che ci proponiamo di illustrare. I documenti a noi giunti, benché non numerosissimi, ci danno un’idea abbastanza completa e chiara del metodo da lui ideato.

Il più importante di essi è la *Breve relatione*, che possediamo in un manoscritto del Calasanzio stesso e che il P. L. Picanyol pubblicò per la prima volta nel testo originale italiano nel 1938, sotto il nome di *Documentum princeps paedagogiae calasanzianae*⁵; il P. T. Garrido l’aveva però già data alle stampe nel 1932 in una sua traduzione latina⁶. Di grandissimo interesse sono pure gli otto documenti, che il P. C. Vila pubblicò nel 1979 in appendice ad un suo studio sull’u-

5 *Arch. Sch. P.*, 1938, n. 3, pp. 45-51 (H P. Picanyol dimostra che la *Breve relatione* è del 1610 e forse anteriore).

6 *Eph. Cal.*, 1932, pp. 64-70.

nione delle Scuole Pie alla Congregazione Lucchese. Tra di essi per noi il più importante è il VI, che contiene il ragguaglio dell'ispezione fatta alle scuole da due dei Padri Lucchesi nell'ottobre del 1614⁷.

Nel presente studio i documenti ora ricordati sono fondamentali; però attingeremo anche ad altre fonti contemporanee e posteriori al Calasanzio, nelle quali vengono ulteriormente sviluppati i principi contenuti specialmente nella *Breve relatione*. Quando poi tratteremo dell'evoluzione dell'opera, dovremo ricorrere ad altre fonti.

L'idea originale del Calasanzio era quella di creare una scuola assolutamente gratuita per i figli dei poveri, che, nel più breve tempo possibile, li mettesse in grado di affrontare la vita con dignità e sicurezza e di portare un contributo, che egli giudicava determinante, alla riforma dell'umana società. Tutto questo si riscontra chiaramente nella *Breve relatione* ed è più ampiamente illustrato in altri scritti del Calasanzio, tra i quali hanno grande importanza i quattro ultimi capitoli della parte seconda delle Costituzioni che egli scrisse per le Scuole Pie.

Il corso di studi elaborato dal Calasanzio si articola in nove classi, che però non richiedono nove anni di studio, ma si possono ultimare in un periodo molto più breve. Infatti le classi duravano inizialmente solo quattro mesi e, più tardi, sei. Gli alunni rimanevano nella medesima classe più o meno a lungo a seconda della loro capacità ed anche delle possibilità delle rispettive famiglie. Ad una prima classe, che in un certo senso, fa pensare alla scuola materna dei nostri giorni, seguivano quattro classi di scuola primaria ed altre quattro di scuola secondaria. In seguito, pur rimanendo immutato il numero delle classi, diminuirà quello delle primarie ed aumenterà quello delle secondarie. Ma è ormai tempo di parlare delle singole classi.

Scuola della Santa Croce

Con questo nome il Calasanzio indica la classe formata dai "figliolini più piccoli". Erano nel 1610 sessanta / settanta bambini di cinque anni e qualcuno anche meno, che imparavano appunto la Santa Croce, le preghiere più facili e si esercitavano nel compitare. Andavano a scuola senza libri e senza penna. Il maestro appendeva al muro dei tabel-

7 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 239 (Vilá).

loni “con un alfabeto di lettere grandi assai”; le toccava una ad una “con una bacchetta” e ne diceva il nome, che i bambini ripetevano più volte, prima in coro e poi individualmente. C'erano altri cartelloni con sillabe semplici, come “ba, be, etc. et ab, eb, etc. et alcune parole facili”, che venivano lette prima dal maestro e poi ripetute dagli alunni⁸.

Il Calasanzio dava molta importanza a questa classe. Forse fu proprio questa predilezione per i bambini che, due secoli dopo, indusse Ferrante Apporti a porre “sotto la protezione speciale del Calasanzio le scuole infantili”⁹.

Purtroppo questa classe, più tardi, fu unita a quella immediatamente superiore. Infatti numerosi religiosi ricusavano di insegnare in essa; già nel 1625 i Visitatori Apostolici di S. Pantaleo avvertivano questa ripugnanza, benché allora non si ammettessero bambini inferiori ai sei anni¹⁰. L'avversione crebbe ancora e, intorno al 1640, il P. Castelli affermava che tale scuola aveva qualcosa di “totalmente donnesco”¹¹. Per questo il Capitolo Generale del 1659 ordinò di non ammettere alla scuola ragazzi che non avessero compiuti i sette anni; né valse a ripristinare la scuola della Santa Croce un Breve di Alessandro VII, che il 28 aprile 1660, prescriveva, in modo generico, di non escludere bambini che fossero capaci dei primi elementi¹². In qualche nazione tuttavia, soprattutto in Spagna, fu creata una classe simile a questa, detta “parvulario”, che fiorisce ancora oggi con ottimi maestri.

La scuola primaria

Il Calasanzio, nel 1610, assegnava alla scuola primaria quattro classi, che numerava in senso inverso al nostro, cioè dalla più alta.

8 *Breve relatione.*

9 *Eph. Cal.*, 1960, p. 182: lettera dell'Apporti, del 12.IX.1852. Il P. Picanyol, in *L'Eco dei nostri Centenari*, n. 9-10 (1948), p. 23, riferisce di aver visto a Zaragoza una *Vita di S. G. Calasanzio Fondatore d.S.P. e Protettore degli Asili d'Infanzia scritta dal Sac. F. Regonati e dedicata al Cav. Ferrante Apporti nominato Arcivescovo di Genova*, Crema, 1848.

10 *Eph. Cal.*, 1959, p. 169 in fine e pp. 201-202, (Santha).

11 P. F. Castelli, *Discorso sopra l'Istituto delle Scuole Pie*, in A.G., *Reg. Cal.*, 14,74***, inedito.

12 *C. Sch. P.*, p. 146, nota 134 A.

La *prima classe*, l'ottava della *Breve relatione*, era chiamata anche del *Salterio*. In essa compaiono per la prima volta i libri. Non si pensi tuttavia che ciascun ragazzo avesse un suo sillabario, cosa del resto impensabile, data la povertà delle famiglie e della scuola. Il Calasanzio aveva risolto il problema del sillabario con uno straordinario senso pratico. Si era procurato alcuni di quei volumi in folio, che una volta si usavano nei cori delle chiese per i cantori. Erano sovente denominati salterio, perché, tra l'altro, contenevano i salmi in latino, scritti con caratteri cubitali. Su tali volumi, messi bene in vista, il maestro faceva leggere a ciascun ragazzo alcune righe ad alta voce (in latino leggere ad alta voce si dice "recitare»). Quando tutti i sessanta ragazzi avevano "recitato" il loro brano, il maestro li invitava a ripetere a memoria diverse parole latine, che avevano letto e a dividerle in sillabe. Qualcuno dei più svegli correggeva gli eventuali errori; infine i più volenterosi ricevevano in premio "alcuni santucci di carta". Oltre a questo, gli alunni imparavano a memoria la Dottrina Cristiana.

La *seconda classe*, settima della *Breve relatione*, era anche detta *del leggere scorrendo*. Perché numerosissima (130 alunni) veniva divisa in due sezioni successive, in modo che tutti i ragazzi rimanessero almeno quattro mesi nella prima ed altri quattro nella seconda sezione, detta allora la classe sesta, cioè la terza secondo la nostra numerazione.

In queste due classi si facevano esercizi di lettura su libri in italiano. Non risulta che la scuola provvedesse i libri, ad eccezione di quelli della Dottrina Cristiana; non è neppure probabile che ogni alunno ne possedesse uno; pare invece che diversi ragazzi leggessero insieme sullo stesso libretto. Non esisteva un testo determinato, ma si adoperava la Dottrina Cristiana, qualche altro libro spirituale o il libro delle Vergini. Di quest'ultimo non siamo finora riusciti a determinare il contenuto; il P. Santha suppone che si trattasse della traduzione di un'operetta narrativa di S. Gregario Magno. Il Calasanzio voleva che il libro di lettura fosse "di buona e chiara stampa" e scritto con stile fluido e mai "aspero"¹³. Nelle Costituzioni egli prescrive pure che i libri siano tali da giovare non solo ai ragazzi, ma anche ai loro genitori¹⁴.

13 S.J.C., p. 593, note; *Ep.*, 1007.

14 C.C.; n. 213.

Quando tutti gli alunni avevano letto un brano, come nella scuola del Salterio, il maestro faceva compitare, cioè sillabare dai ragazzi le parole più difficili e spiegava le abbreviazioni. Per questo esercizio la scolaresca veniva divisa in due gruppi che gareggiavano tra di loro. Una volta alla settimana, si faceva la gara a chi riuscisse a leggere meglio un brano scelto a caso dal maestro: il vincitore era proclamato imperatore per la settimana seguente e, come tale, poteva fare due o tre grazie, cioè risparmiare due o tre castighi ai compagni.

Della *terza classe*, detta allora sesta, si è già parlato insieme alla seconda: ora ricordiamo soltanto che tutti gli alunni dovevano frequentarla, dopo esservi stati promossi dalla precedente.

La quarta classe, quinta del Calasanzio, è la più complessa e quella che meglio rivela il suo genio pedagogico. Era anche la più numerosa di tutte: 140 alunni. Si divideva in due sottoclassi ben distinte e successive.

Nella prima sottoclasse i ragazzi continuavano ad esercitarsi nella lettura e imparavano a scrivere. Nasceva allora un problema non piccolo. Mentre nelle classi precedenti, gli alunni sedevano su semplici panche, senza scrittoio¹⁵, in questa lo scrittoio diventava indispensabile. Non siamo finora riusciti a sapere come fossero confezionati i banchi, ma sappiamo che il Calasanzio aveva scelto un modello e lo consigliava alle sue scuole esistenti fuori Roma¹⁶. Ma la vera difficoltà stava nel trovare una sala abbastanza spaziosa per un numero di alunni così grande; tanto più che il Calasanzio esigeva che nel mezzo si lasciasse libero uno spazio sufficiente per il passaggio del maestro che doveva guidare gli alunni nello scrivere¹⁷.

Il maestro insegnava a tenere la penna in mano ed anche a temperarla, cioè tagliarla col temperino in maniera che servisse per scrivere: infatti a quei tempi si usavano le penne d'oca¹⁸.

15 *Ep.*, 3484: vi si parla di provvedere banchi alla scuola di scrivere e di "altri per vedere a quelli di leggere".

16 *Ep.*, 1820, 3484.

17 *Ep.*, 1820: passaggio di cinque palmi.

18 Della tempera delle penne parla Scio, *Método uniforme*, pp. 24-25; forse vi alludono gli ispettori lucchesi del 1614: cfr. *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 222 (Vilà).

A questo punto il Calasanzio osserva che per imparare a scrivere con facilità ci vogliono tre o quattro mesi. Parla pure di altre due materie che si devano insegnare, dopo la scrittura, mentre gli alunni continuavano ad esercitarsi nella calligrafia. Lo studio di queste due materie spetta alla seconda sezione, suddivisa in due sottosezioni parallele: *abbaco e nominativi*. In realtà questa quarta classe comprendeva le tre che gli ispettori dei Padri Lucchesi trovarono nell'ottobre del 1614.

Alla scuola dell'*Abbaco* andavano i ragazzi che non potevano continuare gli studi; imparavano le nozioni necessarie per fare i conti, cioè le quattro operazioni, le frazioni ed alcune regole pratiche come quella del tre. Poi lasciavano la scuola e cominciavano a lavorare.

La sezione dei *Nominativi* era destinata a coloro che sarebbero passati alle scuole secondarie: essi cominciavano ad imparare i nominativi, cioè le declinazioni dei nomi e le coniugazioni dei verbi latini, per poter dopo cominciare lo studio della Grammatica.

In qualche Istituto, più tardi, fu creata anche una terza sezione, quella della musica. Conosciamo quelle di S. Pantaleo a Roma, di Narni (Terni), di Campi (Lecce) e Nikolsburgo in Moravia. Lo scopo di questa sezione era estremamente pratico, perché mirava a preparare i ragazzi a dedicarsi alla musica per guadagnarsi con essa da vivere. Tuttavia il Calasanzio aveva delle riserve da fare sullo studio della musica, perché temeva che distogliesse dall'applicazione a discipline che egli giudicava più importanti. Perciò, in Italia, lo studio della musica fu presto lasciato da parte. Invece in qualche nazione dell'Europa centrale, come in Slovacchia, in quasi ogni istituto, troviamo maestri di musica vocale e strumentale fino agli ultimi decenni del secolo XVIII. Pare però che colà, la musica fosse insegnata come una delle diverse materie e non in una scuola propria.

Prima di andare avanti, vogliamo qui aggiungere ancora qualcosa sulla calligrafia, alla quale il Calasanzio riconosceva un'importanza pratica pari a quella che, secondo lui, aveva l'aritmetica.

L'arte della calligrafia era infatti allora molta apprezzata e chi la possedeva riusciva con facilità a trovare lavoro presso privati e negli uffici pubblici. Per questo voleva che fosse molto curata e sovente esortava i suoi religiosi a perfezionarsi in essa; e le sue esortazioni non furono infruttuose, perché tra gli scolopi del suo tempo ci fu-

rono numerosi calligrafi e nei cataloghi delle biblioteche di allora si trovavano molti trattati di calligrafia¹⁹.

Oltre a questo, gli esercizi di calligrafia giovavano ad imprimere nella mente dei ragazzi delle idee sane e l'avviavano a scrivere correttamente nella lingua viva: pare che a questo mirassero le raccomandazioni relative all'ortografia²⁰; la cosa è confermata molto più tardi da quanto si legge nella *Ratio Studiorum* del 1694²¹.

Alcune considerazioni intorno alla scuola primaria

Benché nel 1610 le classi delle scuole inferiori fossero cinque, dato il ritmo quadrimestrale degli esami con le relative promozioni alle classi superiori, un ragazzo di media capacità avrebbe potuto completare l'intero ciclo inferiore della scuola calasanziana nel giro di circa due anni, acquistando un bagaglio di cultura sufficiente per quei tempi. Si spiega perciò, abbastanza facilmente, perché con l'andare del tempo, sia stato cambiato il ritmo degli esami e le cinque classi siano state ridotte alle tre del Leggere, Scrivere ed Abbaco. La scuola del Leggere finì col comprendere le antiche classi della Santa Croce, del Salterio e del Leggere scorrendo. Quella dello scrivere acquistò sempre maggiore importanza, non solo perché i ragazzi si perfezionavano in calligrafia, ma anche perché continuando negli esercizi di lettura, acquistavano una discreta cultura e imparavano a comporre nella propria lingua. La terza classe, quella dell'Abbaco si sviluppò in tal maniera che lo studio dell'aritmetica dovette venire anticipato fin dalla classe dello scrivere.

Il problema del numero degli alunni, già grave nel 1610, divenne gravissimo nel 1614. Per convincersene basta prendere visione della distribuzione della popolazione scolastica nell'ottobre di quell'anno, come risulta dal rapporto degli ispettori lucchesi: Santa Croce: 104. Salterio: 80. Leggere scorrendo, classe VII: 90. Leggere scorrendo, classe VI: 90. Scrivere: 150. Abbaco: 80. Nominativi: 106. Si noti anche che la Quinta è ora divisa in tre classi ben distinte, benché indicate tutte col nome di quinta²².

19 S.J.C., p. 155, note 15 e ss.

20 S.J.C., p. 482.

21 R.S. del 1694, in *C. Sch. P.*, p. 167, O.

22 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vilà).

Gli ispettori Lucchesi, ai quali dobbiamo queste cifre, osservano che un solo maestro per classe è insufficiente; e che al maestro dello Scrivere non basta il solo aiutante che gli è assegnato; propongono di dargliene tre. Qualche decina d'anni più tardi, nella scuola dello Scrivere ci saranno proprio quattro maestri, uno principale e tre di aiuto. Nelle altre classi gli ispettori propongono che i maestri siano due.

La migliore soluzione del problema, secondo i medesimi ispettori, era però un'altra, cioè che in nessuna classe si ammettessero più di 50 alunni. Il Calasanzio era dello stesso parere, come risulta da varie lettere nelle quali raccomanda di non oltrepassare questo numero²³. Ma, per molti anni, gli Scolopi non riuscirono sempre ad attenersi a questo criterio. Da una statistica di Nikolsburgo, che va dal 1654 al 1682 risulta che, in quei 25 anni, il numero minimo della classe di Leggere è stato di 40, il massimo di 124. Nella classe dello scrivere c'erano 34 alunni nel 1654 e 157 nel 1676. In quella dell'Abbaco ai 17 alunni del 1655 fanno riscontro gli 86 del 1657²⁴. Nel 1780 il P. Scio parla di classi del Leggere con 200 ed anche 300 alunni, sempre divisi in tre sezioni²⁵.

Le scuole del Calasanzio non sorsero sempre in grandi centri, dove i ragazzi erano numerosi. Nelle città piccole e nei paesi avveniva talora che fossero pochi. In tali circostanze, egli permetteva che tutti gli alunni delle scuole primarie venissero affidati ad un solo maestro. Ci è giunto un suo manoscritto contenente delle norme pratiche per il maestro di questa classe plurima: deve dividere la scolaresca nei quattro gruppi del compitare, leggere, scrivere ed abbaco. Poi fa lezione ad ogni gruppo separatamente, mentre gli altri gruppo eseguono i compiti previamente loro assegnati. Perché questo tipo di scuola riesca fruttuoso, il Calasanzio esige però che "li maestri non tengano occupazione alcuna fuor delle scole"²⁶.

23 *Ep.*, 3022, 3027.

24 *Numerus discipulorum Nicolsburgensium ab Anno 1654*, in A.G., *Reg. Prov.*, 53, n. 15.

25 Scio, *Método uniforme*, p. 22.

26 *Arch. Sch. P.*, 1940, n. V, p. 32 (Testo ed. Picanyol).

La scuola secondaria

Secondo la *Breve relatione*, la scuola secondaria comprendeva pure quattro classi; gli ispettori del 1614 trovano che le classi sono ancora quattro. Anche in questo secondo ciclo, il Calasanzio tende a ridurre al minimo la durata del periodo scolastico. Tutte e quattro le classi si chiamano Grammatica, ma generalmente la più alta viene detta semplicemente la *Prima*; le altre tre sono la quarta, la terza e la seconda. Diversi anni dopo saranno chiamate con i nomi di Grammatica inferiore, Grammatica media e Grammatica superiore.

Nella *Grammatica inferiore* si completa lo studio delle declinazioni e delle coniugazioni e si comincia quello della sintassi con le concordanze. Nella *Grammatica media* si continua lo studio della morfologia e della sintassi e s'imparano a memoria i celebri dialoghi di Lodovico Vives. Nella *Grammatica superiore* si termina lo studio delle norme grammaticali e si commentano le Epistole familiari di Cicerone. Dopo questa classe –aggiunge il Calasanzio– una parte degli alunni passa al Collegio Romano dei Padri Gesuiti, ove sono sottoposti ad un esame ed assegnati alla classe per la quale risultano idonei.

A coloro che non intendevano continuare gli studi, il Calasanzio riservava un'ultima classe, la *Prima*, nella quale il maestro commentava il *De Officiis* di Cicerone e l'Eneide di Virgilio; esponeva inoltre la Retorica, la Poetica e tutto quello che il tempo e la capacità degli alunni gli consentivano.

Per ciò che si riferisce al metodo, la *Breve relatione* accenna alle competizioni promosse mediante gare tra le due squadre in cui venivano divisi gli scolari, denominate ora dei Romani e dei Cartaginesi, ora Parte pia e Parte angelica, o anche dei Cavalieri e dei Pedoni.

Per il resto è da credere che i maestri si attenessero ai metodi allora in uso. E' tuttavia certo che, nell'insegnamento del latino ha influito non poco l'autorità personale del P. Gaspare Dragonetti (1513-1628), che, quando nel 1603 già molto anziano, cominciò a collaborare col Calasanzio, aveva in questo un'esperienza lunghissima.

Il metodo del Dragonetti fu ulteriormente perfezionato ed aggiornato specialmente da diversi maestri di grande prestigio, tra i quali ricordiamo il giovane Padre Giovanni Francesco Apa. Intanto la *Prima* classe fu divisa nelle due scuole di Umanità e Retorica: per il

momento non possiamo precisare la data dello sdoppiamento, ma è certo che nel 1625 era già un fatto²⁷.

Veramente fin dal 1617 il Calasanzio avrebbe voluto che Paolo V, nel Breve di erezione della Congregazione Paolina, includesse l'Umanità e la Retorica; ma il Papa si limitò a parlare di "lingua latina"²⁸. Però il Calasanzio incluse la Retorica nel testo delle Costituzioni approvate nel 1622 da Gregorio XV²⁹. Proprio sul testo delle Costituzioni, approvato dalla Santa Sede, egli fonderà, più tardi, la difesa dell'insegnamento del Latino, quando i suoi avversari tenteranno di limitare l'insegnamento degli Scolopi alla scuola primaria.

La *Ratio Studiorum* del 1694 codifica così la tradizione scolopica del commento dei classici latini: Il maestro legga prima ad alta voce il brano che intende spiegare; lo inquadri nel contesto dell'opera che commenta; quindi rilegga il primo periodo, ne faccia la costruzione e lo traduca nella lingua parlata; lo stesso faccia per tutti gli altri periodi fino a terminare il brano. Ritorni poi da capo e, periodo per periodo, spieghi le regole morfologiche, sintattiche e retoriche, secondo la classe in cui insegna. Illustri inoltre il brano con racconti storici e mitologici; indichi altri vocaboli o modi eleganti che esprimano gli stessi concetti. Da ultimo inviti uno dei ragazzi a ripetere le sue spiegazioni. Dopo questo, ciascuno degli alunni delle tre classi di Grammatica traduca per iscritto in buona lingua parlata tutto il brano. Gli alunni di Umanità e Retorica invece annotino in un loro quaderno ben ordinato le osservazioni più notevoli relative allo stile ed ai modi di dire ai quali il maestro ha fatto riferimento³⁰.

Oltre al commento dei classici, la *Ratio* prescrive che si facciano delle composizioni in latino ed anche in lingua volgare. Le composizioni in volgare presero presto il sopravvento, tanto che qualche Padre Generale, già nel secolo XVII dovette richiamare l'importanza del latino³¹.

27 *Eph. Cal.*, 1959, p. 201, nota 42, ad 11 (Santha).

28 *Bullarium Sch. P.*, pp. 18-21.

29 *C.C.*, n. 205.

30 *R.S. in C. Sch. P.*, p. 168, Q.

31 *Circolare del P. C.G. Pirroni* del 10.VII.1677, in *Eph. Cal.* 1962, p. 200 (Santha).

La *Ratio* prescrive inoltre che tutte le composizioni vengano rivedute dal Maestro ed eventualmente corrette con scrittura ben chiara. Nei casi in cui i maestri non possano, per il numero eccessivo, rivedere tutte le composizioni, è loro consentito di avvalersi della collaborazione dei migliori alunni; però –in tali casi– i maestri sono sempre tenuti a rivedere personalmente almeno una parte di tutte e singole le composizioni. Dopo la revisione, i ragazzi metteranno in pulito i loro elaborati³². Gli ispettori del 1614 avevano già suggerito che al Maestro della Grammatica Superiore con 70 alunni si desse un aiutante per correggere le composizioni³³. Nei piccoli centri, dove gli alunni erano pochi, il Calasanzio permetteva, come nelle scuole primarie, di riunire tutti gli alunni delle secondarie sotto un solo maestro. Dalle norme che suggerisce al maestro di questa classe multipla si indovina che, almeno ordinariamente, non si andava oltre la Grammatica³⁴. Anche la *Ratio* del 1694 ammette l’abbinamento delle classi, ma lo limita a due³⁵.

La scuola secondaria, inizialmente ristretta all’insegnamento del latino, col passare degli anni si arricchisce di altre materie, come la storia, la geografia, le lingue volgari e la lingua greca.

Orario e Calendario

Il Calasanzio era convinto che l’ozio fosse il maggior nemico della buona educazione. Per questo e forse anche perché così si usava ai suoi tempi, volle che la scuola occupasse l’intero giorno: durava infatti dalle otto del mattino fino alle 11; ricominciava alle 14 e terminava alle 17. Questo nei mesi invernali; nelle altre stagioni, l’orario subiva le variazioni allora in uso in base al variare della levata e del tramonto del sole, cioè veniva alquanto anticipato al mattino e ritardato nelle ore pomeridiane, in modo da lasciare libere le ore più calde. La durata delle lezioni rimaneva però sempre invariata.

Le lezioni propriamente dette duravano due ore e mezzo la mattina e due ore e mezzo nel pomeriggio. terminate le lezioni antimeri-

32 R.S. in *C. Sch. P.*, pp. 167-168, P.

33 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 239, in fine “Sec. da vero...” (Vilà).

34 *Arch. Sch. P.*, 1940, n. V, p. 32 (Testo *Istruzione*, ed. Picanyol).

35 R.S. in *C. Sch. P.*, p. 167, N.

diane i ragazzi andavano nell'oratorio o in chiesa per ascoltare la S. Messa, che non doveva oltrepassare la mezz'ora. Le lezioni del pomeriggio terminavano pure in chiesa col canto delle Litanie della Madonna ed altre preghiere³⁶.

Anche il calendario scolastico rispondeva alla preoccupazione del Calasanzio di evitare l'ozio. Forse proprio in vista di questo, egli interpretò in senso stretto gli usi del suo tempo. Le lezioni infatti duravano tutta l'estate e le vacanze generali, allora giustamente dette autunnali, erano limitate a ben pochi giorni. Il Capitolo Generale del 1637, in cui era presente il Calasanzio, ribadiva la consuetudine di contenere le vacanze generali entro 15 giorni. L'anno scolastico terminava infatti il 15 ottobre e ricominciava il 3 novembre. Tale disposizione, richiamata ancora nell'edizione delle Costituzioni del 1781, va però intesa con una certa larghezza. Infatti i ragazzi delle scuole superiori avevano delle vacanze un po' più lunghe, forse per dar loro modo di aiutare i genitori nei lavori stagionali, come quello della vendemmia³⁷. Un documento del 1654 distribuisce così le date dell'inizio delle vacanze generali: il 3 ottobre cominciano quelle degli alunni della Prima classe; poi, di 3 giorni in tre giorni, quelle delle classi successive sole o abbinate, fino a quella dei piccolini, che le comincia il 15 ottobre³⁸.

Il P. Santha sintetizza così il calendario scolastico: giorni in cui si fa scuola mattino e sera, 194; quelli in cui si fa scuola solo il mattino, 55; giorni di completa vacanza tra domeniche, feste infrasettimanali e vacanze generali 116³⁹.

Quando vennero introdotte le classi di Filosofia e di Teologia, agli alunni di esse si davano circa due mesi di vacanze, a cominciare dai primi di settembre⁴⁰.

Dobbiamo ancora aggiungere che non fu possibile la uniformità assoluta: il Capitolo Generale del 1718 sanzionava un uso vigente da

36 S.J.C., pp. 371 SS.

37 *Ivi*, p. 383, nota 30.

38 *Ivi*, p. 383, nota 30.

39 *Ivi*, pp. 385-386.

40 *Calendario del Coll. Calasanzio* di Roma, 1755. Foglio stampato che, si trova in B.S. nel vol. di Miscelanea F.IX,6,10.

qualche decennio, che permetteva alle singole Province di stabilire il numero dei giorni ed il periodo delle vacanze autunnali, secondo i bisogni e gli usi delle diverse regioni, ma sempre con l'approvazione del governo centrale dell'Ordine⁴¹.

Come si è visto sopra, nel 1610, ogni quattro mesi si facevano esami e chi era trovato idoneo passava alla classe superiore. Ben presto però quest'uso fu modificato. Le Costituzioni del 1622 prevedono esami semestrali in primavera, a Pasqua ed in novembre prima dell'inizio del nuovo corso⁴². Quest'uso era ancora in vigore nel 1781, quando vide la luce la prima edizione ufficiale delle Costituzioni. Stando così le cose, è ovvio che, almeno teoricamente, un alunno avrebbe potuto assolvere il corso degli studi primari (di tre classi) in meno di due anni e quello delle scuole secondarie (di cinque classi) in due anni e mezzo. Viceversa risulta che il corso della scuola secondaria nel collegio Nazareno doveva durare "per lo spatio di cinque anni"⁴³. Questo ci fa supporre che, almeno come norma pratica, la promozione alla classe superiore avvenisse solo una volta l'anno; senza però togliere con questo la possibilità di un avanzamento semestrale, almeno per qualche alunno.

E giacché siamo in tema di esami, è bene dire una parola anche sui periodici controlli del profitto degli alunni e della diligenza dei maestri. Non si davano allora le pagelle ogni bimestre o trimestre, ma si facevano delle accademie. Il Calasanzio prescrive che nel Collegio Nazareno (ove funziona solo la scuola secondaria) "ogni mese si reciti dalli scolari qualche Oratione o Poema secondo che parerà al detto ministro"⁴⁴. Nel 1748, il P. Delbecchi ordina che tali accademie si tengano ogni due mesi e soltanto dagli alunni delle scuole di Umanità e Reticora; quelli delle classi di Grammatica invece, ogni trimestre, recitino un dialogo alla maniera del Vives e poi si leggano due elenchi, uno degli scolari diligenti ed un secondo di quelli che sono stati negligenti. Tutto questo davanti ai Superiori ed ai

41 C. Sch. P., p. 150, nota 138, D.

42 C. Sch. P., p. 146, nota 135. Cfr. C.C., n. 197.

43 Facciamo notare che l'inciso "di cinque anni" non figura nel c. VII, delle Costit. del Nazareno edito in C.N., ma nel ms. delle medesime che, si conserva in A.G., Reg. Cal. 11, 10.

44 C.N., p. 44.

Maestri. Nelle scuole primarie gli alunni diano un saggio del loro profitto con varie dispute alla presenza dei Superiori, dei Maestri e dei Genitori⁴⁵.

Formazione religiosa

Per rinnovare la società, come si proponeva il Calasanzio, era certamente indispensabile un certo grado d'istruzione; ma non poteva mancare un'adeguata formazione religiosa. Di essa il Calasanzio discorre ampiamente nella *Breve relatione* ed in altri suoi scritti. Nel proemio delle Costituzioni egli sintetizza la formazione religiosa in questa frase: "pietatem praecipue et Doctrinam Christianam pueros docere", mettendo al primo posto la pietà cioè la pratica ed al secondo la dottrina. Nella *Breve relatione* dedica una pagina intera all'enumerazione delle pratiche di pietà; dello studio della Dottrina cristiana invece ne parla quando espone i programmi di insegnamento.

Gli esercizi di pietà erano quotidiani, settimanali e mensili. Dei quotidiani si è già parlato sopra; qui ricorderemo ancora che, all'inizio della scuola, si recitavano preghiere piuttosto lunghe e che, ogni tanto, durante le lezioni stesse, si intercalavano altre brevi preghiere. Grande importanza dava inoltre il Calasanzio all'Orazione continua, che, nella *Breve relatione*, descrive così: "Ogni dì dal principio della scuola insino al fine si fa Oratione continua da nove scolari con l'assistentia di un Sacerdote litterato il quale instruisce li scolari nel modo con che deve farsi l'oratione et dura mezza hora, et di poi si mutano altri nove. E l'Oratione si fa per l'esaltatione della Santa Chiesa Romana per l'estirpazione delle heresie.. per l'unione de Principi Catholicici et in particolare per li Benefattori ordinarij di questo loco, et a questa oratione vanno per ordine tutti li Scolari cominciando dalla prima classe (la più alta) insin'all'ultima".

Ogni settimana tutti gli alunni devono assistere alla Messa domenicale e, all'occorrenza, alle Messe delle feste infrasettimanali. La funzione domenicale ha questo ritmo: si comincia con una lettura spirituale seguita da un'esortazione; poi i ragazzi si dividono in due gruppi dei grandi e dei piccoli; questi recitano il Rosario a due cori;

45 *Eph. Cal.*, 1968, pp. 310-312 (Santha).

quelli cantano l'ufficio piccolo della Madonna; quindi si riuniscono nuovamente in chiesa per ascoltare insieme la Messa.

Ogni mese, in un giorno festivo stabilito dal Prefetto, tutti gli alunni che hanno raggiunto l'età richiesta si accostano ai Sacramenti della Confessione e della Comunione. E' probabile che, in occasione delle confessioni mensili, venissero chiamati numerosi confessori, per non fare attendere troppo gli alunni: però il Calasanzio prevedeva un confessore che fosse quotidianamente a disposizione degli scolari; sovente raccomandava al Prefetto e al Rettore di inviare i ragazzi meritevoli di punizione al confessore anziché al correttore. Nelle Costituzioni dedica al confessore un intero capitolo. Nelle lettere parla spesso dei confessori dicendo, tra l'altro, che desidera che sia un "confesor continuo senza far scuola che ambedue le cose non si possono fare"⁴⁶.

Perché le pratiche religiose non diventassero un esercizio meccanico e senza mordente nella vita, era indispensabile una cultura religiosa che le motivasse e contribuisse a formare nell'animo dei giovani delle convinzioni profonde in modo che divenissero capaci di rendere ragione della propria fede. A questo provvedeva l'istruzione religiosa alternata ed intimamente congiunta con quella prevalentemente umana. Si può dire che tutta la scuola calasanziana fosse impregnata di spirito religioso. Cominciava infatti con la Santa Croce e con l'apprendimento delle preghiere; gli esercizi di lettura si facevano su libri spirituali, in particolare sulla Dottrina Cristiana. Tutti i giorni gli scolari di ogni classe recitavano a memoria alcune risposte della Dottrina Cristiana.

I libretti della Dottrina Cristiana erano tre. Per i più piccoli il Calasanzio stesso aveva composto un minuscolo libriccino contenente i principali misteri della fede esposti con riferimento alle diverse feste dell'anno liturgico a cominciare dal Natale, passando poi alla Quaresima, alla Pasqua, alla Pentecoste ed alla vita della Chiesa inaugurata proprio nel giorno della Pentecoste. Terminava con l'invito a rimanere sempre fedeli alla Chiesa governata dai successori

46 *Ep.*, 829.

degli Apostoli⁴⁷. Nelle classi successive si studiava la Dottrina piccola del Bellarmino e nelle più alte la Dottrina grande. E' evidente che in Germania invece della Dottrina del Bellarmino veniva adottata quella del Canisio. Gli scolopi, in seguito composero altri testi appropriati e si servirono di quelli che trovavano in uso nelle diverse nazioni. In Italia, nel secolo XIX, divenne celebre la Dottrina Cristiana compilata dal P. Giandomenico Cervelli (1755-1803), che, oltre innumerevoli edizioni, ebbe anche l'onore di essere scelta dal Vicariato di Roma per le scuole statali della città e fu adottata pure in molte altre diocesi⁴⁸.

Una volta la settimana, il maestro di ogni classe doveva spiegare una parte della Dottrina Cristiana, generalmente quella che era stata imparata a memoria. Ogni sabato il Prefetto o un suo incaricato doveva tenere un discorso religioso agli alunni delle classi secondarie riuniti ed un altro a quelli delle scuole primarie pure insieme. L'ultimo quarto d'ora della scuola di ogni giorno era destinato all'insegnamento religioso⁴⁹.

A proposito dell'istruzione religiosa va sottolineato quanto il Calasanzio dice nelle Costituzioni, quando parla del Direttore dell'Orazione continua, che cioè non si limiti ad animare la preghiera, ma insegni al piccolo gruppo che gli è affidato il modo di prepararsi alla Confessione ed alla Comunione e anche l'arte di fare orazione mentale⁵⁰.

Un carattere diverso aveva il Catechismo domenicale, di cui però non parla la *Breve relatione*, benché fosse praticato fin dai primi anni. E' invece ampiamente illustrato nel regolamento del 1628. Si faceva nel pomeriggio delle domeniche e durava un'ora. Tutti gli alunni delle

47 *Alcuni Misterii della vita e passione di Cristo nostro Signore*. Il P. Bartlik afferma che la prima edizione anteriore al 1600, ma le edizioni note sono quelle del 1625, 1632, 1691, 1695: cfr. A.G., *Hist.-Bibl.*, 30, p. 63. L'ultima, curata dal P. Picanyol in *P.B.*, n. 2, Roma, 1933, ora è difficile a trovarsi.

48 *Dottrina Cristiana ad uso delle Scuole Pie*, Torino, Paravia, 1881. In copertina si legge stampato: *Approvato dai Consigli Provinciali scolastici del Regno e adottata nelle scuole comunali di Roma*. (In una copia dell'ediz. del 1877, conservata nella B.S., incollato un biglietto con firma autografa del Card. R. Monaco La Valletta, Vicario di Roma, che esprime il suo gradimento. Porta la data 26.VIII.1880.

49 R.S. in *C. Sch. P.*, p. 165, E.

50 C.C., 111. 194.

Scuole Pie erano tenuti ad intervenirevi, potevano prendervi parte anche gli adulti e specialmente i parenti dei ragazzi. Si soleva fare nella chiesa degli Scolopi; però, quando il superiore lo giudicava opportuno od altre ragioni lo rendevano conveniente, si faceva in altre chiese più comode e persino nella cattedrale. Tale esercizio divenne sempre più generale, specialmente nel secolo XVIII. Sovente questi trattenimenti catechistici si trasformavano in gare che li rendevano molto interessanti. La descrizione delle gare catechistiche che si trova alla fine del *Método uniforme* del P. Filippo Scio può dare un'idea abbastanza completa della loro natura. A Roma ed in altre città le competizioni catechistiche furono allargate anche ad istituti non scolopici che si cimentavano con gli alunni delle scuole calasanziane⁵¹.

Educazione morale e civile

Riguardo all'educazione morale e civile troviamo materiale abbondante nei *Regolamenti per gli alunni* scritti direttamente dal Calasanzio o dai suoi immediati collaboratori. Sono parecchi a cominciare dalla *Breve relatione*, che contiene una pagina su questo tema; un altro proveniente da Frascati fu pubblicato nel *Codice Palermitano*⁵²; un terzo di Narni si trova in *Epistulae ex Hispania et Italia*⁵³; un altro ancora di Campi è finora inedito; quello di Firenze fu pubblicato dal P. Vannucci su *Il Marzocco*⁵⁴; quello di Napoli è inedito; quello di Litomisl, in latino, ci è giunto in un foglio stampato nel 1644 ed è stato ristampato dal P. Vila in *Fuentes inmediatas*⁵⁵.

Oltre ai Regolamenti, giovano a conoscere questo aspetto della pedagogia calasanziana numerosi scritti del Fondatore e gli abbozzi delle Regole e dei Riti elaborati per suo ordine⁵⁶.

51 Stefani, V.S., *Novelle*, p. 69, ove parla di una gara degli alunni di S. Lorenzino a Roma con ragazzi di quattro parrocchie. Qua e là nel volumetto si parla anche di altre gare simili.

52 C.P., pp. 76-77.

53 E.H.I., pp. 529-531.

54 *Il Marzocco*, Firenze, del 7.VI.1930, prp. 3-4 (a cura di P. Vannucci).

55 Vila, C., *Fuentes inmediatas de la Pedagogía Calasanziana*, Madrid, 1960, pp. 255-256, nota 86.

56 A.G., *Reg. Cal.* 14, 75* e *Reg. Gen.* A, 74.

Prima di tutto, il Calasanzio esigeva un grande rispetto per i Genitori ed i Maestri, anche per quelli delle altre classi. Riguardo ai Genitori leggiamo nel Regolamento di Frascati una raccomandazione che rivela la sensibilità umana del Calasanzio: “et arrivati a casa bascino la mano al padre et alla madre et li siano obedienti”⁵⁷. A scuola non erano ammessi privilegi: “In schola nessuno pretenda honore, preminenza, o maggioranza sopra l’altri per alcun altro titolo, che per valor d’ingegno o integrità di costumi”⁵⁸. E questo dopo il 1617, cioè quando alle scuole del Calasanzio confluivano indistintamente ricchi e poveri, nobili e plebei; aveva perciò ragione lo Scioppio di scrivere intorno al 1630 che nelle Scuole Pie “nullo discrimine, divitum pauperumque filii... edocentur”⁵⁹.

Non era permesso portare in classe alcuna sorte di armi, “né coltelli, né temperini, né punte di calamari e straordinarie”⁶⁰. Non si tollerava che i ragazzi si percuotessero a vicenda, che usassero maniere volgari, che scrivessero sui muri, sui banchi, sulle finestre, sulle porte⁶¹. Neppure era consentito che portassero a scuola cose da mangiare e da bere; né questo deve fare meraviglia, se si tiene conto del fatto che il soggiorno a scuola non oltrepassava mai le tre ore. Tuttavia il Calasanzio, con la consueta sensibilità, in questo faceva eccezione per “li piccolini”⁶².

Anche fuori scuola e per le strade gli alunni delle Scuole Pie erano tenuti ad un comportamento decoroso. Ecco alcune prescrizioni: “per le strade non si fermino né diano fastidio a nessun”; e poi: “si guardino tutti d’esser trovati a baroneggiar per la città”⁶³.

Per evitare inconvenienti, quando i ragazzi uscivano di scuola, in massa, il Calasanzio aveva disposto che venissero accompagnati a casa dai maestri o da altri incaricati: a Roma formavano cinque lunghe file che si dirigevano ai diversi quartieri della città. Questo

57 C.P., p. 76.

58 *Regolamento do Campi*; ms. in A.G., *Reg. Cal.*, 13, 32.

59 S.J.C., p. 199, nota 7.

60 *Breve relatione*, e diversi Regolamenti.

61 *Ivi*, e altri *Regolamenti*.

62 *Regolamento Firenze*.

63 *Ivi*.

servizio però risultò sempre molto pesante e, alcuni decenni dopo la morte del Fondatore, andò in disuso.

I maestri erano invitati a mostrarsi sempre educati perché gli alunni potessero prenderli a modello; ma il Calasanzio pensò pure ad insegnare teoricamente il comportamento che si deve tenere in società e perciò prescrisse di “leggere ogni giorno nella scuola alcuna parte del libretto delle buone creanze”⁶⁴.

Mirava pure all’educazione morale e civile il controllo delle assenze, che era molto rigoroso. Ogni giorno, mattino e sera, i maestri, con l’aiuto dei decurioni, prendevano nota degli assenti, scrivendo in un foglietto i loro nomi e quelli dei loro genitori; passavano poi i biglietti al Prefetto. Questi, quando le assenze erano prolungate o sovente ripetute, doveva avvisare i genitori; qualora questi non dessero spiegazioni adeguate o non adottassero i rimedi del caso, gli alunni non venivano più accettati⁶⁵. Infatti il Calasanzio era persuaso che, senza la collaborazione dei genitori, l’opera educativa rimanesse inefficace.

Qualche volta si doveva ricorrere ai castighi. In questo settore, il Calasanzio accetta le punizioni in uso nel suo secolo, ma con moderazione. Ai maestri permette solamente di infliggere ai ragazzi due spalmate o, al massimo, cinque staffilate sui panni. Ordinariamente però ai maestri non è consentito di punire personalmente i colpevoli, ma devano inviarli al Prefetto; questo poi, secondo la sua prudenza, potrà mandarli al confessore o al correttore. Numerose sono le raccomandazioni al Prefetto ed ai maestri perché non percuotano “li figliuoli” in viso o nel capo e non tirino loro i capelli o le orecchie. I castighi più in uso che il Prefetto poteva infliggere erano i cavalli e le mule, che consistevano in un certo numero di staffilate sul sedere, ma sempre sui panni; quando il castigo doveva essere più severo il Calasanzio consentiva che i ragazzi, invece dei loro panni, fossero costretti ad indossare certi mutandoni di tela.

A conclusione di questo tema aggiungiamo una raccomandazione che troviamo nel regolamento del 1628: “Non inventino maniere

64 *Riti Comuni* del 1628. Ms. in A.C. Reg. Cal. 14, 74*.

65 *Ivi*.

nuove di castigare i figliuoli, perché questo è poco conforme alla professione religiosa, e cagiona scandalo presso i secolari”⁶⁶.

Va infine ricordato che il Calasanzio, coerente al principio che l’ozio fosse molto dannoso all’educazione ed alla società, era propenso a chiedere l’intervento dell’autorità civile per fare sì che i ragazzi andassero o a scuola o a lavorare. Secondo lui era necessario impedire che vagabondassero per le strade. A Frascati riuscì ad indurre il Governatore a promulgare un bando contro i ragazzi girovaghi che disturbavano le sue scuole e molestavano i cittadini. Qualche storico ha creduto di vedere in questo fatto un’anticipazione dell’istruzione obbligatoria prescritta dalle leggi moderne. E’ certo che tali leggi avrebbero riscossa la sua approvazione⁶⁷.

Personale docente e non docente

Durante il primo ventennio o poco più, a capo della scuola stava il Prefetto. Quando fu eretta la Congregazione Paolina e soprattutto dopo che le Scuole Pie ebbero cominciato ad estendersi lontano da Roma, il Calasanzio stabilì che ogni istituto dipendesse dal P. Ministro, detto in seguito *P. Rettore*. Spettava al P. Ministro scegliere i maestri delle singole classi, dare loro direttive disciplinari e didattiche, vigilare sull’andamento delle scuole e sul profitto degli alunni. Per questo era suo dovere visitare sovente le scuole per controllare l’efficienza, la diligenza ed anche la competenza dei maestri⁶⁸.

Primo collaboratore del P. Ministro è il Prefetto. Le sue attribuzioni, prevalentemente disciplinari, sono molto estese nei riguardi dei ragazzi, piuttosto ristrette rispetto ai maestri. Egli regola l’inizio e la fine delle lezioni, facendo dare con la campanella segni diversi per l’ingresso nell’istituto, nelle aule e per l’inizio e la fine delle lezioni. E’ suo dovere essere presente durante l’ingresso e l’uscita degli alunni. Durante le lezioni sorveglia il movimento dei ragazzi che escono dalle classi per impedire che si fermino a chiacchierare o a disturbare, ma rientrano al più presto in scuola. Controlla ciò che i

66 *Ivi*.

67 *Bando contra chi disturba li Scolari...* foglio stampato in A.C., *Reg. Prov.* 33, 6.

68 *S.J.C.*, pp. 320 ss.

ragazzi portano in scuola e non permette che vi introducano cose che possano recare disturbo, nemmeno libri diversi da quelli di scuola. Quando è necessario convoca i genitori per informarli della condotta e del profitto dei figli. Finalmente ha l'ingrato compito d'infliggere i castighi, ma, almeno se la scuola è numerosa, può in questo servirsi della collaborazione del correttore⁶⁹.

Il vero protagonista della scuola è però il *Maestro*, che nella propria classe è tutto e, generalmente unico. Anche nelle classi superiori un solo maestro insegna tutte le materie, anche quando queste diventeranno più numerose. Nelle scuole inferiori specialmente – ma non esclusivamente – in quella dello scrivere, quando sono numerose, il maestro può avere dei collaboratori in sottordine, che generalmente sono dei giovani religiosi che iniziano così il loro tirocinio.

I doveri del maestro vengono minutamente enumerati in vari regolamenti: il più antico si trova nella parte finale della *Breve relatione*; i più completi sono quelli contenuti nelle Regole e nei Riti comuni⁷⁰.

Ecco alcune delle norme che più stavano a cuore al Calasanzio: oltre che conoscere bene le materie da insegnare, i maestri devono essere pieni di carità verso i poveri; entrino in classe prima degli alunni; non abbandonino mai la scuola e, se saranno nella necessità di assentarsi, avvertano il Prefetto; tengano in ordine il registro degli scolari e ogni giorno notino le assenze; non accettino regali di alcun genere; scelgano i decurioni tra gli alunni e opportunamente li mutino; provvedano personalmente alla pulizia dell'aula "e la spazzino essi anche due volte per giorno, et non siano trascurati in questo". L'inciso è tolto dai Riti del 1628. I maestri delle scuole superiori, per aiutare la memoria, possono portarsi in classe degli appunti scritti⁷¹.

Due persone molto importanti sono, nelle scuole del Calasanzio, il *Confessore* ed il *Prefetto dell'Orazione continua*, dei quali si è già parlato.

Quando il numero degli alunni è elevato, ai collaboratori precedenti se ne aggiungono degli altri: tra di essi ricordiamo il *Prefetto del cortile* che aiuta il *Prefetto nel sorvegliare* l'entrata e l'uscita degli

69 *Ivi*, pp. 353 ss.

70 *Riti comuni* del 1628. Vedi nota 63.

71 *S.J.C.*, pp. 339 SS.

scolari; gli *addetti alla pulizia* dei corridoi e dei luoghi comuni; gli *accompagnatori* degli alunni e qualche altro⁷².

Al *P. Generale*, al *P. Provinciale* ed ai loro Delegati, conosciuti con il nome di *Visitatori*, ossia Ispettori, era riservato il compito dell'alta sorveglianza, della direzione generale e dell'animazione⁷³.

Edifici ed arredamento

Il Calasanzio sapeva adattarsi agli edifici esistenti, come fece a S. Pantaleo, ma, quando si trattava di costruire delle nuove scuole, era solito impartire delle norme precise. Prima di tutto le nuove scuole dovevano sorgere in punti centrali della città o del paese, con preferenza nei quartieri più popolati e più poveri. Accanto o all'interno dell'edificio scolastico era necessario un ampio cortile. Il Calasanzio inoltre esigeva l'acqua potabile abbondante e, per quanto possibile, corrente; in qualche caso si accontentò tuttavia di acqua di pozzo⁷⁴.

L'edificio delle scuole normalmente doveva essere separato dall'abitazione dei religiosi, vicino alla chiesa e con facile accesso ad essa. Se l'edificio, come spesso avveniva, era unico, l'entrata riservata agli alunni doveva essere diversa da quella dei religiosi. I pavimenti li voleva solidi e ben fatti. In ogni istituto prescrive almeno una sala grande per radunarvi gli alunni di diverse classi in occasione di esortazioni, conferenze ed altri usi propri delle scuole.

Molta importanza annette il Calasanzio ai servizi igienici, che era solito chiamare "luoghi comuni"; vuole che quelli degli scolari siano distinti da quelli dei maestri; si preoccupa della loro pulizia e desidera che siano "senza dar mal odore alla casa che importa assai sì per la sanità come per la pulitezza della casa"⁷⁵.

I banchi delle scuole erano di due tipi, per vedere e per scrivere, cioè semplici panche e banchi con scrittoio⁷⁶. Da alcuni inventari posteriori al Fondatore risulta che talora i banchi erano fissati al pavi-

72 *Ivi*, pp. 356 ss.

73 *Ivi*, pp. 363 ss.

74 *Dichiarazioni alle Costituzioni*, citate in S.J.C., p. 396 nota 5. *Ep.*, 1025, 1094, 2738.

75 *Ep.*, 253, 946, 1016.

76 *Ep.*, 3484.

mento o alle pareti, altre volte sciolti; è probabile che egli preferisse quelli fissi al fine di evitare che cadessero, col pericolo di cagionare qualche inconveniente, come avvenne una volta a Nikolsburgo⁷⁷.

E' probabile che l'uso della lavagna risalga ai tempi del Calasanzio, dal momento che egli parla di gesso per scrivere, ma finora non ne abbiamo trovata menzione che in un inventario di S. Lorenzo a Roma, con la data del 1693⁷⁸. Non è però escluso che esistano inventari molto più antichi in cui figurino anche la lavagna.

Da altri inventari veniamo a conoscere la misura di qualche aula, benché in questo la varietà fosse grandissima. Alcune aule di Frascati, nel 1679, misuravano palmi 15,1/3 per palmi 25, cioè approssimativamente metri quattro scarsi per sei abbondanti⁷⁹.

Libri di testo

Si è visto che, nei primi anni delle Scuole Pie, il Calasanzio ricorse con frutto all'adozione del Salterio latino, invece del sillabario; sappiamo pure che i maestri, in mancanza di un libro appropriato per l'aritmetica, dettavano regole ed esercizi. Ma le cose non potevano durare sempre così. Era indispensabile provvedere dei libri adatti alle varie classi.

Il Calasanzio non aveva difficoltà ad accettare i testi allora in commercio, ma, per riguardo alla povertà delle famiglie, non era solito obbligare gli alunni a procurarseli, quando non erano del tutto indispensabili.

Mentre non nascevano gravi inconvenienti dalla mancanza di un'aritmetica, riusciva assai più scomodo fare a meno della Grammatica latina. Per averne una di suo gusto, il Calasanzio invitò diversi suoi amici a comporla. Veramente, nel seicento, esistevano diverse grammatiche ed anche molto buone, come quella del gesuita Emanuele Alvarez. Il P. Dragonetti, che aveva cominciato ad insegnare grammatica prima che l'Alvarez componesse la sua, continuava a seguire l'

77 E.E.C., p. 721.

78 A.G., *Reg. Prov.*, 34, 111. 46.

79 A.G., *Reg. Prov.*, 33, n. 143.

antico testo del Nebrija, sebbene preferisse dettare egli stesso quanto voleva che gli scolari imparassero. Ma non tutti i maestri avevano la capacità e l'esperienza del Dragonetti. Perciò il Calasanzio continuava a cercare qualcuno che scrivesse una grammatica *facile e breve*, che consentisse l'apprendimento del latino nel minor tempo possibile.

Sperò invano che un certo D. Cipriano Martínez, sacerdote non scolio ospite a S. Pantaleo e, dopo, Andrea Bajano, sacerdote portoghese nativo di Goa, anch'egli ospite a S. Pantaleo, ne scrivessero una; per diverse ragioni non adottò quella dello Scioppio, che il P. Casani tentò di adattare alle esigenze delle Scuole Pie, senza però portare a termine il suo lavoro⁸⁰. Solo nel 1643, il giovane P. Giovanni Francesco Apa (1612-1656) fu in grado di offrirgli una piccola Grammatica latina intitolata *Principi di Lingua Latina*. L'Apa presenta il suo lavoro come opera collettiva dei suoi scolari fiorentini e, nel darla alle stampe a Roma presso Marciari, la fa precedere da una bella dedica al Calasanzio firmata dall'"Accademia degli Sviluppati" composta appunto dagli alunni dell'Apa.

Notevole è il fatto che la grammatica sia scritta in lingua italiana, anziché in latino, come allora si usava. Dieci anni dopo l'Apa la rifiuse ed ampliò, mantenendosi però fermo alla lingua italiana. Quella grammatica fu ristampata diverse volte, almeno fino al 1743⁸¹. Purtroppo gli altri scolopi non seguirono il suo esempio e ripresero a comporre grammatiche in latino, con lo scopo dichiarato di renderne possibile l'adozione anche all'estero. La più celebre di tali grammatiche è quella del P. Ambrogio Berretta (1616-1689) uscita a Firenze nel 1672: ebbe innumerevoli edizioni non solo a Firenze, ma a Roma, Bologna, Venezia; un secolo dopo fu tradotta in italiano; l'ultima edizione italiana a noi nota è del 1868⁸². All'estero, gli scolopi nei primi anni adottarono grammatiche camposte in Italia, ma ben presto ne compilarono delle nuove, inizialmente in latino e poi nelle diverse lingue nazionali.

Per avviare i ragazzi a scrivere in italiano (non sappiamo di altre lingue) i maestri erano soliti tenere presenti le norme della grammatica

80 *E.E.C.*, p. 120. Vedi anche *Ep.* 2162, 2167.

81 *Rass.*, 11 938, n. V, pp. 1-28, in particolare pp. 20 e 25 (Picanyol)

82 *P.B.*, 1934, n.8, pp. 15-16 (Picanyol). *Rass.*, 1952, n. XIX-XX, p. 237.

latina. Solo nel secolo XVIII troviamo qualche grammaticina italiana, come una comparsa ad Urbino nel 1729, senza il nome dell'autore. Lo stesso dev'essere avvenuto nelle altre nazioni, delle quali gli scolopi furono, sotto questo aspetto, veramente benemeriti. Nella Spagna, durante il secolo XVIII, s'insegnava la grammatica castigliana a cominciare dalle scuole primarie. In Polonia, nel 1780 compare la prima grammatica della lingua polacca ad opera del P. Onofrio Kopczynski (1735-1817). Anche in Ungheria la prima grammatica della lingua nazionale è dovuta allo scoloPIO P. Nicola Révay (1750-1803), che era stato anche l'autore di un Sillabario ungherese, apparso nel 1777.

Riguardo all'Aritmetica è certo che, nel 1614, circolavano fra gli alunni delle Scuole Pie dei libretti denominati Abbachini, che venivano imparati a memoria⁸³. Tuttavia i singoli maestri continuavano a dettare regole ed esercizi, che poi facevano trascrivere in un quaderno di bella copia perché servisse loro come un libro di testo personale. Un'antica tradizione attribuisce al Fr. Eustachio Ravaggi (?-1638) la compilazione di un'Aritmetica che avrebbe dato alle stampe nel 1628, ma finora non se n'è trovata conferma⁸⁴.

La più antica Aritmetica che finora siamo riusciti a vedere è dovuta al P. Antonio De Silvestri, siciliano, che la diede alle stampe a Messina in due volumi, rispettivamente nel 1650 e nel 1653. Il primo volume era destinato a tutti gli alunni della scuola dell'Abaco, mentre il secondo doveva servire a coloro che volevano prepararsi all'attività mercantile. Due Aritmetiche divennero poi celebri in Italia, quella del P. Alessandro Fantuzzi (1659- 1734) e quella del P. Alessandro Conti (1638-1744). Altre Aritmetiche furono compilate nelle Province di Germania, Polonia, Ungheria ed in quelle della Spagna.

Finanziamento delle scuole

Il Calasanzio voleva che le sue scuole fossero assolutamente gratuite. E seppe mantenersi fedele al principio della gratuità anche quando cominciò ad accettare i ricchi insieme ai poveri. Era inoltre convinto che le pubbliche autorità avessero l'obbligo di sostenere

83 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 239 (Vilà).

84 *A.G.*, *Hist.-Bibl.*, 30, p. 38.

finanziariamente le scuole, per il vantaggio grandissimo che recavano alla società. Per questo non esitò a rivolgersi più volte, almeno all'inizio, ai responsabili della cosa pubblica per ottenere dei sussidi adeguati.

Nel primo ventennio dell'Istituto, ottenne realmente delle sovvenzioni dall'Amministrazione Capitalina⁸⁵. Oltre a questo, i Sommi Pontefici e alcuni Cardinali offrirono spontaneamente delle elemosine cospicue e continuate. Il P. Casani, in una lettera a suo padre del 25 gennaio 1614, enumera alcune di tali sovvenzioni: il Papa da 200 scudi l'anno; il Card. Montalto 300; il Card. Giustiniani 120; il Card. Millini 60⁸⁶. Molti anni prima, il sac. Gellio Ghellini, in una lettera a suo fratello del 31 agosto 1602, scriveva: "Il Card. Montalto e altri e il popolo romano di Campidoglio o li Conservatori dan e daranno ogni dì più, vedendo che il popolo povero ha chi le insegna, e tiri i figliuoli poverelli all'arti con l'abaco, leggere e scrivere, e chi vuol andare innanzi alla grammatica..."⁸⁷. Ancor prima del 1610 si cominciò a questuare e dalla questua vennero aiuti consistenti⁸⁸. Oltre a questo, sempre nel primo ventennio, i maestri stessi contribuivano al mantenimento della scuola, non solo offrendo gratuitamente il proprio lavoro, ma anche con oblazioni in denaro; alcuni tuttavia erano pagati.

Nonostante la ristrettezza dei mezzi, il Calasanzio aveva disposto che ai ragazzi si distribuisse gratuitamente l'indispensabile per la scuola. Leggiamo nella Breve relazione: "Alli sopradetti Scolari si prevede di carta penne et inchiostro, perché si vede per esperientia che alcuni per mancamento di carta, altri per mancamento di penne et altri di inchiostro non potrebbano fare quel profitto che si deve".

Dopo la fondazione della Congregazione religiosa, non ci fu più il problema di pagare gli insegnanti, ma rimase quello del sostentamento dei religiosi e della copertura delle spese scolastiche. A tutto questo si cercò di sopperire con elemosine spontanee e con la questua. Il Calasanzio scrisse testualmente nel 1625: "Vivono di

85 V.C., 1932, n. V, p. 285: *lettera del Ghellini* del 31.VIII.1602 (Picanyol).

86 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 236 (Vilà).

87 V.C., lettera del Ghellini, vedi nota 84.

88 *Eph. Cal.*, 1959, p. 374: tra i conviventi del 1609 ci sono due "questuanti" (Santha).

limosine mendicate da loro, o portateli da persone pie”⁸⁹. A questo proposito va anche ricordata la delicatezza del Calasanzio che vietava ai questuanti di bussare alle porte delle famiglie che avevano figli o parenti alle sue scuole. Benché non sia mai mancato lo strettamente necessario, è però certo che la vita di quegli antichi scolopi fu molto misera e che troppo numerosi erano quelli che morivano precocemente, spesso di tubercolosi⁹⁰.

Nell’Europa centrale, fin dall’inizio (1631), i Principi fondatori e le diverse Amministrazioni cittadine si impegnarono a sovvenzionare le scuole con offerte fisse in natura e in denaro. Questo diede occasione ad una controversia tra il Calasanzio e il P. Onofrio Conti, benché ambedue intendessero salvaguardare lo spirito e la lettera delle Costituzioni in materia di povertà⁹¹.

In Italia si andò avanti alla meglio per molti decenni. Non reca però meraviglia che, quando le elemosine scarseggiarono, gli scolopi abbiano cercato altri modi per procurarsi da vivere. Poco dopo il 1640, si cominciò a pensare alla creazione di convitti allo scopo di sostenere la comunità religiosa col lavoro nel convitto, mantenendo la gratuità della scuola. Sulle prime l’iniziativa fu contrastata come contraria alle Costituzioni, però i fautori di questa linea si sentirono più forti quando la Sacra Rota, responsabile del Collegio Nazareno, nel 1643-45, autorizzò l’ammissione di convittori a pagamento accanto ai 12-20 alunni, che, in conformità alle tavole di fondazione, dovevano essere tenuti gratuitamente⁹².

Verso la fine del secolo XVII i convitti divennero sempre più numerosi e furono legalizzati. Ma a quel tempo, il grave problema era già stato risolto da una bolla di Innocenzo XI, che, nel 1686, riconosceva agli scolopi il diritto di possedere beni fondiari. Da quel tempo cominciò a formarsi un patrimonio che mise gli scolopi in condizione di sostenere le scuole gratuite e di creare degli studentati per la formazione dei nuovi maestri, cosa rimasta fino a quel tempo molto precaria.

89 *Eph. Cal.*, 1959, p. 195 (Santha). *Cfr. Ivi*, p. 168, e *Ep.* n. 7 C.

90 *Ivi*, p. 169: “de praesenti anno (1625) 15 ex Patribus mortui sunt, et ab octo annis 40 et amplius” (Santha).

91 *E.E.C.*, p. 286, nota 3; p. 295; p. 300, nota 7.

92 Vannucci, *Il C. Nazareno*, pp. 99-100, nota 20.

Le cose poterono anclare avanti fino a tutto o quasi il secolo XVIII. Quando i beni degli scolopi furono confiscati dai Governi prima napoleonici e poi dei diversi Stati, le scuole continuarono a rimanere gratuite, perché sostenute dai proventi dei convitti e da sussidi che i Municipi elargivano ai padri perché continuassero a fare scuola. Alcuni Municipi contribuirono pure a creare nuovi istituti.

Più tardi e pressoché dappertutto, specialmente nel secolo XX, cominciarono a mancare i sussidi dei Municipi e si assottigliarono fino a scomparire del tutto o quasi i convitti. Da allora gli scolopi furono costretti ad imporre delle tasse scolastiche, tanto più che, diminuendo il numero dei religiosi, dovettero assumere degli insegnanti laici a pagamento. Tuttavia tra di loro rimane tuttora viva l'aspirazione a dedicarsi principalmente ai poveri in scuole gratuite. Per questo sono particolarmente gradite soprattutto ai giovani scolopi le iniziative che sorgono nel cosiddetto Terzo Mondo. Molti volentieri si recano in tali istituti. Ma anche nei paesi progrediti tutti gli istituti si sforzano di avere almeno una percentuale di alunni gratuiti⁹³.

Evoluzione

Le Costituzioni del Calasanzio prescrivono l'uniformità sia nel governo dei singoli istituti sia nel metodo dell'insegnamento⁹⁴. Tale uniformità, almeno nelle linee generali, durò per circa due secoli ed alimentò una tradizione didattica così profondamente radicata che ebbe ragione delle divisioni politiche ed amministrative dei diversi stati e delle diverse province religiose. Lo stile scolopico conserva ancora oggi le sue caratteristiche, dopo i rivolgimenti che seguirono alla rivoluzione francese e le trasformazioni provocate dalla scomparsa di antichi stati con la conseguente creazione di nuovi.

Questo non significa che tutto sia rimasto immutato durante i due secoli XVII e XVIII. Come si è già visto le Scuole Pie, nei programmi e nei metodi d'insegnamento, seppero evolversi per adattarsi ai tempi cambiati e alla varietà dei paesi in cui operavano. Tuttavia mantennero molte caratteristiche fondamentali principalmente

93 *Capitolo Generale* del 1955 in *Eph. Cal.*, 1956, p. 140, ad 302.

94 *C.C.*, nn. 185, 212.

per due ragioni: l'amore al Fondatore che è sempre stato vivissimo tra di loro e l'azione del governo centrale dell'Ordine. Indichiamo tre tappe simboliche di questa evoluzione verificatasi nel segno dell'unità; diciamo simboliche, perché l'evoluzione si è realizzata senza soluzione di continuità e solo per motivi pratici viene riportata a tre documenti e a tre date, cioè 1665, 1694 e 1748.

Nel 1665, il IV Capitolo Generale approvò le Regole e i Riti comuni contenenti numerose disposizioni riguardanti la scuola. L'elaborazione di questi due documenti era cominciata fin dai tempi della Congregazione Paolina e fu portata avanti, sotto gli occhi del Calasanzio stesso, durante molti anni: due sono le più importanti redazioni dei due documenti, quella del 1628 curata dal P. Giacomo Graziani e quella del 1640 ad opera del P. Antonio M. Vitali. Il testo approvato dal Capitolo del 1665 differisce dalle precedenti redazioni soprattutto nella forma più sintetica da esso adottata⁹⁵.

A noi interessano specialmente i Riti che contengono schematicamente l'ordinamento delle scuole ed i programmi delle singole classi. Vediamo in essi che la scuola primaria è ora formata dalle tre classi del leggere, scrivere ed abbaco. La secondaria comprende cinque classi, cioè la Grammatica inferiore, la Grammatica media e la Grammatica superiore; seguono le due classi di Umanità e Retorica. Vi troviamo un elenco dei classici latini, tra i quali il maestro deve scegliere gli autori da commentare nella sua classe, più esteso dei pochissimi autori indicati dal Calasanzio nella *Breve relatione*. Gli esami sono prescritti ogni sei mesi. Benché le classi che qui appaiono siano soltanto otto, facciamo notare che spesso erano nove, perché accanto alla scuola dell'Abbaco si conservava quella dei Nominativi, chiamata ora dei Rudimenti. Questa, ad esempio, appare nella statistica della scuola di Nikolsburgo, di cui abbiamo detto sopra, che è contemporanea all'approvazione dei Riti.

Nel 1694 compare una *Ratio studiorum pro exteris*, contrapposta ad una "Ratio Studiorum pro nostris" cioè per i giovani religiosi. In questa *Radio studiorum pro exteris* le classi vengono numerate dal basso in alto, come oggi. L'insegnamento dell'Aritmetica è prescritto in due

95 C. Sch. P., pp. 301-304 e 329-337.

classi, quella dello scrivere e quella dell'abbaco. Tutto il corso primario prende il nome di *Aritmetica*, però le singole classi conservano i nomi tradizionali di leggere, scrivere e aritmetica (non più abbaco).

La scuola secondaria comprende ora sei classi, cioè le cinque del 1665 con in più una classe di Teologia, che –è detto esplicitamente– non è compresa tra quelle a cui lo scolopio è obbligato con voto. Tale classe corrisponde a quella che, nelle Costituzioni del 1622, il Calasanzio denomina dei Casi di Coscienza e che esisteva fin dai suoi tempi in diversi istituti, benché non sia stata elencata nei Riti approvati nel 1665.

Questa *Ratio Studiorum* dedica molto spazio al metodo da adottarsi specialmente nell'insegnamento del latino, come già si è detto. Illustra ampiamente l'insegnamento religioso e la formazione morale.

E' importante notare che le diverse Province dell'Ordine si basarono su di essa nel compilare i loro programmi⁹⁶.

Nel 1748, il P. Generale Agostino Delbecchi pubblicò un *Decretum pro bono Scholarum piarum regimine*, invitando tutte le Province ad attenersi ad esso nella divisione delle classi e nei programmi per l'insegnamento. Era evidente il suo richiamo al *metodo uniforme*.

Il decreto non modifica il ciclo delle scuole primarie, ma dice che sono obbligatorie in tutti i nostri istituti "ex praecepto Constitutum B. Patris nostri, sed etiam ex Decreto ultimi Capituli Generalis".

Notevoli innovazioni introduce invece nel ciclo secondario, che ora si articola in sei classi, distribuite in tre bienni. Due (non più tre) classi di Grammatica, cioè inferiore e superiore; due classi denominate tradizionalmente Umanità e Retorica; due scuole superiori, una di Filosofia e l'altra di Teologia.

Viene ancora accresciuto il numero degli autori latini ed è curioso che tra di essi, come del resto nei precedenti, non si trovi Cesare; di Tito Livio si dice che può essere adottato solo dove gli alunni riescono a procurarsene il testo. Molta importanza dà il Decreto alla classe di Filosofia, nella quale prescrive anche l'insegnamento della Geometria e della Matematica⁹⁷.

96 *Ivi*, pp. 164-170.

97 *Eph. Cal.*, 1968, pp. 310-312 (Santha).

I Regolamenti delle diverse Province

Queste ordinazioni provenienti dal Governo centrale non rimasero lettera morta, ma spinsero le Province a compilare dei propri regolamenti, che si ispiravano ad esse.

Il più notevole, per ampiezza e per l'influsso che esercitò, fu quello promulgato in Polonia ad opera del P. Stanislaw Konarski (1700-1773). La riforma del Konarski, estesa anche alla Lituania, ebbe un'influenza grandissima su tutta la nazione e, più tardi, determinò la creazione della "Commissione di Educazione Nazionale", che alcuni storici considerano come il primo Ministero della Pubblica Istruzione d'Europa⁹⁸.

In Ungheria, gli scolopi compilarono diversi *Ordo Studiorum* per l'educazione e l'istruzione dei giovani: il più antico è del 1695; in uno del 1757 si prescrive, tra l'altro, lo studio obbligatorio della lingua ungherese; quest'ultimo regolamento venne poi aggiornato negli anni 1762 e 1766 con la speranza di poterlo adottare negli istituti della Provincia e aggiornarlo tutte le volte che si ritenesse opportuno. Invece, nel 1776, gli scolopi ungheresi furono obbligati ad accettare i programmi e i metodi imposti da Vienna⁹⁹. Non va tuttavia taciuto che alla compilazione di quei programmi governativi aveva contribuito in maniera determinante anche lo scolopo austriaco Graziano Marx (1721-1810).

In Spagna le tre Province allora esistenti elaborarono anch'esse diversi *Metodi uniformi*, tenendo presente il decreto del P. Delbecchi. Il più antico di tali Metodi è probabilmente quello della Provincia di Aragona, promulgato nel 1754, ma non dato alle stampe¹⁰⁰, il più recente che noi conosciamo quello della Provincia di Catalogna, che porta la data del 1796¹⁰¹. Il più celebre rimane quello di Castiglia, che però è limitato alle scuole primarie. Ne è autore il P. Filippo Scio (1738-1796), che lo fece stampare a Madrid nel 1780. E' contenuto in

98 *Ordinationes Visitationis Apostolicae, Varsaviae, 1754*. Ofr. anche G. Ausenda, *Il P. Konarski e le Scuole in Polonia*, in *V.C.*, 1933, n. VI, IPIP 1 6-11 8; 50-52. 'I. Buba, *Instauratio studiorum Konarskiana* in *Arch. Sch. P.*, 1978, n. 3, pp. 71-86.

99 Santha, G., *L'attività apostolica, culturale, pedagogica e sociale della Provincia d'Ungheria 1642-1956*, ms. in A.C., senza collocazione, pp. 4, 10-1,1.

100 Lecea, J., *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972. A pp. 507-509 ne riporta una parte.

101 Vilà, C., *Las Escuelas Pías de Mataró*, pp. 887-900: testo integro.

un volume in 4° di 48 pagine e 15 tavole di modelli per la calligrafia¹⁰². L'autore espone ampiamente il metodo scolopico per l'insegnamento della lettura, della scrittura e dell'aritmetica. Da norme per l'insegnamento della lingua castigliana, che deve cominciare dalle scuole primarie. Dedica molte pagine all'educazione morale e civile. Si dilunga sull'insegnamento della Dottrina cristiana, impartendo anche norme pratiche per le gare solite farsi in tutti gli istituti scolopici.

Istituti educativi speciali

Oltre alle scuole per tutti, gli Scolopi ne crearono o diressero anche delle speciali. La più antica di tali scuole era annessa all'Ospizio Apostolico S. Michele a Ripa Grande, a Roma. L'Ospizio era stato creato da Tommaso Odescalchi (?-1692), nel 1684. Fu diretto dagli Scolopi dall'inizio fino al 1799, quando ne furono estromessi dal governo Giacobino. Accoglieva ogni sorta di bisognosi e, tra gli altri, numerosi ragazzi. Questi prima ricevevano un'istruzione primaria di tipo scolopico; poi venivano avviati al lavoro, generalmente filatura di lana, nell'Ospizio stesso. Perché non dimenticassero quello che avevano imparato a scuola, ogni settimana dovevano assistere ad alcune lezioni di aggiornamento nelle discipline scolastiche del leggere, scrivere e aritmetica e di Dottrina cristiana. Per loro il P. Gian Cristoforo Salistri (1654-1717) compose una Dottrina cristiana in versi che fu anche musicata perché i ragazzi la cantassero¹⁰³. Altri tipi di scuola speciale furono iniziati dagli Scolopi per i Sordomuti a Genova nel 1801 ed a Siena nel 1828. L'insegnamento ai Sordomuti fu pure impartito in Spagna a cominciare dal 1795 e a Praga nel secolo XIX.

Gli ultimi due secoli

Come si è detto sopra, gli scolopi del Centro-Europa, fin dagli ultimi decenni del secolo XVIII, dovettero adottare i programmi imposti dai rispettivi governi; non perdettero però la loro peculiarità, anzi, in qualche caso l'accentuarono e, in tal modo, contribuirono al progresso delle scienze e della pratica educativa della propria nazione.

102 Scio, F., *Método uniforme*.

103 *Eph. Cal.*, 1945, pp. 15-16 (Picanyol); *Ivi*, 1964, pp. 384-385, nota 209 (Santha).

In Ungheria divennero pionieri della cultura nazionale¹⁰⁴.

In Italia conservarono la loro autonomia in certi stati più a lungo, in altri meno. In Toscana composero numerosi testi per tutte le discipline: dal sillabario alla calligrafia; dalle grammatiche italiane, latine e greche alle antologie; dall'aritmetica all'algebra; dalla fisica alla chimica; dalla geografia alla storia. Molti dei loro libri vennero adottati da altre scuole. Qualcosa di simile si fece negli stati delle Due Sicilie e, in misura alquanto minore nello Stato Pontificio. Negli Stati Sabaudi, il P. Domenico Maurizio Buccelli (1778-1842) introdusse una quarta classe elementare per l'apprendimento della lingua italiana, che chiamò "Intermedia". Fu una geniale intuizione che precorse analoghe iniziative dello Stato. Fu pure in questi Stati che gli scolopi cominciarono a munirsi di diplomi didattici statali. In Sardegna, il governo di Carlo Alberto affidò agli scolopi il compito di creare delle scuole normali per maestri elementari.

Più larga ed anche più lunga autonomia godettero gli scolopi in Spagna: il Governo riconosceva la validità dei diplomi rilasciati dalle loro scuole, adottava parecchi dei loro libri di testo ed accettava, almeno in parte, i loro metodi. Un tipo di calligrafia conservò fino all'inizio del secolo XX la denominazione di "letra escolapia". Solo dopo la fine del regno di Isabella II, intorno al 1870, gli scolopi dovettero adattarsi più o meno integralmente ai programmi statali. Però la loro vitalità li spinse oltre Oceano, dove a Cuba istituirono la prima scuola normale del paese. Si stabilirono anche in altre nazioni di quel continente cercando di crearvi quei tipi di scuola che meglio rispondessero ai bisogni delle popolazioni.

Statistiche

Sarebbe interessante stabilire quanti alunni siano passati, durante quasi quattro secoli, nelle scuole degli scolopi. Nessuno riuscirà mai a farlo; con lunghe e pazienti ricerche si potrebbe forse giungere a compilare la statistica parziale di qualche istituto o di qualche provincia, durante i primi tre secoli della vita dell'Ordine scolopico. Per gli ultimi cent'anni invece siamo più fortunati.

104 Santha, *L'attività apostolica*, ms. pp. 17-30; 40-50; 75 ss. e passim. Cfr. nota 98.

Il P. Picanyol riferisce una statistica relativa al 1730, quando, l'Ordine contava 10 province, 122 case, 1.725 religiosi e 21.500 alunni¹⁰⁵. Per il momento non conosciamo altra statistica antica.

Più abbondanti sono le statistiche degli ultimi cent'anni, sebbene anch'esse, almeno a principio, troppo distanziate. Le desumiamo da diversi cataloghi¹⁰⁶:

Anno	Province	Case	Religiosi	Alunni
1870	?	?	2.160	44.590
1909	12	133	2.180	38.345
1931	15	140	2.196	43.527
1948	15	131	2.035	53.214
1959	15	159	2.349	66.167
1965	16	179	2.535	79.887
1976	15	188	1.800	116.061

Come si vede, il numero degli alunni non va di pari passo con quello dei religiosi. Questo fatto costringe gli scolopi a chiedere la collaborazione di numerosi laici, il cui contributo diventa sempre più prezioso non solo per la mole del lavoro che svolgono, ma anche per gli apporti che recano sia nel metodo che nella cultura.

Sintesi della situazione dell'Ordine nel 2021:

Nazioni	Province	Religiosi	Comunità religiose	Scuole	Parrocchie	Alunni
42	22	1.357	221	197	147	131.333

105 Picanyol, L., *L'Eco dei nostri Centenari*, Roma, 1948, n. 11-12, p. 67.

106 *Catalogus Generalis Sch. P.*, Romae, 1909; 1931; 1948; 1959; 1965; 1976.

Sigle e bibliografia essenziale

La bibliografia è completata nelle note.

- A.G. *Archivio Generale delle Scuole Pie*. Seguono le sigle dei diversi reparti.
- Arch.Sch.P. *Archivum Scholarum Piarum*, Romae, 1936-1955 (a cura del P. L. Picanyol); 1977 ss. (a cura del P. C. Vila Pala).
- B.S. *Biblioteca Scolopica di S. Pantaleo*, Roma.
- C.C. *Constitutiones S. Josephi Calasanctii*, Salmanticae, 1799.
- C.N. *Constituzioni del Collegio Nazareno, en I Regolamenti del Collegio Nazareno*, Roma, 1979 (opera in collaborazione).
- C.P. *Codice Palermitano*, Roma, 1965 (a cura di G. L. Moncallero e G. Limiti).
- C.Sch.P. *Constitutiones CC.RR.PP. Matris Dei Scholarum Piarum*, Romae, 1781.
- E.C. *Epistolarium Coetaneorum S. Josephi Calasanctii*, Romae, 1977-1978 (a cura di G. Santha e C. Vil a).
- E.E.C. *Epistulae ex Europa Centrali ad S.J. Calasanctium*, Romae. 1969 (a cura di G. Santha).
- E.H.I. *Epistulae ex Hispania et Italia ad S.J. Calasanctium*, Romae, 1972 (a cura di G. Santha).
- Ep. *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, Roma, 1950- 1956 (a cura di L. Picanyol).

- Eph.Cal. *Ephemerides Calasanctianae*, Romae, 1932 ss.
- P.B. *Parva Bibliotheca Calasanctiana*, Romae, 1933-1935 (a cura di L. Picanyol).
- R.S. *Ratio Studiorum pro Exteris*, in *Constftutiones Sch.P.*, Romae, 1781.
- Rass. *Rassegna di storia e bibliografia scolopica*, Roma, 1937-1958 (a cura di L. Picanyol).
- S.J.C. *San José de Calasanz: Su obra. Escritos*, Madrid, 1956 (a cura di G. Santha).
- v.c. *La Voce del Calasanzio*, Roma, 1928-1949.

Bullarium Scholarum Piarum, Matriti, 1899.

Lecea, Joaquín, *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972.

Scio, F., *Método uniforme para las escuelas de cartilla, deletrear, leer, escribir, aritmética, gramática castellana y exercicio de Doctrina Cristiana, como se practica por los Padres de las Escuelas Pías*, Madrid, 1780.

Stefani, G. S., *Novelle letterarie ed ecclesiastiche delle Scuole Pie, 1749-1770*, Roma, 1943 (a cura di L. Picanyol).

Vannucci, P., *Il Collegio Nazareno*, Roma, 1930.

Vila Pala, C., *Escuelas Pías de Mataró*, Salamanca, 1972.

The calasanzian school

Contents

Start of Pious Schools	91
Calasanz, hands to work	93
School of the Sign of the Cross	94
The Primary School	95
Some considerations on the elementary school	99
The secondary school	100
Timetable and Calendar	103
Religious Formation	106
Moral and civic education	109
Teaching and non-teaching staff	112
Buildings and furniture	114
Textbooks	115
The problem of financing schools	117
Evolution	120
The Regulations in the Provinces	122
Special educational centers	124
The last two centuries	124
Statistics	125
Acronyms and essential bibliography	127

Start of Pious Schools

Before going into the subject of this booklet, it seems appropriate to say a few words about the origin of the school of Calasanz, an aspect that has raised problems of chronological type to the most recent historians. In fact, they believe that the traditional date of the foundation (1597), quoted by Fr Vincenzo Berro, does not agree with the affirmations of Calasanz himself, especially in the *Information* of 1622-23 and in a letter of 1644¹.

In both documents, Calasanz assures us that the work began in Santa Dorotea, in Trastevere; that the paying school that existed there became free on his initiative; that at the beginning of the Holy Year of 1600, he decided to transfer it to the center of Rome, where he was followed by only one of the teachers of Santa Dorotea. There are two questions we are trying to solve in this moment: 1.- When did Calasanz begin to teach in the school of St. Dorotea? 2.- When did he make it gratuitous?

It seems to us that the date of 1597 can be accepted as the beginning of Calasanz' school activity, since his work as a Visitor, as a member of the Confraternity of the Twelve Holy Apostles, must not have been so absorbing that it prevented him from dedicating himself at the same time to other activities, even if they were onerous. On the other hand, it is problematic to specify the moment when the school, already free, could be called Pious Schools. Some are in favor of the year 1598, others for 1599; if we stick to the documents, it is difficult to give a precise date. One thing seems certain and it is that, when Calasanz moved the schools to Rome after February 26, 1600 –the day in which the parish priest of Santa Dorotea, Antonio Brendani died– they were probably already free, because only one of his companions followed him.

1 *Ep.*, n. 132 a; 4185.

It is also possible to affirm that this teacher was Marcantonio Arcangeli, gentleman of Spello (Perugia). Now, on June 10, 1599, Arcangeli proposed to the Confraternity of the Christian Doctrine, to which he belonged, to assume as its own the responsibility of the “daily school” of St. Dorotea. This leads us to think that it was already free at that time, but it does not prevent us from supposing that the transformation had taken place the previous year. On March 27, 1601, Arcangeli renewed his request for “the school of Sant’Andrea della Valle”; again, with a negative result². Thus, the date remains uncertain, although we personally place it before June 1599.

There were four locations for the schools on the left bank of the Tiber, all four in the two adjoining districts of Sant’Eustachio and Parioni; the first, next to the Inn of Paradise, near Campo dei Fiori, which lasted from 1600 to 1601-2; the second, from 1601-2 to 1605, in the residence of Monsignor Vestri, behind the church of Sant’Andrea della Valle, then under construction, a few hundred meters from the previous location; the third, from 1605 to 1612, in the square of San Pantaleo; the fourth and final was the Torres residence, adjacent to the church of San Pantaleo.

The number of students grew continuously until they exceeded one thousand in 1614³; in 1602 they were close to seven hundred⁴. During those years, the most pressing problem for Calasanz was that of the teachers: they lacked constancy. We know the names of some of them, such as the priests Giovanni Francesco Fiammelli and Gellio Ghellini, the venerable old man Gaspare Dragonetti, the young layman Ventura Serafellini and others. Referring to the year 1604, Fr. Berro presents a list of eighteen names, seven priests and eleven laymen; and he notes that only Calasanz and Dragonetti persevered in the work until death.

Fr Santha has recently discovered, in the statistics of the parishioners of the parish of San Lorenzo in Damaso, the names of the teachers who lived with Calasanz from 1605 to 1611. They are 73 that succeed each other during that six-year period, without counting those living in their own houses. Moreover, the saint lamented that

2 *Eph. Cal.*, 1958, p. 157 ff. (Santha).

3 *Arch. Sch. P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vilà).

4 *V.C.*, 1934, p. 284: *Letter of Ghellini* (Picanyol).

many of these “lay and free workers... after having learned well the way of teaching, went to teach elsewhere out of interest”.

In 1612, the Milanese nobleman Glicerio Landriani, rich in material goods and spiritual qualities and, above all, young, joined the Pious Schools; Calasanz hoped that he would be the continuator of the work of the schools; but very soon he realized that he was not fit to carry on the organization of the Institute. He resorted then - it is not clear whether on his own initiative or at the suggestion of others - to the solution of entrusting the schools to the Congregation of the Mother of God, known among the Piarists with the name of Lucca Congregation, taken from the city where it was born. It was soon proven that this was not the right remedy.

In view of the failure of these attempts, Pope Paul V made the Pauline Congregation of the Pious Schools responsible for those free schools, which every day were seen as more providential and necessary. It was established by the Pope on March 6, 1617. Five years later, on November 18, 1621, Gregory XV consolidated the new Institute, elevating it to the category of religious Order; thus assuring, in the best possible way, the continuity of the Pious Schools.

Calasanz, hands to work

It was precisely during those twenty years that Calasanz elaborated the educational and didactic system that we propose to illustrate. The documents that have come down to us, although not very abundant, give us a fairly clear and complete idea of the method he created.

The most important is the *Breve relatione*, found in a manuscript of Calasanz himself, published for the first time by Fr. Picanyol in its original Italian text, in 1938, with the title *Documentum princeps paedagogiae calasanctianae*⁵; but Fr. Tomás Garrido had already edited it in 1932, translated into Latin⁶. Also of great interest are the eight documents that Fr. Claudio Vilá printed in 1979 as an appendix to his study on the union of the Pious Schools with the Lucca

5 *Arch.Sch.P.*, 1938, n. 3, p. 45-51 (Fr. Picanyol shows that the *Breve Relatione* is from 1610 and, perhaps, earlier).

6 *Eph.Cal.*, 1932, p. 64-70.

Congregation. The most important for us is the VI, which contains the report of the inspection of the schools carried out by two Lucca Fathers in October 1614⁷.

All these documents are fundamental for our study, but we will also have recourse to other contemporary and post-Calasanz sources, which develop above all the principles of the *Breve relatione*. In dealing with the evolution of the work, we will have to resort to other sources.

Calasanz' original idea was to establish for the children of the poor a completely free school which, in the shortest possible time, would make them capable of facing life with dignity and security, and thus make a contribution –a decisive one, according to him– to the reform of society. All this can be easily seen in the *Breve relatione* and, in more detail, in other writings of Calasanz. Among them, stand out the last four chapters of the second part of the Constitutions he wrote for the Pious Schools.

Calasanz' curriculum is articulated in nine classes. They do not require nine years; it is feasible to study them in a much shorter period of time. In fact, the school year lasted only four months at first, and then six. Students remained in the same class for more or less time, according to their personal ability and the family's possibilities. After the first class -which would make one think of today's kindergarten- there were four primary and four secondary classes. Later, although the total number of classes did not decrease, the number of primary classes decreased and the number of secondary classes increased. But we have to talk about each one in particular.

School of the Sign of the Cross

This is how Calasanz designated the class of the “little ones”. In 1610 there were sixty/seventy children of five years of age, and some younger, who learned precisely the sign of the Holy Cross and the easiest prayers, and practiced spelling. They went to school without books and without a pen. The teacher hung posters on the wall “with an alphabet of rather large letters”; he pointed them out one by one “with a pointer” and said their name; the children repeat-

7 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6. p. 239 (Vila).

ed it several times, first in chorus and then one by one. There were other posters with simple syllables (e.g., “ba, be, etc. and ab, eb, etc. and some easy words”) which were read first by the teacher and then repeated by the pupils⁸.

Calasanz attached great importance to this class. And it was this predilection for the little ones that perhaps induced Ferrante Aporti, two centuries later, to place “the infant schools under the special protection of Calasanz”⁹.

Unfortunately, this class was later joined to the next higher class, since many religious were reluctant to teach in it. As early as 1625, the Apostolic Visitors of St. Pantaleo discovered this repugnance, even though children under six years of age were not admitted¹⁰. The aversion continued to grow and, by 1640, Fr Castelli stated that this school was “totally womanish”¹¹. For this reason, the General Chapter of 1659 gave an order not to admit children under the age of seven to the school; a Brief of Alexander VII on April 28, 1660, prescribed in a general way not to exclude children who were capable of learning the first rudiments. But it not succeed in re-establishing this school of the sign of the Holy Cross¹². However, in some nations, especially in Spain, an analogous class called “parvulario” was created, which even today continues to flourish and has brilliant teachers.

The Primary School

In 1610, Calasanz assigned to the elementary school four classes, which he numbered in reverse order to the present one, beginning with the highest.

8 *Breve Relatione*.

9 *Eph.Cal.*, 1960, p. 182: letter of Aporti, 12.1X.1852. Fr Picanyol, in *L'Eco dei nostri Centenari*, nn. 9--10 (1948), p. 23, says that he has seen in Saragossa a *Vita di S.G. Calasanzio Fondatore d.S.P. e Protettore degli Asili d'Infanzia* written by Sac. F. Regonati e dedicata a Cav. Ferrante Aporti nominato Arcivescovo di Genova, Crema, 1848.

10 *Eph.Cal.*, 1959, p. 169 at the end and pp. 201-202 (Santha).

11 Fr F. Castelli, *Discorso sopra l'Istituto delle Scuole Pie*, in *A.G., Reg.Ca/.*, 14,74 ***, unpublished.

12 *C.Sch.P.*, p. 146, note 134A.

The *first class*, the eighth of the *Breve relatione*, was also called of the *Psalter*. In it the books appear for the first time. But no one should think that each child had his own primer, something unimaginable, given the poverty of the families and of the school. Calasanz had solved the problem of the primer with extraordinary practicality. He had gotten some of those big books that the singers used in church choirs. They used to call them psalteries because they contained, among other things, the psalms in Latin, written in capital letters. In these books, placed in plain sight, the teacher would have each pupil read aloud a few lines (in Latin, to read aloud is called “recitare”). When the sixty children had “recited” their corresponding fragment, the teacher invited them to repeat from memory and to divide into syllables some of the Latin words they had read. One of the most diligent students would correct any mistakes; at the end, the most diligent would receive as a prize “some little paper holy pictures”. On the other hand, the students learned by heart the Christian Doctrine.

The *second class*, the seventh of the *Breve relatione*, was also called of *reading without stopping*. Since it was very large (130 pupils), it was divided into two successive sections, so that everyone remained at least four months in the first section and four in the second, then called the *sixth class*, the *third* according to our numbering.

In these two classes reading exercises with books in Italian were practiced. It is not recorded that the school provided the books, except those of the Christian Doctrine; nor it is probable that each pupil had one; on the contrary, it seems that several boys read together in the same copy. There was no fixed text. It was used the Christian Doctrine, some other spiritual book or the book of the Virgins. Fr Santha assumes that it was a translation of a narrative work of St. Gregory the Great. Calasanz wanted the reading book to be “of good and clear printing” and written in an agile style, never “rough”¹³. In the Constitutions, he also prescribed that the books should be such that the children and their parents would benefit from them¹⁴.

When all the pupils had read a passage, as in the school of the Psalter, the teacher made them to split in syllables the most difficult words

13 S.J.C., p. 593, notes; *Ep.*, 1007.

14 C.C., n. 213.

and explained the abbreviations. For this exercise the boys were divided into two groups, which competed against each other. Once a week, a contest was held to see who could best read a fragment chosen at random by the teacher: the winner was proclaimed emperor for the following week and, as such, could grant two or three graces, i.e., forgive two or three punishments to his companions.

Of the *third class*, called the sixth, we have already dealt speaking about the second: we only recall here that all students had to take it, once they had passed the previous one.

The *fourth class*, fifth according to Calasanz, is the most complex and the one that best reveals his pedagogical genius. It was also the most numerous: 140 students. It was divided into two successive and distinct sections.

In the first, the boys continued to practice reading and learned to write. Then, a major problem arose. While in the previous classes the pupils sat on simple benches, without tables¹⁵, in this one a desk became indispensable. We do not know how the benches were. We do know, however, that Calasanz had chosen a model and recommended it to the schools outside Rome¹⁶. But the real difficulty lay in finding a room spacious enough for such a large number of students; and the inconvenience went up a notch, since Calasanz demanded that there be enough space in the middle to allow the teacher to pass and to guide each boy in the writing¹⁷.

The teacher taught to hold the pen well and to cut it with the pen-knife: in those days, poultry feathers were used¹⁸.

Calasanz notes that it took three or four months to learn to write with confidence. He also speaks of two other subjects that had to be taught after writing, even if the students continued to practice calligraphy. The study of these two subjects constitutes the second section, sub-

15 *Ep.*, 3484: He talks of putting benches in the writing school and “for the pupils of reading, other benches to see.”

16 *Ep.*, 1820, 3484.

17 *Ep.*, 1820: space, or aisle, of five spans (around 1 mt).

18 Scio, *Método uniforme*, pp. 24-25, speaks of cutting the feathers; perhaps the same is alluded to by the Luccan inspectors of 1614: cf. *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 22 (Vila).

divided into two parallel subsections: *abacus* and *nominatives*. In reality, this fourth class included the three that we find, well separated, in a list of the Inspectors of the Lucca Fathers, in October 1614.

The *abacus* class was attended by boys who could not continue their studies; they learned the necessary notions to do the accounts, that is to say, the four operations, fractions and some practical rules, such as the rule of three. Then they left school and began to work.

The *nominative* section was intended for those who were going to move on to secondary schools: they began to learn the nominatives, that is, the declensions of nouns and the conjugations of Latin verbs, in order to be able to begin the study of grammar.

In some schools, later on, a third section was also formed, that of *music*. We know those of San Pantaleo in Rome, Narni (Terni), Campi (Lecce) and Nikolsburg in Moravia. Its purpose was eminently practical, because it tended to prepare the boys for music and thus earn a living. Calasanz, however, had reservations about this study, because he feared that it would impede the dedication to more important disciplines, in his opinion. For this reason, in Italy this subject was soon abandoned. On the other hand, in some Central European nations, such as Slovakia, we find teachers of vocal and instrumental music in almost all schools, until the last decades of the 18th century; although it seems that it was taught as another subject and not as a specific school.

Before moving on, let us add something about calligraphy, to which Calasanz gave as much practical importance as arithmetic.

In fact, the art of calligraphy was highly valued at that time and those who possessed it found work easily in private homes and public offices. That is why he wanted it to be taught with great care, and frequently encouraged the religious to perfect themselves in it; his exhortations were not in vain, since among the Piarists of his time there were numerous calligraphers and, in the catalogs of the libraries of the time, many treatises on calligraphy appear¹⁹.

Moreover, these exercises helped to imprint sound ideas in the minds of the boys and led them to write correctly in the living lan-

19 S.J.C., p. 155, notes 15 ff.

guage: it seems that this was the aim of the recommendations concerning spelling²⁰; this interpretation is confirmed much later by all the pages of the *Ratio Studiorum* of 1694²¹.

Some considerations on the elementary school

Even if in 1610 there were five classes in the lower schools, given the four-monthly rhythm of examinations and the consequent passage to the higher grades, a pupil of average ability could have completed the entire lower cycle of Calasanzian education in about two years, acquiring a sufficient cultural background for that time. This explains quite well why, with the passage of time, the periodicity of the tests changed and the five classes were reduced to three: reading, writing and abacus. The reading one ended up including the primitive ones of The sign of the Cross, of the Psalter and of Reading without stopping. The writing class became more and more important, not only because the boys perfected their calligraphy, but also because, by continuing with the reading exercises, they acquired a discreet culture and learned to compose in their own language. The third, that of the abacus, developed so much that the study of arithmetic had to be anticipated, starting in the writing class.

The problem of the number of students, which was serious in 1610, became even more acute in 1614. A glance at the distribution of the student population in October of that year, according to the report of the Visitors of Lucca, is enough to convince us: *Sign of the Cross: 104, Psalter: 80, Reading without stopping, class VII: 90, Reading without stopping, class VI: 90, Writing: 150, Abacus: 80, Nominatives: 106*. Note that the fifth class was then divided into three classes, perfectly distinguished, although they were all designated by the same name of fifth class²².

The Lucca inspectors, to whom we owe these figures, observed that one teacher per class was insufficient and that the teacher of the writing class did not have enough with the one assistant assigned

20 S.J.C., p. 482.

21 R.S., of 1694 in *C.Sch.P.* 167, 0.

22 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 223 (Vila).

to him; they proposed giving him three. A few decades later, in the writing school, there were even four teachers, one as principal and three as assistants. The inspectors suggested to have two teachers in the other classes.

But the best solution to the problem, in the opinion of these same inspectors, was another: that no class should admit more than 50 students. Calasanz had the same opinion, as can be seen in several letters in which he recommends not to exceed that number²³. However, for many years the Piarists did not always manage to adhere to that criterion. According to Nikolsburg statistics, which cover the period from 1654 to 1682, in those twenty-five years the minimum number in the reading class was 40, and the maximum 124. In abacus, the 17 pupils in 1655 corresponded to 86 in 1657²⁴. In 1780, Fr Scio speaks of reading classes with 200 and even 300 pupils, although grouped in three sections²⁵.

The schools of Calasanz did not always spring up in large centers with a large student population. In small towns and villages, boys were sometimes few in number. In such circumstances, Calasanz allowed a single teacher to take care of all the primary pupils. A manuscript of Calasanz is preserved which contains the practical norms for the teacher of this multiple class: He must divide the pupils into four groups: syllables, reading, writing and abacus; then give the lesson to each group separately, while the others do the exercises that he has previously indicated to them. In order for this type of school to be successful, Calasanz demands that “the teachers should not have any occupation outside the schools”²⁶.

The secondary school

According to the *Breve relatione*, the secondary school also included four classes; the Visitors of 1614 still find all four. Also in this second cycle, Calasanz tended to reduce the length of the

23 *Ep.*, 3022, 3027.

24 *Numerus discipulorum Nicolspurgensium ab Anno 1654*, in A.G., Reg.Prov., 53, n. 15.

25 Scio, *Método Uniforme*, p. 22.

26 *Arch.Sch.P.*, 1940, n. V, p. 32 (Text ed. Picanyol).

school period to a minimum. The four classes are all called Grammar, but in general the highest is simply called *the First*; the other three are the fourth, the third and the second. Several years later they will be designated as *Lower Grammar*, *Middle Grammar*, and *Upper Grammar*.

In the *Lower Grammar*, the study of declensions and conjugations is completed and syntax begins with the study of concordances. In the *Middle Grammar* course, morphology and syntax are continued, and the famous dialogues of Luis Vives are learned by heart. In the *Higher Grammar* class, the study of grammatical rules is concluded and Cicero's Familiar Letters are commented on. Calasanz tells that after this class a part of the students goes to the Roman College of the Jesuit Fathers, where they undergo an examination and are incorporated into the course that is more in keeping with their preparation.

For those who had no intention of continuing their studies, Calasanz reserved the last class, the First. In it the teacher commented on Cicero's *De Officiis* and Virgil's *Aeneid*, and explained Rhetoric, Poetics and as much as the time and ability of the students allowed.

Regarding the method, the *Breve relatione* alludes to the competitions or contests of the two teams in which the students were grouped: Romans and Carthaginians, Pious Party and Angelic Party, Cavalry and Infantry.

For the rest, it is to be supposed that the teachers followed the methods of the time. It is known, however, that the teaching of Latin was influenced not a little by the personal authority of Fr Gaspare Dragonetti (1513-1628), who had a vast experience in this field when, already very old, in 1603, he began to collaborate with Calasanz.

Later on, Dragonetti's method was perfected and updated, especially by several prestigious masters, such as the young Father Giovanni Francesco Apa. In the meantime, the *First Class* was divided into two schools: Humanities and Rhetoric. Up to now it has not been possible to specify the date of this split, but it is known with certainty that in 1625 it was already a fact²⁷.

27 Eph. Cal., 1959, p. 201, n. 42, ad 11 (Santha).

To tell the truth, since 1617 Calasanz would have wanted Paul V, in the founding Brief of the Pauline Congregation, to have included the Humanities and Rhetoric; but the Pope spoke only about “Latin language”²⁸. In spite of everything, Calasanz introduced Rhetoric in the text of the Constitutions approved by Gregory XV in 1622²⁹. It was precisely on this text of the Constitutions, approved by the Holy See, that he would later base his defense of the teaching of Latin when his adversaries tried to confine the Piarists to the elementary school.

The *Ratio Studiorum* of 1694 codifies the Piarist tradition of commentary on the Latin classics in the following terms: the teacher first reads aloud the fragment he is going to explain; he places it within the context of the work he is commenting on; he re-reads the first sentence, arranges it and translates it into the vernacular; the same system is employed with the other sentences until the fragment is finished. He goes back to the beginning and clarifies, sentence by sentence, the morphological, syntactic and rhetorical rules, according to the class in which he teaches. He also illustrates the passage with historical and mythological accounts; he indicates synonyms or other elegant ways of expressing the same ideas. Finally, he invites a boy to repeat the explanation. Afterwards, all the students of the three Grammar classes make a good written translation of the whole passage. On the other hand, those in Humanities and Rhetoric write down in orderly way in a notebook the most salient observations about the style and idioms brought out by the teacher³⁰.

Apart from the commentary on the classics, the *Ratio* prescribes compositions in Latin and in the vernacular language. The compositions in the vernacular soon took the lead, so that a Father General, still in the 17th century, had to call attention to the importance of Latin³¹.

The *Ratio* also requires the teacher to review all the compositions and to correct any errors in very clear handwriting. If, because of

28 *Bullarium* Sch.P., pp. 18-21.

29 C.C., n. 205.

30 R.S., in *C.Sch.P.*, p. 168, Q.

31 *Circolare del P.G.C. Pirroni of 10.VII.1677*, in *Eph.Cal.* 1962, p. 200 (Santha).

their excessive number, he cannot read all the works, he is allowed to make use of the collaboration of the more advanced pupils; in this case, he always has the responsibility of personally examining at least one piece of each and every one of the compositions. Once the revision was finished, the boys had to make a clean copy of their work³². The 1614 Visitors had already suggested that an assistant be assigned to the senior Grammar teacher who had 70 pupils, for this proofreading³³.

In the small schools with few students, Calasanz allowed all the secondary school boys to be brought together under a single teacher, as in the primary school. From the norms that he insinuates to the teacher of this class, it can be concluded that they did not go beyond Grammar, at least in most cases³⁴. Even the Ratio of 1694 admits the coupling of classes, but limits it to only two³⁵.

The secondary school, which at the beginning was limited to the teaching of Latin, with the passing of the years was enriched with other subjects, such as history, geography, vernacular languages and Greek language.

Timetable and Calendar

Calasanz was convinced that idleness is the number one enemy of good education. For this reason and also, perhaps, because such were the customs of the time, he wanted class hours to occupy the whole day: from 8 to 11 a.m. and from 2 to 5 p.m. in the winter months; in the other seasons, the timetable underwent the usual variations according to sunrise and sunset, that is, it was brought forward a little in the morning and delayed in the afternoon, so that the strong moments of heat would be free. But the total number of teaching hours remained unchanged.

The actual lessons lasted two and a half hours in the morning and two and a half hours in the afternoon. At the end of the morning

32 R.S., in *C.Sch.P.*, pp. 167-168, P.

33 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 239, at the end "Sec. da vero..." (Vila).

34 *Arch.Sch.P.*, 1940, n. V, p. 32 (Text Istruzione, ed. Picanyol).

35 R.S., in *C.Sch.P.*, p. 167, N.

classes, the boys went to the oratory or to the church to hear mass, which could not last more than half an hour. The afternoon classes also ended in the church, with the singing of the Litany of Our Lady and other prayers³⁶.

The school calendar also responded to Calasanz' concern to avoid idleness. Perhaps because of this motivation, he interpreted the uses of his time in a strict sense, since the lessons continued throughout the summer, and the general vacation, rightly called autumn vacation, was reduced to a few days. The General Chapter of 1637, which Calasanz attended, reaffirmed the custom of not granting more than 15 days of general vacation.

The school year closed on October 15 and opened on November 3. This measure, still present in the 1781 edition of the Constitutions, must be understood with a certain breadth. The students of the higher classes enjoyed slightly longer vacations, perhaps because they had the opportunity to help their parents with seasonal work, such as the grape harvest³⁷. A document of 1654 gives the dates of the general vacation as follows: on October 3, the students of the first class begin their vacation; then, every three days, those of the following grades, alone or coupled, up to the little ones, who begin on October 15³⁸. Father Santha summarizes the school calendar as follows: Days when classes are held in the morning and in the afternoon, 194; days when classes are held only in the morning, 55; days of complete vacation (Sundays, weekday holidays and general vacations), 116³⁹.

When the Philosophy and Theology classes were introduced, their students enjoyed about two months of vacation, from the beginning of September⁴⁰.

It should be added that absolute uniformity was not possible: The General Chapter of 1718 sanctioned a custom that had been in force

36 *S.J.C.*, pp. 371 ff.

37 *Ibid.*, p. 383, note 30.

38 *Ibid.*, p. 383, note 30.

39 *Ibid.*, pp. 385-386.

40 *Calendario del Coll. Calasanzio of Rome*, 1755. Printed folio found in B.S. in the vol. of *Miscellanea* F.IX.6,10.

for a decade and which allowed each Province to determine the length and timing of the autumn vacations according to local needs and customs, though always with the approval of the central government of the Order⁴¹.

As we have said above, in 1610, four-monthly examinations were held and the students who passed were promoted to the higher class. But very soon this tradition was modified. The Constitutions of 1622 provided for semester exams in the spring –Easter– and in November, before the beginning of the new school year⁴². This usage continued in 1781, when the first official edition of the Constitutions appeared. This being the case, it is obvious that, at least theoretically, a student could complete his entire primary studies (of three classes) in less than two and a half years. In contrast, it is recorded that the secondary school of the Nazarene School had to cover “a period of five years”⁴³. This leads us to assume that, at least as a practical rule, access to the higher grade was granted only once a year, with the possibility of a six-monthly promotion always remaining in particular cases.

Now that we are on the subject of examinations, it is worth saying a few words about the periodic checks on the students’ performance and the diligence of the teaching staff. At that time there were no bimonthly or quarterly grades, but academies were organized. Calasanz orders that in the Nazarene School (where there is only the secondary school) “the students, monthly, pronounce a speech or recite a poem in the judgment of the aforementioned Minister”⁴⁴. In 1748, Fr Delbecchi prescribes that such academies be held bimonthly, in charge of the students of Humanities and Rhetoric; on the other hand, those of the Grammar classes should recite every trimester, a dialogue in the style of Vives, and then two lists will be read, one of the diligent and the other of the negligent; all, in the presence of the superiors and teachers. In the primary schools,

41 *C.Sch.P.*, p. 150, note 138, D.

42 *C.Sch.P.*, p. 146, note 135. *C.C.*, n. 197.

43 It should be noted that the clause “of five years” does not appear in c. VII of the *Constitutions of the Nazarene* edited in *C.N.*, but in the manuscript of the same preserved in *A.G., Reg.Cal.*, 11, 10.

44 *C.N.*, p. 44.

the students will demonstrate their achievement with various disputes, held before superiors, teachers and parents⁴⁵.

Religious Formation

In order to reform society, as Calasanz proposed, a certain degree of instruction was undoubtedly indispensable; but an adequate religious formation could not be lacking. He discusses this at length in his *Breve relatione* and other writings. In the preamble of the Constitutions he summarizes religious education in this phrase: “to teach the children... above all piety and Christian doctrine”, placing piety in first place, that is to say, practice, and doctrine in second place. An entire page of the *Breve relatione* is devoted to enumerating the exercises of piety, while he speaks of the study of Christian doctrine when he sets out the teaching programs.

The practices of piety were daily, weekly and monthly. We have already spoken of the daily exercises; however, we recall that at the beginning of the classes, rather long prayers were said and, during the lessons, short ones were interspersed. Calasanz also gave great importance to Continuous Prayer, described as follows in the brief account: “Every day, from the beginning to the end of the classes, nine students have continuous prayer led by a learned priest, who instructs them on how to pray; it lasts half an hour; then there is another group of nine others. The prayer is made for the exaltation of the Holy Roman Church, the extirpation of heresies, the union of Catholic Princes and, especially, for the regular benefactors of the house. It is attended, in order, by all the pupils: from the first class (the highest), to the last.

Each week, all the disciples must attend Sunday Mass and, when necessary, those of the other feasts. The Sunday function is carried out as follows: It begins with a spiritual reading, followed by a talk; then the boys are divided into two groups, the older and the younger: the younger pray the rosary in two choruses, the elders sing the Office of the Blessed Virgin; then they meet again in the church to hear the Mass together.

45 *Eph.Cal.*, 1968, p. 310-312 (Santha).

Once a month, on the feast day appointed by the Prefect, all the students who have reached the prescribed age approach the sacraments of confession and communion. It is probable that for the monthly confessions many priests were called, in order not to make the boys wait too long; but Calasanz had arranged for a confessor to be daily at the service of the students; he often recommended the Prefect and the Rector to send those who deserved some punishment to the confessor rather than to the corrector. In the Constitutions he devotes an entire chapter to confessors. In his letters he often speaks of them and expresses the desire that there be a “permanent confessor, without classes, because it is not possible to do both”⁴⁶.

In order not to convert the religious practices in mechanical exercise and without appeal, it was indispensable to provide a religious culture that motivates them and contributes to forge in the spirit of the young, deep convictions, that made him able to give reason of his personal faith. This objective was pursued by religious instruction, alternated and intimately united with the preponderantly human instruction. It can be said that the entire Calasanzian school was imbued with a religious spirit. In fact, one began by learning the sign of the Holy Cross and the prayers; for reading exercises, spiritual books were used, especially the Christian Doctrine; every day, the pupils of all grades repeated by heart some of their answers.

There were three little books of the Christian Doctrine. Calasanz himself had written, for the younger ones, a small booklet that dealt with the major mysteries of the faith in relation to the feasts of the liturgical year: Christmas, Lent, Easter, Pentecost and the life of the Church inaugurated on that day of the Holy Spirit. It ended with an exhortation to always remain faithful to the Church, governed by the successors of the Apostles⁴⁷. In the following classes, the small catechism of Bellarmine was studied, and in the last ones, the large catechism. It is evident that in Germany the catechism of Canisius was used instead of that of Bellarmine. Later, the Piarists

46 *Ep.*, 829.

47 *Alcuni Misterij della vita e passione di Cristo nostro Signore*. Fr Bartlik states that they were printed before 1600, but the known editions are those of 1691. The last one, made by Fr Picanyol, in P.B., n.2, Rome, 1933, is now difficult to find.

wrote other appropriate texts and made use of those already common in each nation. In Italy, in the 19th century, the catechism of Fr Giandomenico Cervelli (1755-1803) became famous and, besides being published in innumerable editions, it had the honor of being selected by the Vicariate of Rome for use in the state schools of the city and of being adopted in many other dioceses⁴⁸.

Once a week, the teachers had to explain in their class a part of the Christian Doctrine, ordinarily that which the pupils had learned by heart. On Saturdays, the Prefect or the person in charge had to give a talk to the secondary school boys together, and another one to the elementary school children, also together. The last quarter of an hour of the day was dedicated to religious instruction⁴⁹.

Finally, on this subject of religious instruction, it is important to underline what Calasanz says in the Constitutions when he speaks of the Director of Continuous Prayer: that he should not limit himself to direct the prayer, but that he should teach the small group the way to prepare for confession and communion and even the method of making mental prayer⁵⁰.

Sunday catechism had a different character; the *Breve relatione* does not mention it, even though it had been practiced since the early years. On the contrary, the regulations of 1628 give ample explanations. The catechetical sessions were held on Sunday afternoons and lasted one hour. All the pupils of the Pious Schools had to attend; adults and, above all, the children's relatives could also participate. Ordinarily these meetings were held in the Piarist church; but, if the superior considered it opportune or if other reasons made it advisable, they were held in other more comfortable churches and even in the cathedral. This exercise became more and more widespread, especially during the 18th century. Often such

48 *Dottrina cristiana ad uso delle Scuole Pie*, Torino, Patavia, 1881. On the cover we read this printed sentence: Approvata dai Consigli Provinciali scolastici del Regno e adottata nelle scuole comunali di Roma (In a copy of the 1877 edition preserved in the B.S. is pasted a handwritten letter of the Cardinal Vicar of Rome, expressing his pleasure. Dated on 26.8.1880).

49 R.S. in *C.Sch.P.*, p. 165, E.

50 C.C., n. 194.

catechetical entertainments were transformed into very interesting competitions. The description at the end of *Uniform Method* by Fr Philip Scio can give a fairly complete idea of their nature. In Rome and in other cities, these catechetical contests spread to non-Piarist schools, which rivaled the pupils of the Piarist schools⁵¹.

Moral and civic education

About moral and civic education, we find abundant material in the *Regulations for students* written directly by Calasanz or his immediate collaborators. There are several of them, beginning the series with the *Breve relatione*, which contains a page on the subject; another, coming from Frascati, was published in the *Codex Palermitano*⁵²; a third, by Narni, is found in *Epistulae ex Hispania et Italia*⁵³; another, from Campi is not yet edited; that from Florence was printed by Vannucci in *Il Marzocco*⁵⁴; that of Naples has not been given to the press; that of Litomisl, in Latin, has come down to us in a folio printed in 1644 (Fr. Vila has republished it in *Fuentes inmediatas*)⁵⁵.

In addition to the Regulations, numerous writings of the Founder and the drafts of the Rules and Rites drawn up by his order help us to know this aspect of Calasanzian pedagogy⁵⁶.

Above all, Calasanz demanded great respect for parents and teachers, even if they were of other classes. As for the parents, we read in the Rules of Frascati a recommendation that reveals the human sensitivity of the Saint: “and on entering the house, kiss the hand of the father and mother and be obedient”⁵⁷. Privileges were not tolerated in the school: “in class no one claims honor, preeminence or pri-

51 Stefani, V.S., *Novelle*, p. 69, where he speaks of a competition of the students of St. Lorenzino, in Rome, with boys from four parishes. In various passages of the booklet there is mention of other similar contests.

52 *C.P.*, pp. 76-77

53 *E.H.I.*, pp. 529-531.

54 *Il Marzocco*, Firenze, 7.VI.1930, pp. 3-4 (published by P. Vannucci).

55 Vila, C., *Fuentes inmediatas de la Pedagogía Calasanziana*, Madrid, 1960, pp. 255-256, note 86.

56 *A.G.*, *Reg.Cal.* 14, 75 * and *Reg.Gen.* A, 74.

57 *C.P.*, p. 76.

macy over others, by any title other than worthiness of intelligence or integrity of manners”⁵⁸. And this happened after 1617, when the schools of Calasanz were attended indistinctly by rich and poor, nobles and commoners; Scioppio was therefore right when he wrote around 1630 that in the Pious Schools “the children of the rich and the poor are educated, without any discrimination”⁵⁹.

No weapons of any kind were allowed to be brought to class, “neither knives, nor penknives, nor excessively sharp inkwells”⁶⁰. It was not tolerated that the boys quarreled, had bad manners, wrote on the walls, on the benches, on the windows, on the doors⁶¹. It was forbidden to bring food or drink; which should not be surprising if one notes that the stay in the school never exceeded three hours. However, Calasanz, with his usual sensitivity, exempted “the little ones” from this rule⁶².

The students of the Pious Schools were obliged to behave decorously, even outside the school, in the streets. These prescriptions serve as an example: “do not stop or disturb anyone in the streets”; and further on: “everyone should be very careful not to be found bragging in the city”⁶³.

To avoid the inconveniences of mass dismissal from school, Calasanz had ordered that the teachers or others in charge accompany the boys to their homes: in Rome, five long lines were formed, which went to the various districts of the city. But this service was always very heavy and fell into disuse a few decades after the death of the Founder.

The teachers were exhorted to give at all times signs of education so that the students could take them as models; but Calasanz also thought of teaching theoretically the behavior to be observed in society and ordered “to read every day some part of the little book of manners”⁶⁴.

58 *Regolamento di Campi*; ms. in A.G., *Reg.Cal.*, 13, 32.

59 *S.J.C.*, p. 199, note 7.

60 *Breve relatione*, and various *Regolamenti*.

61 *Ibid.*, and other *Regolamenti*.

62 *Regolamento di Firenze*.

63 *Ibid.*

64 *Riti Comuni of 1628*. Ms. in A.G., *Reg.Cal.*, 14, 7 4 *.

Also part of this moral and civic education was the very rigorous control of absences. Every day, in the morning and in the afternoon, with the help of the decurions, the teachers took note of those who were absent, writing their names and those of their parents on a sheet of paper; these sheets of paper were then passed on to the Prefect. If the absences were prolonged or repeated frequently, the Prefect had to notify the parents; if they did not give satisfactory explanations or did not adopt the appropriate remedy, the pupils were no longer admitted⁶⁵. In fact, Calasanz was persuaded that the educational task was ineffective without the collaboration of the parents.

Sometimes it was necessary to resort to punishments. In this matter, Calasanz accepts the punishments that are customary in his time, but with moderation. Teachers are allowed to give only two slaps or, at most, five lashes over the clothes. As an ordinary rule, teachers cannot inflict them personally, but must send the culprits to the Prefect; the latter, according to his prudence, sends them to the confessor or to the corrector. Recommendations to the Prefect and to the teachers are many; not to hit “the children” in the face or on the head and not to pull their hair or their ears. The most usual penances that the Prefect could order were called the horses and mules, which consisted of a certain number of lashes on the buttocks, but always over the clothes; if the punishment was more rigorous, Calasanz allowed that the boys had to wear a kind of cloth pants, instead of their own clothes.

By way of conclusion, we transcribe a piece of advice from the Regulation of 1628: “Do not invent new punishments for the children, because it is not in conformity with the religious profession and causes scandal to the laity”⁶⁶.

And we also recall that Calasanz, consistent with the principle that idleness greatly harms education and society, tended to request the intervention of the civil authorities to get the boys to go to school or to work. In his opinion, it was necessary to prevent vagrancy in the city. In Frascati he induced the governor to issue a proclamation against street boys who disturbed his schools and annoyed the

65 *Ibid.*

66 *Ibid.*

citizens. Some historians have thought to see in this act an anticipation of the compulsory instruction prescribed by modern legislation. In any case, it is certain that these civil laws would have deserved his approval⁶⁷.

Teaching and non-teaching staff

For the first twenty years or a little more, it was the Prefect who was in charge of the school. When the Pauline Congregation was founded and, above all, when the Pious Schools began to spread far from Rome, Calasanz determined that every school should depend on the Minister, later called the Rector. The Minister had the functions of choosing the teachers of all the classes, to give them disciplinary and didactic directives, to watch over the running of the schools and to see that the students made good use of them. Hence, it was his duty to visit the classes often to check the efficiency, commitment and competence of the teachers⁶⁸.

The Prefect is the first collaborator of the Minister. His powers, preferably disciplinary, are very broad as far as the boys are concerned and rather few as far as the teachers are concerned. He regulates the beginning and the end of the lessons, ordering the ringing of the bell to enter the school, to enter the classrooms and to begin and end the lessons. He must be present at the time of the entrance and exit of the students. During the lessons he watches the movement of the boys leaving the classrooms, so that they do not stop to chat or disturb, and return to class as soon as possible. He controls what the boys bring to school and does not allow them to bring in objects that may cause disturbance, not even books that are not textbooks. If necessary, he calls parents to inform them of their children's behavior and application. Finally, he has the thankless task of applying punishments; although, at least, if the student body is large, he can make use of the help of the corrector⁶⁹.

However, the real protagonist of the school is the teacher, who is everything in his class and is usually alone. Even in the higher

67 *Bando contra chi disturba li Scolari...* (printed folio) in A.G., *Reg.Prov.*, 33, 6.

68 S.J.C., pp. 320 ff.

69 *Ibid.*, pp. 353 ff.

grades, a single teacher teaches all the subjects, even when these become more abundant. In the lower schools –especially, but not exclusively, in the writing school– if they are numerous, the teacher can have assistants at his command. These are usually young religious who begin their apprenticeship in this way.

Several regulations set out in detail the duties of the teacher: the oldest is included in the last part of the *Breve relatione*; the most complete ones are found in the Common Rules and Rites⁷⁰.

We offer a sample of the norms that Calasanz appreciated most: besides knowing the subjects thoroughly, the teachers must have great charity for the poor; they will enter the class before the students; they will never leave them alone in the classroom and, if they have to be absent because of necessity, they will inform the Prefect; they will keep an orderly register of the students and will note daily the absences; they will not accept any gifts; they will choose the decurions from among the boys and will change them at the proper time; they will personally take care of the cleanliness of the classroom: “sweep it even twice a day, and do not be careless in this”. This clause is taken from the regulation of 1628. The teachers of the higher grades can bring written notes to class, to help their memory⁷¹.

In the schools of Calasanz, two persons are very important: The *Confessor* and the *Prefect of Continuous Prayer*, of which we have already spoken.

When the number of students is high, others are added to the aforementioned collaborators: among them, the *Prefect of the courtyard*, who helps to watch over the entrances and exits; those *in charge of the cleaning* of the corridors and toilets; those *who accompany* the students and some others⁷².

To the General, Provincial and Delegates –known by the name of Visitors, that is to say, Inspectors– fell the task of the ultimate supervision, of the general direction and of the animation⁷³.

70 *Riti comuni of 1628*. See note 64.

71 *S.J.C.*, pp. 339 ff.

72 *Ibid.*, pp. 356 ff.

73 *Ibid.*, pp. 363 ff.

Buildings and furniture

Calasanz knew how to adapt himself to existing buildings, as he did in San Pantaleo; but, when new schools were built, he used to dictate precise norms. In the first place, the new schools had to be built in central points of the city or town, giving preference to the most populous and poorest neighborhoods. Next to or inside the school building there had to be a large courtyard. Calasanz also demanded an abundance of drinking water and, if possible, running water; in some cases, however, he was content with well water⁷⁴.

Normally, the schools had to be separated from the religious quarters, close to the church and with easy access to it. If the building was a single building, as was often the case, two separate entrances were required: one for the students, the other for the religious. The Saint wanted solid and well-leveled floors. He prescribes at least one large room in each school, to gather the students of different classes for talks and multiple uses.

Calasanz attached great importance to the toilets, which he used to call “common places”; he wanted the toilets of the students to be different from those of the teachers; he was concerned about their cleanliness and wished that they “should not give bad smell in the house, which is very important for hygiene as well as for the cleanliness of the house”⁷⁵.

The benches in the schools were of two types: for seeing and for writing, that is to say, simple benches and benches with desks⁷⁶. In some inventories subsequent to the Founder, it is recorded that sometimes they were fixed to the floor or to the wall, and other times loose; it is probable that Calasanz preferred fixed benches, so that they could not fall and cause some disorder, as on a certain occasion happened in Nikolsburg⁷⁷.

The use of blackboard certainly dates back to the time of Calasanz, since the Saint speaks of chalk; but to this day we find it mentioned

74 *Dichiarazioni alle Costituzioni, quoted in S.J.C.*, p. 396, note 5. *Ep.*, 1025, 1094, 2738.

75 *Ep.*, 253, 946, 1016.

76 *Ep.*, 3484.

77 *E.E.C.*, p. 721.

only in an inventory of San Lorenzino in Rome, dated 1693⁷⁸. Although it is not excluded the existence of some much older ones in which it appears.

From other reports we know the dimensions of some classrooms, although in this particular there was a great variety. In 1679, some classrooms in Frascati measured 15 1/3 by 25 palms, that is, about four meters wide and more than six meters long⁷⁹.

Textbooks

We have already seen that, in the first years of the Pious Schools, Calasanz had recourse with success to the use of the Latin Psalter as a syllabary; we also know that the teachers, in the absence of a suitable arithmetic book, dictated rules and exercises. But such a situation could not continue. Texts adapted to the different grades were indispensable.

Calasanz had no difficulty in accepting the texts then in use; although, out of concern for the poverty of the families, he did not usually force the pupils to buy them if they were not absolutely necessary.

No serious inconvenience arose from the lack of an arithmetic book, but it was rather more difficult to do without a Latin Grammar textbook. In order to have one to his liking, Calasanz invited several friends to write it. In fact, in the seventeenth century there were several grammars, some of them very good, for example that of the Jesuit Manuel Alvarez. Dragonetti, who had begun teaching this subject before Alvarez wrote his work, continued to use the old Nebrija text, although he preferred to dictate notes when he wanted the students to learn. Not all teachers possessed Dragonetti's ability and experience. Therefore, Calasanz was looking for someone who could compose an easy and brief grammar to learn Latin in the shortest possible time.

He hoped in vain that a certain Don Cipriano Martinez, a non-Piarist priest, guest in San Pantaleo, and later on, Andrea Bajano, Portuguese

78 A.G., *Reg. Prov.* 34, n. 46.

79 A.G., *Reg. Prov.* 33, n. 143.

priest born in Goa, also guest in San Pantaleo, made one. For different reasons he did not take that of Scioppio. Fr Casani tried to adapt it to the needs of the Pious Schools, but did not succeed in the undertaking⁸⁰. Only in 1643, the young Fr Giovanni Francesco Apa (1612-1656) succeeded in offering him a small one, entitled *Principles of the Latin Language*. Apa presents the volume as a team work of his Florentine students and edited it in the Marciani printing house in Rome. He precedes it with a beautiful dedication to Calasanz with the signature of the “Academy of the Learned”, composed precisely by his disciples.

It is worth noting that the grammar is written in Italian and not in Latin, as was customary at the time. Ten years later Apa recast and expanded it, always in Italian. It was republished several times, at least until 1743⁸¹. Unfortunately, the other Piarists did not follow this example and went back to compose grammars in Latin, with the explicit purpose that they could also be adopted abroad. The most famous is that of Fr Ambrogio Berretta (1616-1689), which appeared in 1672 in Florence; it went through innumerable editions, not only in Florence, but also in Rome, Bologna and Venice; it was translated into Italian a century later; the last Italian edition we know of is from 1868⁸². Abroad, during the first years, the Piarists used grammars published in Italy, but very soon they wrote new ones, at first in Latin and then in the various national languages.

To teach the boys to write in Italian (we have no news of other languages), the teachers used to keep in mind the norms of Latin grammar. Only in the eighteenth century do we find some small Italian grammars, such as the one that was published anonymously in Urbino in 1729. The same must have happened in the other nations; in them, the Piarists were truly meritorious. In Spain, during the 18th century, Spanish grammar was taught from primary school. In Poland, the first Polish grammar appeared in 1780, written by Fr Onofre Kopczynski (1735-1817). In Hungary, too, the first grammar of the national language was the work of a Piarist, Fr Nicolas Révay (1750-1803), who was also the author of a Hungarian primer published in 1777.

80 *E.E.C.*, p. 120. See also *Ep.*, 2162, 2167.

81 *Rass.*, 1938, n. V, pp. 1-28, especially pp. 20 and 25 (Picanyol).

82 *P.B.*, 1934, n. 8, pp. 15-16 (Picanyol). *Rass.*, 1952. n. XIX-XX, p. 237.

As for arithmetic, it is true that in 1614, little books called *Little Abacuses* circulated among the pupils of the Pious Schools, which had to be learned by heart⁸³. Despite this, each teacher dictated rules and exercises, and then, the pupils had to transcribe neatly in a notebook that served as their personal textbook. An old tradition attributes to Br Eustachio Ravaggi (?- 1638) an Arithmetic book printed in 1628; but this fact has not yet been confirmed⁸⁴.

The oldest Arithmetic we have found is by Fr Antonio De Silvestri, Sicilian, published in Messina in two volumes, in 1650 and 1653 respectively. The first volume was intended for all the students of the school of Abaco, the second was used by those who were preparing for the mercantile activity. Later on, in Italy, were famous two Arithmetics, that of Fr Alessandro Fantuzzi (1659-1734) and that of Fr. Alessandro Conti (1683-1744). Books of Arithmetic were also written in the Provinces of Germany, Poland, Hungary and in the Provinces of Spain.

The problem of financing schools

Calasanz wanted his schools to be totally free. And he remained faithful to the principle of gratuity, even when he began to accept the rich along with the poor. Moreover, he was convinced that it was the duty of the public authorities to finance education because of the great advantages it brought to society. And he did not hesitate to approach public officials repeatedly, at least in the beginning, to seek appropriate subsidies.

In the first twenty years of the Institute, he actually obtained subsidies from the Capitoline City Council⁸⁵. On the other hand, the Popes and some Cardinals spontaneously offered substantial and uninterrupted alms. Fr Casani enumerates some of them in a letter addressed to his father on January 25, 1614: the Pope gives 200 scudi a year; Cardinal Montalto, 300; Cardinal Giustiniani, 120;

83 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p-. 239 (Vila).

84 *A.G., Hist.-Bibl.*, 30, p. 38.

85 *V.G.*, 1932, n. V, p. 285: *Ghellini's letter of 31.VIII. 1602* (Picanyol).

Cardinal Millini, 60⁸⁶. Many years before, the priest Gellio Ghellini wrote in a letter sent to his brother dated August 31, 1602: “Cardinal Montalto and others, and the Roman senate of the Capitol or the Administrators give and will give more every day, seeing that the poor people, the children deprived from fortune, have someone to instruct them and prepare them for the future trades by teaching the abacus, reading and writing and even grammar to those who wish to advance more...”⁸⁷. Already before 1610, he began to ask for alms; and from the collection came substantial aid⁸⁸. In addition, always during the first twenty years, the teachers contributed personally to maintain the school, not only with their unpaid work, but also with contributions in cash; however, some received their fees.

In spite of the scarcity of means, Calasanz had ordered that the boys be given free of charge what they needed for school. In the *Breve relatione* we read: “The aforementioned students are provided with paper, pens and ink, since experience shows that, some for lack of paper, others for lack of pens and others for lack of ink, cannot make the necessary profit”.

Once the religious Congregation was founded, the problem of having to pay the teachers disappeared, but the problem of meeting the expenses of the teachers and the schools remained. Attempts were made to solve this problem with spontaneous alms and with the collection of contributions. Calasanz wrote in 1625: “They live on alms that they have begged or that pious persons have offered them”⁸⁹. In this regard, it is worth remembering the delicacy of Calasanz, who forbade the collectors of alms to knock at the door of the families who had children or relatives in their schools. Although they never lacked what was strictly necessary, it is a reality that the tenor of life of those first Piarists was miserable and that too many died prematurely, often of tuberculosis⁹⁰.

86 *Arch.Sch.P.*, 1979, n. 6, p. 236 (Vila).

87 *V.G.*, letter of Ghellini, see note 85.

88 *Eph.Cal.*, 1959, p. 374: among those living together in 1609 there are two “questuanti” (almsmen) (Santha).

89 *Eph.Cal.*, 1959, p. 195 (Santha). *Cfr. Ibid.*, p. 168 and *Ep* n. 7 C.

90 *Ibidem*, p. 169: “de praesenti anno (1625) 15 ex Patribus mortui sunt, et ab octo annis 40 et amplius” (Santha).

In Central Europe, already from the beginning (1631), the founding princes and the various town councils undertook to subsidize the schools with fixed amounts, in kind and in money. This provoked a controversy between Calasanz and Fr Onofrio Conti, even though both wanted to safeguard the spirit and the letter of the Constitutions in the matter of poverty⁹¹.

In Italy, for many decades, they went ahead as best they could. But it is not strange that, when the alms became scarce, the Piarists looked for other means of subsistence. Shortly after 1640 they began to think about the creation of boarding schools, in order to support the community with the work carried out in them, at the same time that the free education was maintained. At first the initiative was controversial, as it was considered contrary to the Constitutions; but the promoters of the new line grew when the Sacred Rota, responsible for the Nazarene School, authorized in 1643-45 the admission of boarding students for payment, along with the 12-20 free students required by the founding clauses⁹²

Towards the end of the seventeenth century boarding schools increased steadily and obtained legalization. By then, a Bull of Pope Innocent XI of 1686, which recognized the right of the Piarists to own real estates, had already solved this serious problem. From that moment on, a patrimony began to be formed, which allowed them to maintain free schools and to erect juniorates for the formation of new teachers, a very precarious formation until that time.

This state of affairs lasted almost until the end of the 18th century. When the Napoleonic governments and, subsequently, those of the various states confiscated the goods of the Piarists, the schools remained free, because they were subsidized by the income of the boarding schools and the subsidies that town councils gave to the religious so that they could remain dedicated to education. Some municipalities even contributed to the erection of new schools.

Later, almost everywhere, especially during the twentieth century, they began to suffer lack of support from the municipalities, and the

91 *E.E.C.*, p. 286, note 3; p. 295; p. 300, note 7.

92 Vannucci, *Il C. Nazareno*, pp. 99-100, note 20.

boarding schools dwindled until they almost completely disappeared. Since then, the Piarists have been forced to charge a school fee, all the more so since, with the decrease in the number of religious, they have had to employ lay teachers on payment. Nevertheless, the desire to dedicate themselves preferably to the poor in gratuitous schools is still alive in them. This is why the initiatives that arise in the Third World are so highly valued, especially by the young Piarists. Many go willingly to these foundations. And, even in developed countries, all schools strive to have at least a percentage of free pupils⁹³.

Evolution

The Constitutions of Calasanz prescribe *uniformity* in the organization of schools and in methodology⁹⁴. This uniformity, in general terms, lasted about two centuries and nourished a didactic tradition so deeply rooted that it overcame the political and administrative differences of the various States and of the various religious Provinces. Even today, after the changes that followed the French Revolution and after the transformations brought about by the disappearance of old States and the consequent creation of new ones, the Piarist style retains its own characteristics.

This does not mean that everything remained unchanged during the seventeenth and eighteenth centuries. As we have already seen, the Pious Schools knew how to adapt, in programs and methodology, to the new times and to the different countries where they worked. Nevertheless, they maintained many fundamental peculiarities, for two basic reasons: love for the Founder, which was always very strong among them, and the action of the central government of the Order. We indicate three symbolic stages of this evolution carried out under the sign of unity; symbolic, since the change did not have solution of continuity and only for practical reasons it is framed with three documents and three dates: 1665, 1694 and 1748.

In 1665, the fourth General Chapter approved the Rules and Common Rites, in which there are abundant provisions about the

93 *General Chapter of 1955 in Eph. Cal.*, 1956, p. 140-302.

94 *C.C.*, nn. 185, 212.

school. The elaboration of these documents began already in the time of the Pauline Congregation and continued for many years, without Calasanz losing sight of them. There are two main writings, that of Fr Giacomo Graziani in 1628, and another from Fr Antonio M. Vitali in 1640. The text sanctioned by the Chapter of 1665 differs from the previous editions, above all for its more synthetic style⁹⁵.

Of special interest to us are the Rites, which contain in schematic form the collegial organization and the programs of each class. It can be seen that primary school now comprises three classes: reading, writing and abacus. Secondary consists of five: Lower Grammar, Middle Grammar and Upper Grammar. Next come the two classes of Humanities and Rhetoric. Attached it is a list of Latin classics, more extensive than the few writers indicated by Calasanz in the *Breve relatione*; the teacher must select the authors to comment on. Semester exams are ordered. Only eight classes are mentioned, but it is worth noting that there were often nine, since next to that of Abacus there was still the class of the *Nominatives*, renamed as the *Rudiments*. Thus it appears, for example, in the statistics of the college of Nikolsburg, of which we have spoken above, contemporary to the approval of the Rites.

In 1694 a *Ratio studiorum pro exteris* was published, parallel to a "Ratio studiorum pro nostris", that is, for the young religious. In this *Ratio studiorum pro exteris* the numbering of the classes is ascending. Arithmetic should be taught in two classes, writing and abacus. The entire primary stage is called Arithmetic, but each class in particular retains its traditional denomination of reading, writing and arithmetic (the word abacus has fallen into disuse).

The secondary stage is now made up of six classes, the five of 1665 and, in addition, one of Theology which - it is explicitly said - is not included among those that the Piarist must study by force of the vow; it corresponds to what Calasanz calls in the Constitutions of 1622 Cases of Morals and that existed since his time in several schools, although it is not consigned in the Rites approved in the year 1665.

95 C.Sch.P., pp. 301-304 and 329-337.

This Ratio Studiorum devotes much space to method, especially for Latin, as we have already said. And it develops religious teaching and moral formation extensively.

It is important to note that the various Provinces of the Order used it as a basis for drawing up their own programs⁹⁶. In 1748, Fr General Agostino Delbecchi published a *Decretum pro bono Scholarum Piarum regimine*, exhorting all the provinces to follow it in the division of classes and in the teaching programs. The invitation to a *uniform method* was evident.

The decree does not modify the cycle of the primary schools, but declares that they are obligatory in all our schools “ex praecepto Constitutionum B. Patris nostri, sed etiam ex Decreto ultimi Capituli Generalis”.

On the other hand, it introduces notable innovations in the secondary cycle, which is divided into six classes, distributed over three biennia. Two classes (not three, as before) of Grammar, lower and upper; two traditionally called Humanities and Rhetoric; and two higher schools, of Philosophy and Theology.

The number of Latin authors has again increased; in this regard it is curious to note that, neither in this anthology nor in the previous ones, is there any mention of Caesar; Titus Livius can be adopted only where it is easy for the students to procure it. The decree gives great importance to Philosophy class, in which Geometry and Mathematics are also to be taught⁹⁷.

The Regulations in the Provinces

These dispositions of the central government did not remain a dead letter, but stimulated the provinces to draw up their own regulations inspired by them.

Because of its breadth and influence, the most famous regulation was the one published in Poland by Fr. Konarski (1700-1773). Konarski's reform, which also extended to Lithuania, greatly influenced

96 *Ibid.*, pp. 164-170.

97 *Eph-Cal.*, 1968, pp. 310-312 (Santha).

the whole nation and later brought with it the birth of the “National Education Commission”, considered by some historians as the first Ministry of Public Instruction in Europe⁹⁸.

In Hungary, the Piarists wrote several *Ordo Studiorum* for the education and instruction of young people. The oldest one dates from 1695. One of 1757 demands, among other things, the study of Hungarian language; in 1762 and 1766 they modernize it with the hope of implanting it in the schools of the Province and to revise it whenever it is considered opportune. On the other hand, in 1766 the Hungarian Piarists were forced to accept the programs and methods imposed by Vienna⁹⁹. It must be said, however, that the Austrian Piarist Graziano Marx (1721-1810) played a decisive role in the preparation of these governmental programs.

In Spain, the three existing Provinces elaborated several *Métodos uniformes*, following the decree of Fr Delbecchi. The oldest is probably that of the Province of Aragon, promulgated in 1754, but not published¹⁰⁰. The most recent of those known is that of the Province of Catalonia, dated 1796¹⁰¹. The most famous, that of Castile, although it is limited to primary schools. It was printed by Fr Felipe Scio (1738-1796) in Madrid in 1780. It is a volume of 48 pages and 15 illustrations of calligraphic samples¹⁰². The author expounds extensively the Piarist method of reading, writing and arithmetic. He presents norms for the teaching of the Spanish language, which should begin in primary school. He devotes many pages to moral and civic education. It dwells on the methodology of Christian Doctrine and even gives practical advice for the usual competitions of all Piarist schools.

98 *Ordinationes Visitationis Apostolicae*, Varsaviae, 1754. Cf. also G. Ausenda, Il P. Konarski e le Scuole in Polonia, in *V.G.*, 1933, n. VI, pp. 16-18; 50-52. I. Buba, In-stauratio studiorum Konarskiana in *Arch.Sch.P.*, 1978, n. 3, pp. 71-86.

99 Santha, G., *L'attivita apostolica, culturale, pedagogica e sociale della Provincia d'Ungheria 1642-1956*, ms. in A.G., unplaced, pp. 4, 10-11.

100 Lecea, J., *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972. On pp. 507-509 he reproduces part of it.

101 Vila, C., *Las Escuelas Pías de Matarò*, p. 887-900: complete text.

102 Scio, F., *Método Uniforme*.

Special educational centers

In addition to the ordinary schools, the Piarists created or ran special schools. The oldest was attached to the Apostolic Hospice San Michele a Ripa Grande, in Rome. This Hospice had been founded by Tommaso Odescalchi (?- 1692) in 1684. The Piarists directed it from the very moment of its erection until 1799, when they were expelled by the Jacobin government. It took in needy people of all kinds and, among others, a large number of boys. They received a primary education of Piarist type and were then initiated into work - usually wool spinning - at the Hospice itself. In order not to forget what they had learned at school, they had to attend weekly lessons of permanent formation in reading, writing, arithmetic and Christian Doctrine. Father Gian Crisostomo Salisti (1654-1717) wrote a catechism in verse, which was even set to music for the boys to sing¹⁰³.

Another type of special school is the one started by the Piarists for the deaf and dumb: in 1801 in Genoa and in 1828 in Siena. It also began in Spain in 1795 and in Prague in the 19th century.

The last two centuries

As we have said before, from the last decades of the XVIII century the Piarists of Central Europe had to adopt the programs imposed by the governments; but they did not lose their peculiarities, but in some cases they accentuated them, contributing to the scientific and educational progress of the country. In Hungary they became the pioneers of national culture¹⁰⁴.

In Italy they preserved autonomy, in some States longer than in others. In Tuscany they wrote numerous textbooks of all subjects: from syllabary to calligraphy, from Italian, Latin and Greek grammar to anthologies, from arithmetic to algebra, from physics to chemistry, from geography to history. Many were adopted by other schools. Something similar happened in the Kingdom of the two Sicilies; and, to a lesser degree, in the Papal States. In the States of Sabaudia, Fr Domenico Maurizio Buccelli (1778-1842) introduced a

103 *Eph.Cal.*, 1945, pp. 15-16 (Picanyol); *ibidem*, 1964, pp. 384-385, note 209 (Santha).

104 Santha, *L'attività apostolica*, ms. pp. 17-30; 40-50; 75 ff. and passim. Cf. note 99.

fourth elementary class for Italian and called it “Intermedia”. It was a brilliant intuition, which took the lead to analogous initiatives of the State. It was precisely in these States that the Piarists began to obtain civil didactic titles. In Sardinia, the government of Carlo Alberto entrusted the Piarists with the foundation of normal schools for elementary school teachers.

In Spain, the Piarists enjoyed a wider and more lasting autonomy. The government recognized the diplomas given by the Piarist schools, adopted many of their textbooks and partially accepted their methods. Until the beginning of the 20th century, a certain type of calligraphy was called “Piarist handwriting”. In any case, it was only after the reign of Isabel II, around 1870, that the Piarists had to conform, more or less integrally, to the state programs. Their vitality led them to cross the ocean and found in Cuba the first Normal School of the island, for the formation of teachers. They also established themselves in other nations of the American Continent, trying to create in those lands the schools that better responded to the needs of the population.

Statistics

It would be interesting to know the number of students that have passed through the Piarist schools during almost four centuries. Nobody will be able to calculate it; with long and patient researches, perhaps it would be feasible to elaborate the partial statistics of some school or Province, in the first three centuries of the Order. On the other hand, the probabilities of success are greater in the last one hundred years.

Fr Picanyol offers us a statistic of 1730, when in the Order there were 10 Provinces, 122 houses, 1.725 religious and 21,500 students¹⁰⁵. For the moment we do not possess any other old statistics.

More abundant are those of the last one hundred years, although too distant from each other, at least at the beginning. The various Catalogues give the following figures¹⁰⁶:

105 Picanyol, L., *L'Eco dei nostri Centenari*, Roma, 1948, nn.11-12, p. 67.

106 *Catalogo Generalis Sch.P.*, Romae, 1909; 1931; 1948; 1959; 1965; 1976.

Year	Provincies	Houses	Religious	Students
1870	?	?	2.160	44.590
1909	12	133	2.180	38.345
1931	15	140	2.196	43.527
1948	15	131	2.035	53.214
1959	15	159	2.349	66.167
1965	16	179	2.535	79.887
1976	15	188	1.800	116.061

It can be seen that the number of students is not entirely correlated to the number of religious. This makes it necessary to ask for the collaboration of many lay people. This help is becoming more and more important, not only because of the work that lay teachers carry out, but also because of their contributions in the methodological and cultural fields.

Summary of the situation of the Order in 2021:

Nations	Provincies	Religious	Religious communities	Schools	Parishes	Students
42	22	1.357	221	197	147	131.333

Acronyms and essential bibliography

The bibliography is completed by the notes.

- A.G. *Archivio Generale delle Scuole Pie*. Below are the abbreviations of the different sections.
- Arch.Sch.P. *Archivum Scholarum Piarum*, Romae, 1936-1955 (published by Fr L. Picanyol); 1977 ff. (published by Fr C. Vila Pala).
- B.S. *Biblioteca Scolopica di S. Pantaleo*, Roma.
- C.C. *Constitutiones Scholarum Piarum, textus originalis*, Romae, 1971.
- C.N. *Constituzioni del Collegio Nazareno*, in *I Regolamenti del Collegio Nazareno*, Roma, 1979 (collaborative work).
- C.P. *Codice Palermitano*, Roma, 1965 (edition prepared by G. L. Moncallero and G. Limiti).
- C.Sch.P. *Constitutiones CC.RR.PP. Matris Dei Scholarum Piarum*, Rome, 1781.
- E.C. *Epistolarium Coaetaneorum S. Josephi Calasancii*, Romae, 1977-1978 (edition prepared by G. Santha and C. Vila).
- E.E.C. *Epistulae ex Europa Centrali ad S.J. Calasancium*, Romae. 1969 (edition prepared by G. Santha).
- E.H.I. *Epistulae ex Hispania et Italia ad S.J. Calasancium*, Romae, 1972 (edition prepared by G. Santha).
- Ep. *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, Rome, 1950- 1956 (edition prepared by L. Picanyol).

- Eph.Cal. *Ephemerides Calasanctianae*, Romae, 1932 ff.
- P.B. *Parva Bibliotheca Calasanctiana*, Romae, 1933-1935 (published by L. Picanyol).
- R.S. *Ratio Studiorum pro Exteris*, in *Consttutiones Sch.P.*, Romae, 1781.
- Rass. *Rassegna di storia e bibliografía scolopica*, Roma, 1937-1958 (published by L. Picanyol).
- S.J.C. *San José de Calasanz: Su obra. Escritos*, Madrid, 1956 (edition prepared by J. Santha).
- v.c. *La Voce del Calasanzio*, Rome, 1928-1949.

Bullarium Scholarum Piarum, Matriti, 1899.

Lecea, Joaquín, *Las Escuelas Pías de Aragón en el siglo XVIII*, Madrid, 1972.

Scio, F., *Metodo uniforme para las escuelas de cartilla, deletrear, leer, escribir, aritmética, gramática castellana y exercicio de Doctrina Cristiana, como se practica por los Padres de las Escuelas Pías*, Madrid, 1780.

Stefani, G. S., *Novelle letterarie ed ecclesiastiche delle Scuole Pie, 1749-1770*, Roma, 1943 (published by L. Picanyol).

Vannucci, P., *Il Collegio Nazareno*, Rome, 1930.

Vila Pala, C., *Escuelas Pías de Mataró*, Salamanca, 1972.